
LA FERIA
DE LOS
SECRETOS
SARAH BELLIDO

© 2025 Sarah Bellido
Todos los derechos reservados.

La feria de los secretos es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares, eventos y situaciones descritos en esta novela son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Queda prohibida, sin la autorización previa y por escrito de la autora, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía, el tratamiento informático, o cualquier forma de distribución, ya sea gratuita o con fines comerciales.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 1

Jean Hays cruzaba los terrenos de la feria con paso cansado. El sudor le resbalaba por las sienes. El sol caía implacable desde un cielo azul aciano, mientras nubes de tormenta propias del final del monzón se acumulaban como columnas cegadoras de blanco, presagiando futuras lluvias. Ojalá hubiera recordado traerme el sombrero.
Eso me pasa por confiada. Marzo parecía tan agradable... ¿Quién iba a imaginar que septiembre se convertiría en un horno con nebulizadores?

Llegó al primero de los dos contenedores que la Feria del Condado de Hise usaba como almacenes. Los llamaban cajas Conex. Jean recordaba haberlos visto en todas las bases de la Fuerza Aérea en las que había estado. Alzó la vista hacia el cielo salpicado de nubes. Cada año llueve para la feria, eso había oído decir al equipo de Exposiciones antes de emprender el camino hacia el contenedor donde se guardaban las cajas de plástico con las cintas sobrantes, pancartas y demás parafernalia de ferias durante el resto del año. Se secó la cara con la mano, esperando que las unidades estuvieran abiertas. El presidente del comité de la feria, Arris Van Horn, no contestaba al teléfono. Ojalá Arris haya venido a abrir esto. A estas alturas ya deberían estar abiertas. Jean examinó el mecanismo de doble cierre del contenedor. Tocó brevemente las manijas. Las puertas llevaban todo el día al sol. Estaban calientes, pero no lo suficiente como para quemar. Tiró de una de las palancas. Parte del mecanismo movió una barra que encajaba en una ranura superior e inferior, pero no permitió que la puerta se abriera. Se limpió el sudor de la frente. Tengo que aprender de una vez a ponerme sombrero.

Jean se había mudado a Greyson, Arizona, en febrero. Era invierno; incluso cayó algo de nieve. Viejas costumbres del noreste, nunca solía usar sombrero. Ahora, sin embargo, deseaba tener su

sombrero de ala ancha para senderismo. Debía de hacer más de treinta grados aquí fuera.

Probó la segunda manija de la puerta. Levantó otra barra. ¿Quizás las dos a la vez? Jean levantó ambas. Las barras verticales subieron y bajaron, liberando la puerta. La empujó y la abrió. Ya no tengo que ir a buscar a Arris. Él tenía las llaves y combinaciones de todos los candados y puertas del recinto. Jean dependía totalmente de su experiencia. No llevaba ni cuatro meses como vicepresidenta de Exposiciones, así que aún estaba aprendiendo cómo funcionaban las cosas en ese condado.

Abrió de par en par las puertas del contenedor. El acceso era un desorden enmarañado de todo lo que se almacenaba para la feria. Jean sacó un trípode de madera del umbral y lo usó para mantener abierta la puerta derecha. Parecía ser el soporte de algún cartel. Muchos de los eventos que se celebraban en el recinto utilizaban estos contenedores. A los pocos pasos dentro, deseó haber traído una linterna. El sudor comenzó a caerle en serio mientras intentaba ver en la oscuridad mohosa. Aquí huele a ratones. Espero que no se hayan metido en las cajas.

Esquivando conos de seguridad, mesas apiladas, cubos con cuerda, cable de acero y sillas metálicas rotas, pisó con cuidado sobre una pila de varillas de hierro para alcanzar su grupo de cajas. Una, dos, tres, cuatro, contó. ¿Dónde está la quinta caja? El calor le estaba provocando dolor de cabeza, así que se masajeó las sienes tras limpiarse las manos sucias en los pantalones cortos. Sacó las cajas hasta la entrada del contenedor. Una vez fuera, decidió revisar el fondo. El equipo de Exposiciones estaba convencido de que debía haber cinco cajas. Un montón de cajas de cartón con la etiqueta Carrera de Barro le bloqueaban el paso. Jean movió tres cajas hacia atrás y pasó por encima de una cadena oxidada. Qué sitio más sucio y tenebroso. Voy a encontrar la caja y salir de aquí.

Entrecerrando los ojos, vio un contenedor azul mediano con la etiqueta Cintas de Feria justo fuera de su alcance, sobre otra pila de cajas. Ahí estás. Se volvió a secar la cara y contuvo la respiración. El

olor a algo muerto era abrumador. Ojalá no se haya metido nada en mi caja. Las cintas estarán arruinadas. Se abrió paso entre cajas, trozos de metal oxidado que no supo identificar y una escalera rota.

Tiró de la caja inclinada hacia ella —un poco más— y toda la pila se desplomó con un estruendo infernal. Su caja cayó al suelo, llevándose parte de su uña con ella y levantando una nube de polvo.

—¡Ayyy! —gritó al apartar la mano bruscamente y llevársela a la boca.

Delante de ella, las dos puertas de un armario metálico, pegado a la pared derecha del contenedor, chirriaron al abrirse y un cuerpo humano desecado cayó de su interior en lo que pareció una caída a cámara lenta.

Durante los segundos en que caía, sus ojos se abrieron como platos mientras su cerebro intentaba comprender la escena; pudo ver el cabello largo ondeando detrás de la cabeza mientras aquello se desplomaba. Mujer, pensó al instante, sobre todo al ver que el cuerpo vestía un chaleco rosa acolchado de plumas. El chaleco estaba manchado con algo que parecía óxido. Entonces Jean comprendió que eran fluidos corporales. El estómago se le revolvió, y cuando la figura impactó contra la caja a sus pies, soltó un grito y salió corriendo del contenedor.

Jadeando, se quedó mirando la boca oscura del almacén. Jean sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó el 112. Cuando la operadora respondió, dijo:
—Soy Jean Hays, vicepresidenta de Exposiciones del recinto ferial. Acabo de encontrar un cadáver en el contenedor del lado suroeste del recinto.

CAPÍTULO 2

De pie dentro de la cinta amarilla de la escena del crimen, junto a una ambulancia, Jean observaba lo que parecía un caos absoluto mientras un técnico de emergencias le vendaba el pulgar.

—Esto debería bastar —dijo él alisando la cinta adhesiva—. También deberías ponerte una vacuna antitetánica. En el centro de atención urgente que está en la esquina de la autopista con Longview Street te la pueden poner. Si vas a urgencias del hospital te va a salir más caro.

—Gracias —Jean examinó su pulgar—. Lo haré. —Asintió en dirección a la multitud de policías, forenses y técnicos que se movían de un lado a otro—. ¿Las escenas del crimen siempre se ven así?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea. No ha habido un asesinato en el pueblo desde que empecé a trabajar, hace once años.

Fueron interrumpidos por un agente uniformado.

—¿Quién ha dicho que fue un asesinato?

Medía casi un metro ochenta, llevaba un uniforme beige sobre un cuerpo musculoso. No era de los que pasaban el día tomando café y comiendo donuts. Iba perfectamente afeitado, con un rostro anguloso, todo pómulos y líneas firmes. Los ojos azul oscuro, bajo unas cejas espesas, parecían no perder detalle. Sobre las charreteras de la camisa brillaban insignias llamativas. Calzaba botas de vaquero, algo que a Jean le resultó incongruente.

—A mí me lo pareció —dijo Jean, asintiendo con gratitud al técnico de emergencias, que le guiñó un ojo antes de marcharse.

El tono del agente le molestó. Le tendió la mano derecha.

—Soy Jean Hays.

Él se la estrechó tras mirarla con cierta desconfianza.

—Soy el jefe de policía, Nick White. ¿Usted encontró el cadáver?

—Me dio un susto de muerte. Se cayó de un armario de doble puerta. Había cosas apiladas delante que mantenían las puertas cerradas. Si fue un suicidio, ¿cómo es que había cosas bloqueando la salida? —Señaló con la barbilla al pequeño grupo que se agolpaba tras la cinta—. Ya ha llegado la prensa.

El jefe White se giró para ver a un fotógrafo que tomaba imágenes con un teleobjetivo.

—Ese es Scott Duley, trabaja para el periódico local. Dentro de nada, el editor me estará llamando para pedirme la historia —volvió a mirar a Jean—. ¿Reconoció el cuerpo?

—No —Jean tenía calor y le apetecía un trago de agua. Una botella entera de agua helada sonaba como el paraíso, con el sol machacándole la cabeza—. No realmente. Me pareció que era mujer, por el pelo largo y el chaleco rosa, pero dentro estaba demasiado oscuro y yo sólo pensaba en salir de ahí. Además, llevo aquí sólo unos meses. Casi todo el mundo me sigue pareciendo un desconocido.

Él alzó una ceja.

—¿Recién llegada? Y ya estás en la Junta de la Feria. ¿Cómo lograste eso?

Jean se encogió de hombros. Su tono indicaba que no tenía en alta estima a los recién llegados.

—No fue difícil. Necesitaban voluntarios y yo soy buena organizadora.

Nick la observó.

—¿Tienes las llaves del contenedor Conex? —estudiaba su reacción.

Jean negó con la cabeza.

—Lo siento, jefe, no. Las tiene Arris Van Horn.

—¿Así que el contenedor estaba abierto sin más? —Ajustó el cinturón con su equipo, luego se recolocó el sombrero de vaquero.

Le tocó a Jean alzar una ceja.

—Claro. Estamos preparando la feria. Los voluntarios entran y salen de ese trasto todo el día —frunció el ceño—. ¿Está insinuando que Arris hizo esto? No sería un buen lugar para ocultar un cadáver, siendo él quien gestiona el contenedor.

El jefe resopló.

—Es un pueblo pequeño y llevo aquí toda la vida, igual que Arris. ¿Que si fue él? No lo sé, tal vez. —Miró a su alrededor y llamó a un agente con un gesto—. Toma declaración a la señora Hays y déjala volver a sus asuntos.

—¿Y mis cajas?

—Lo siento, tendremos que llevarlas al laboratorio. Son parte de las pruebas.

Ni siquiera la miró, simplemente se dio media vuelta y caminó hacia la camilla donde el cuerpo yacía cubierto.

CAPÍTULO 3

Jean terminó de dar su declaración y regresó a grandes zancadas al edificio de Exposiciones. Tenía calor, sed y el pulgar le dolía. Las puertas del edificio estaban abiertas, dejando entrar luz y algo de aire, aunque no había aire acondicionado. Fue directa a la nevera que había traído esa mañana para los voluntarios. Estaba llena de botellas de agua sobre hielo. Agarró una, desenroscó el tapón y comenzó a beber a grandes tragos. El agua estaba tan fría que le dolieron los dientes y le dio un dolor de cabeza instantáneo. Hizo una mueca y se presionó la frente con la mano.

Escuchó una risa a su espalda.

—No deberías beber tan rápido. Te va a dar un ictus o algo.

Jean se giró. Era su nueva amiga, Karen Carver, la supervisora de Artes del Hogar. Karen sonreía, con los ojos azul grisáceo arrugados en las comisuras. Tenía una mancha de suciedad desde la mejilla hasta la barbilla y el pelo rubio se le escapaba de la coleta, cayéndole en mechones por toda la cara.

—Tenía tanta sed —apoyó la botella fría contra la sien—. He estado ahí fuera bajo el sol más de una hora.

—Deberías ponerte un sombrero.

—Dímelo a mí —Jean bebió un poco más de agua—. Y además me arranqué medio pulgar —levantó el dedo vendado para que Karen lo viera.

—¿Encontraste las cajas?

Jean se hizo a un lado mientras dos hombres pasaban con una vitrina.

—Pensamos poner la vitrina en el centro de la sala —dijo el más alto, de pelo canoso. John Gonzales, el supervisor de Gemas y Minerales, llevaba décadas colaborando con la feria—. Parece que la

gente sólo camina por el centro y nunca mira lo que hay en los lados.

—Suena bien, John. Adelante, probad. Sólo asegurémonos de que haya un metro veinte de espacio a su alrededor, si no el inspector de incendios nos hará moverla.

—Claro, me aseguraré.

Ella y Karen observaron cómo colocaban la vitrina unos seis metros más allá. Sonidos de martilleo, conversaciones y organización de expositores llenaban el edificio, que tenía tamaño de almacén. Por suerte para Jean, todos los supervisores llevaban años en esto. No necesitaban que ella les dijera cómo montar nada. Se sentó sobre la tapa de la nevera y terminó la botella.

—¿Entonces qué pasó ahí fuera? —Karen intentó alisar los mechones que le caían por la cara.

—Pues… Después de encontrar cuatro cajas, vi la última sobre una pila inestable de cajas delante de un armario de dos puertas. Tiré de ella y se vino abajo toda la pila. La caja me arrancó parte de la uña. Y mientras me lamía las heridas, las puertas del armario chirriaron y salió un cadáver seco y viejo.

Karen ahogó un grito con la mano sobre la boca.

—Así que de ahí venía todo el revuelo. Me preguntaba por los coches de policía. Cuando vi la ambulancia pensé que alguien del área de Ganadería se había herido.

—Me llevé un susto de muerte. Grité como una niña pequeña y salí corriendo del contenedor. Suerte tuve de no atravesarme con algún trozo de chatarra oxidada de los que hay ahí dentro.

—Yo también habría gritado —Karen negó con la cabeza—. ¿Y luego?

—Llamé al 112. La primera patrulla llegó en unos minutos. Y luego fue una locura: ambulancias, más coches patrulla, curiosos. Vi al fotógrafo del periódico intentando sacar fotos desde fuera de la cinta policial —Jean se levantó y sacó otra botella de agua de la nevera.

Esta vez bebió a sorbos—. Todavía estoy deshidratada. Y también tengo que ponerme la antitetánica.

—Ve al centro de atención urgente.

—Sí, eso me dijo el técnico. —Miró a su alrededor, al bullicio—. Pero ¿y las cajas?

—¡Ah! —Jean resopló—. Las tienen como pruebas. Le pregunté al agente que tomó mi declaración cuánto tiempo se las quedarían, y me dijo —adoptó un acento arrastrado—: "Pues no sabría decirle, señora. Supongo que el jefe tendrá mejor idea." —Jean puso los ojos en blanco—. Por favor… ¿Les enseñan ese acento en la academia?

Karen soltó una carcajada.

—No lo sé. Pero necesitamos esas cintas. ¿Qué vas a hacer si no las recuperamos?

—En caso de peligro o duda, corre en círculos, grita y da voces.

Karen se quedó mirando.

—¿Qué?

Ahora fue Jean quien rió.

—Es una vieja frase de la Fuerza Aérea que decíamos cuando todo se iba al garete y había que improvisar. Ya pensaremos algo. —Se puso de pie, vació la botella y la tiró en la bolsa de basura junto a la nevera—. Te digo qué: voy a ponerme la vacuna y luego pasaré por la comisaría a ver si puedo conseguir un estimado de cuándo nos devolverán las cajas. ¿Estáis bien aquí? ¿Necesitáis algo?

Karen le hizo un gesto con la mano.

—Ve, ponte la vacuna. Aquí estaremos bien. Preguntaré si alguno de los otros supervisores tiene ideas para las cintas.

Jean sonrió.

—Gracias. Tienes mi número, llámame si necesitáis algo mientras estoy fuera.

Mientras conducía hacia el centro de atención urgente, Jean pensaba en la insinuación del jefe de policía sobre Arris. Aquel hombre no le

daba aspecto de asesino. Meses atrás, cuando respondió a un anuncio del periódico local, el *Green Valley Gazette*, había acudido a una reunión en el aula de Agricultura del instituto, donde se celebraban las sesiones del comité de la feria. Un hombre al frente del aula se levantó. Tenía la cara enrojecida por el sol, unos ojos azules brillantes, era alto, como de un metro noventa, vestía vaqueros, camisa vaquera, botas de cowboy y una sonrisa amplia y amistosa. No había nada en él que transmitiera una vibra de asesino. En aquel momento se fijó en que todos los presentes en la sala también sonreían.

Cuando el comité debatió si aprobar a Jean como vicepresidenta de Exposiciones, Arris se sentó al frente, esperando en silencio a que el grupo llegara a un consenso. Aquello le había gustado. Mostraba seguridad y competencia, y eso le resultó muy tranquilizador.

Jean negó con la cabeza. Si Arris era un asesino, entonces ella era una bailarina de ballet. Encendió el intermitente y entró en el aparcamiento del centro médico. Apagó el motor y suspiró. El pulgar le latía con fuerza. Decidió que después de ponerse la vacuna, se iría a casa a tomarse un par de ibuprofenos. No pensaba volver a encontrarse con ese jefe de policía arrogante sin analgésico en el cuerpo.

CAPÍTULO 4

La comisaría de Greyson estaba en un complejo junto a otros edificios municipales. Había aparcamiento de sobra para la oficina del alcalde, el departamento de negocios del pueblo y el servicio de aguas. También habían instalado paneles solares sobre el aparcamiento. Jean aprobaba la medida. Estaban en Arizona, el pueblo debía aprovechar cada céntimo gratuito de energía de una fuente disponible más de trescientos cuarenta días al año.

La puerta principal de la comisaría daba a un pasillo con suelo de baldosas. Había un pequeño mostrador junto a una ventana de cristal antibalas. Tras el vidrio, verdoso y con un intercomunicador incorporado, Jean vio a una mujer mayor tecleando en un ordenador.

—Hola, soy Jean Hays. Me gustaría hablar con el jefe White sobre el incidente de esta mañana en el recinto ferial.

—Voy a ver si está disponible —respondió la mujer, tomando el auricular de un teléfono de oficina con muchos botones a la derecha del panel—. ¿Greta? ¿Está el jefe? —Escuchó unos segundos—. Una tal señora Hays quiere ver al jefe sobre el asesinato.

Así que la noticia ya había corrido. Jean se acercó un poco más a la ventana para oír mejor.

—Sí, le daré una credencial de visitante y la enviaré —añadió la mujer, colgando el teléfono mientras se levantaba.

Es rápida, admitió Jean mientras la mujer escribía en un registro y sacaba de un cajón una credencial que ponía claramente VISITANTE.

—Ve hacia tu izquierda. Te esperaré en la puerta al final del pasillo.

Jean caminó unos seis metros hasta encontrar una puerta a su derecha. No tardó ni un segundo en sonar el zumbador y abrirse la puerta. La mujer la esperaba y le tendió la credencial.

—Sujétatela al cuello —dijo sonriendo—. Adelante.

Jean caminó junto a ella a través de una oficina que podría haber sido cualquier espacio administrativo: escritorios de dotación estatal, sillas baratas, y gente hablando por teléfono o escribiendo en ordenadores. La única diferencia era que casi todos llevaban uniforme de policía y las ventanas tenían barrotes.

—Para ser sincera, esperaba encontrarme a un agente serio tras un mostrador alto.

La mujer soltó una carcajada.

—Sí, eso es por culpa de la tele. Tal vez sea por las viejas comisarías de Nueva York. No sé si todavía están montadas así. Esta la construimos hace seis años siguiendo las recomendaciones actuales para el diseño de estaciones de policía. Tenemos que protegernos de los drogados y los locos que hay por ahí —abrió la puerta de una oficina que daba a una secretaria—. Por cierto, soy Martha, señora Hays. Greta se ocupará bien de usted.

Asintió a la joven del interior justo cuando Jean entraba.

—¿Puedes acompañarla a la salida luego, Greta?

—Claro, Martha. Sin problema.

Martha cerró la puerta tras ella.

—Hola, señora Hays. El jefe está al teléfono. Tome asiento, terminará en un minuto —dijo señalando una hilera de sillas junto a la pared, frente a su escritorio.

—Gracias —Jean se sentó y tomó una revista. En la portada raída leyó: *Caza y Campo*. La fecha de la edición era de hacía cuatro años. Suspiró y la dejó de nuevo sobre la mesa.

En su lugar, sacó una libreta pequeña del bolso y comenzó a hacer una lista de tareas para lo que quedaba del día y el siguiente. Le molestaba que el jefe sospechara de Arris. No lo conocía demasiado, pero no le parecía el tipo de persona que va por ahí matando gente. Aunque, pensándolo bien, ¿cuánta gente conocía que fuera asesina? ¿Cómo se ve un asesino en un día normal? Muchos asesinos en serie

eran supuestamente encantadores en su trabajo. ¿Y si Arris era así? ¿Amable, hasta que algo lo hacía estallar?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Greta.

—El jefe puede recibirla ahora, señora Hays.

Jean apartó sus paranoias y guardó el bolígrafo y la libreta en el bolso.

—Gracias, Greta. Llámame Jean.

Greta sonrió y asintió mientras Jean se dirigía a la puerta interior. Llamó una vez.

—Adelante —se oyó débilmente al otro lado del macizo portón de roble.

El pomo giró con facilidad. Entró en una oficina completamente masculina. Trofeos y recuerdos de los departamentos de Policía y Bomberos llenaban las estanterías y las mesas. En las paredes colgaban fotografías históricas de Greyson. Nick se levantó y le señaló una de las dos sillas de cuero frente a su antiguo escritorio de madera.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Hays?

Se sentó al mismo tiempo que ella.

—Jefe, el motivo por el que estaba en ese contenedor era para recoger las cintas de premiación para los expositores de la feria. Las necesito pasado mañana para las evaluaciones. ¿Hay alguna estimación de cuándo podrían liberar las cajas? Realmente me hacen falta.

La expresión del hombre fue como si hubiera mordido una uva agria.

—Señora Hays. Comprendo su situación, pero procesar las pruebas que sacamos de ese contenedor llevará tiempo.

Jean se sintió decepcionada, pero insistió.

—Lo entiendo perfectamente, jefe White —se inclinó un poco hacia adelante en la silla—. ¿Sería posible que analizaran esas cajas

primero, para poder recuperarlas? —Vamos, pensó. Dame un respiro.

Podía ver cómo trabajaba su mandíbula. No va a ceder ni un milímetro.

—Señora Hays, esto no es la televisión. No podemos procesar pruebas a la velocidad que muestran en las series policiales. Lleva tiempo, y va más allá de buscar huellas. El forense necesita su tiempo, y es una oficina de una sola persona. No voy a meterle presión.

Jean retorcía las asas del bolso entre las manos. El tono de su voz indicaba que pensaba que ella estaba fuera de lugar. No podía dejar de pensar en lo molesto que era y en cómo iba a entregar premios a sus expositores si todas las cintas estaban encerradas en un laboratorio. Una mezcla de rabia y ansiedad la recorrió. Se puso en pie.

—Lamento haberle hecho perder su valioso tiempo —le salieron las palabras más secas de lo que había querido. Por la expresión del jefe, supo que se había pasado.

—Lamento no haber podido ser de más ayuda —respondió él, pero sus palabras fueron frías y sus ojos se entrecerraron.

Jean se dio la vuelta y salió de la oficina.

Greta alzó la vista de su ordenador.

—¿Ya terminó? Qué rápido —se levantó y rodeó el escritorio—. La acompaño a la salida.

—Gracias —dijo Jean mientras la seguía fuera de la oficina, aún molesta—. Le agradezco su tiempo.

Ya en su coche, hervía de rabia.

—Sólo tenía que mover mis cajas al principio de la lista. Las cajas no tienen nada que ver con el asesinato. Incluso si las huellas de Arris están ahí, siguen siendo propiedad de la feria. ¿Qué significaría eso siquiera?

Golpeó el volante, metió la llave en el contacto y arrancó el coche.

¿Y en qué estaba pensando? Lo único que he conseguido ha sido parecer una histérica y arruinar cualquier posibilidad de que me haga un favor. Soy idiota.

Salió del aparcamiento y puso rumbo de nuevo al recinto ferial.

CAPÍTULO 5

Cuando Jean entró por las puertas dobles abiertas del centro del edificio de Exposiciones, Karen acababa de empezar a colocar las faldas de mesa en sus expositores.

—Eh, déjame ayudarte —dijo Jean, agarrando otra botella de agua de la nevera antes de caminar hacia el área de exhibición de Artes del Hogar.

Este edificio era distinto a los de las ferias en las que había participado cuando era miembro del 4-H en el norte del estado de Nueva York. Aquellos eran graneros construidos en el siglo XIX. Tampoco tenían aire acondicionado, pero contaban con enormes ventiladores en los frontones de ambos extremos que extraían el aire caliente y húmedo del final del verano. Siempre olía a madera vieja y a generaciones de chicos del 4-H que habían sudado y trabajado allí. Este edificio, en cambio, tenía solo cinco años. Suelo de hormigón vertido, extractores en el techo y también en los frontones, y una excelente iluminación superior. El edificio prefabricado incluso tenía baños, cosa que Jean agradecía. Tal vez el año que viene pudiera conseguir aire acondicionado.

—¿Qué tal fue? —preguntó Karen, retirando el protector de plástico transparente del borde adhesivo de unos sesenta centímetros de falda de mesa blanca.

—Fatal —Jean agarró el otro extremo de los seis metros de falda para que Karen pudiera manejarla mejor mientras la pegaba al soporte—. Ese hombre es inamovible. Le expliqué que necesitamos esas cintas para pasado mañana y me dijo que solo tiene una técnica de laboratorio forense y que no va a meterle prisa. Le pedí si podían procesar esas cajas primero. Actuó como si le estuviera pidiendo que sacrificara a su primogénito —resopló frustrada—. No sé qué vamos a hacer con las cintas.

Karen rió.

—Sí, Nick es bastante rígido. Incluso de niño siempre hacía todo según las reglas.

—Tampoco tiene en buena estima a los recién llegados. Tengo la sensación de que piensa que estoy invadiendo su terreno. Esta mañana se mostró muy molesto con que yo sea la vicepresidenta de Exposiciones.

—No te preocupes por él. Como muchos nacidos y criados aquí, ha visto muchos cambios en el pueblo desde que era pequeño. Ha cambiado mucho. Greyson ya no es la aldea tranquila que era hace treinta años. El cambio asusta a mucha gente —retiró más del protector adhesivo y fue presionando la falda en su sitio, mientras Jean le pasaba el sobrante en tramos cortos.

—A ti no parece que te moleste el cambio.

Karen se encogió de hombros.

—Me gustan las cosas nuevas. Nunca viajé mucho, así que si no puedo ir hacia el cambio, que el cambio venga a mí. Además, la gente nueva trae perspectivas y oportunidades frescas. Le viene bien al pueblo sacudirse el polvo de vez en cuando.

—¿Sabías que Arris es el principal sospechoso?

Karen se incorporó y miró a Jean con expresión de sorpresa. Respiró hondo.

—Puedo entender que sea el primer pensamiento —respondió, volviendo a pegar la falda—. No —negó con la cabeza—. No lo creo. He trabajado con Arris en la junta de la feria durante años. Nunca le he visto enfadarse ni perder los papeles.

Jean le pasó las tijeras para que recortara el sobrante de la falda al final de la mesa.

—Yo tampoco noté nada raro en él, es verdad. Pero solo lo conozco desde hace unos meses.

—Y a mí también solo me conoces desde hace unos meses —dijo Karen, poniendo una cara de loca—. ¿Cómo sabes que no estoy mal de la cabeza?

Jean soltó una carcajada.

—Porque vamos a comer juntas al menos una vez por semana, y a hacer senderismo al menos una vez al mes. Eres un poco excéntrica, pero no estás loca.

—Gracias, qué amable —Karen sacudió la cabeza en un gesto exagerado y luego volvió a pegar la falda en la siguiente mesa—. ¿Nick te dijo que Arris era sospechoso?

—No con esas palabras. Pero sabe que Arris tiene las llaves de ese Conex —le pasó más falda—. No me gusta que sea sospechoso. ¿Y si la gente no viene a la feria por culpa de rumores así?

—Vaya —Karen dejó de pegar la falda—. No lo había pensado. Sería horrible. ¿Qué podemos hacer?

Jean suspiró.

—Ni idea, pero sería genial si pudiéramos hacer algo.

—Hmm —Karen volvió a la mesa—. Sí, lo sería.

CAPÍTULO 6

Nick White alzó la vista de los informes sobre su escritorio al oír que llamaban a la puerta. Antes de que pudiera decir "adelante", la puerta se abrió. Un hombre calvo, de cabello rubio arenoso, algo entrado en carnes y de casi un metro ochenta, entró en la sala. Sus ojos azules se arrugaron al sonreír.

—Di gracias.

El teniente de policía Paul Oliver era el mejor amigo de Nick, y también el segundo al mando en la comisaría de Greyson.

Nick dejó el bolígrafo y se apoyó con ambos codos sobre el escritorio.

—¿Gracias por qué?

—Por hacer de escudo entre tú y el alcalde.

Nick se recostó en su silla.

—No me lo digas. ¿Ed quiere respuestas sobre el asesinato de Ida Grange?

Paul se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio de Nick y cruzó un tobillo sobre la rodilla.

—Exacto. Ha llamado amenazando con venir aquí o al depósito de cadáveres a exigir explicaciones. Le dije que era demasiado pronto, que todavía estábamos catalogando pruebas.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Como te imaginas —rió Paul—. No quiere que Greyson parezca un pueblo de paletos en las noticias de las seis.

Nick suspiró. Los asesinatos no eran habituales en Greyson. La gente empezaría a preguntarse si un jefe de policía de pueblo pequeño sería capaz de manejarlo.

—Yo tampoco quiero que Greyson quede mal en televisión, pero como le dije a esa voluntaria de la feria, Jean Hays, a mediodía… no hago milagros. El laboratorio necesita tiempo. Ed Paige y Jean Hays tendrán que esperar.

—¿No es esa la mujer que encontró el cadáver? ¿Ya quiere saber quién fue?

Nick hizo un gesto despectivo con la mano.

—No es eso. Quiere las cajas del contenedor. Dice que ahí están sus cintas. El juicio de los expositores es pasado mañana y quería que esas cajas se procesaran primero para poder recuperarlas.

—¿Y no podemos hacerlo? Parece una petición razonable. Esas cintas cuestan bastante y se encargan con meses de antelación. La feria va a estar bastante deslucida si no hay cintas colgadas en las exhibiciones.

—Puede esperar su turno. Otra del este que viene aquí a enseñarnos a los paletos cómo se hacen las cosas. No, puede esperar como todos los demás.

Paul alzó una ceja.

—¿Te ha pateado al perro o qué? Estás molesto.

Nick frunció el ceño.

—No digas tonterías. Su actitud esta mañana, cuando la entrevisté, me sacó de quicio. No me llegaba ni al hombro y soltando cosas como que no podía ser Arris, porque sería estúpido esconder un cadáver en un contenedor del que él tenía las llaves.

—Bueno, Nick, eso es bastante cierto. Sería estúpido.

—No necesito que ella me diga cómo hacer mi trabajo, eso es todo —Nick tomó su taza y bebió un sorbo de café—. Y encima es una forastera, lleva menos de un año aquí y ya está a cargo de la feria.

—Ah, ya entiendo. Es una invasora —soltó Paul con una risita—. El pueblo está creciendo, Nick. Es un sitio agradable, a la gente le gusta y se muda aquí. Eso es algo bueno. Por fin tenemos tiendas y restaurantes que abren más allá de las cinco de la tarde.

Nick negó con la cabeza.

—Antes era mejor. Más tranquilo.

Paul se puso en pie.

—Te concedo eso, pero a mí me gusta así. Ya no tenemos que conducir hora y media hasta Phoenix para ir de compras. Puedo conseguir casi todo lo que necesito aquí mismo en el pueblo. Me gusta.

Nick volvió a tomar su bolígrafo.

—Supongo que eso sí es una ventaja —le hizo un gesto para que se marchara—. Ve a interrogar a Arris Van Horn. No creo que haya sido él, pero está el primero en la lista.

—De acuerdo. Te mantendré informado —Paul fue hacia la puerta y la abrió—. Ah, ¿cuándo vas a hacer público el nombre de la víctima?

—El depósito está revisando los registros dentales. El dentista es del pueblo. En cuanto confirmen la identificación, enviaré un comunicado a la prensa.

Paul asintió.

—Y dale un respiro a esa mujer. Llama al laboratorio y que procesen esas cajas primero. Si mi mujer no ve una cinta en sus pepinillos en conserva, se va a poner furiosa.

Nick suspiró.

—Sí… supongo que tienes razón. Llamaré al laboratorio. Anda, vete ya. Eres un dolor de muelas.

Paul se echó a reír mientras salía de la sala.

CAPÍTULO 7

A las siete de la tarde, Jean era la última que quedaba en el edificio. Desde el extremo más alejado hizo un último recorrido, sus pasos resonando sobre el suelo de cemento. Los ventiladores estaban apagados, lo que dejaba el lugar en un silencio inusual después del bullicio de todo el día montando. Las diferentes áreas se veían tan bien: Conservas, Bellas Artes, Fotografía, Floricultura, Agricultura y las demás. Todas listas para recibir las inscripciones al mediodía del día siguiente. Comprobó que la puerta del otro extremo estuviera cerrada con llave, luego regresó a la puerta central.

Arris le había dado la llave. Echó un último vistazo y apagó las luces antes de salir a la noche. Los insectos revoloteaban en torno a la luz sobre la puerta mientras la cerraba. Un murciélago pasó junto a su cabeza y atrapó a uno de los bichos en el aire, haciéndole dar un salto. Se apartó de la puerta y se quedó observando desde unos seis metros de distancia. La luz atraía a los insectos como un imán, y los murciélagos estaban aprovechándolo al máximo. Cada minuto, uno se lanzaba al ataque. También había pájaros haciendo lo mismo.

—Restaurante abierto, barra libre —murmuró con una sonrisa.

Le dolían los pies. Había estado de pie casi todo el día. Lo que de verdad quería era llegar a casa, meterse en su bañera de hidromasaje y relajarse con una copa de pinot grigio. En su lugar, iba a tener que ir al supermercado a comprar algo de comida. Mala planificación, se dijo mientras caminaba hacia el coche. Y eso que eres gestora de proyectos. El año que viene recuerda llenar la despensa para no tener que salir después de un día como este.

Subió al coche y condujo hasta el hipermercado, Ingram's. Había poco tráfico. Tal vez los vecinos pensaban que el pueblo se estaba llenando, pero el tráfico nocturno no lo demostraba. Entró en el aparcamiento del local. Era una tienda de uso mixto —artículos generales, ropa y electrónica—, que también tenía zona de

supermercado. Los residentes de toda la vida decían que había llegado al pueblo hacía veinte años y que fue una bendición.

Jean se encogió mentalmente de hombros. Era como cualquier otro Ingram's del planeta. Sin embargo, a juzgar por los comentarios sobre cómo eran las tiendas antes, había resultado muy útil. Entró directamente en la zona de comidas preparadas. ¿Pizza o pollo asado? ¿Quizás un bocadillo ya hecho? Estaba en medio de ese debate interno cuando un carrito de la compra pasó deslizándose junto a ella.

—No vale la pena.

Jean parpadeó, salió de su ensimismamiento culinario y se quedó mirando. Una mujer de mediana edad, delgada hasta la desnutrición, con el pelo teñido de rubio hasta el extremo y maquillaje digno del Alabama de los años ochenta, se encontraba a su lado.

—¿Perdón? —le costó procesar la frase.

—Arris. Es una pérdida de tiempo.

Aún confundida, Jean preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Analise. La exmujer de Arris. Es un ligón, siempre lo ha sido. Y tú eres la nueva. Estás en la junta de la feria, muy amiguita de él —negó con la cabeza. Jean se dio cuenta de que el pelo no se movía en absoluto—. No te molestes.

—Yo no…

—Oh, claro, eso dicen todas —la mujer la recorrió con la mirada de arriba abajo—. Sé quién eres, Jean Hays. Divorciada, recién llegada al pueblo, buscando un nuevo marido, tal vez. Pero ellos juegan. Oh, sí. Juegan.

Jean sintió una oleada de calor subirle por la piel.

—Pero yo nunca… —buscó las palabras—. No haría…

Analise agitó la mano.

—No tienes que explicármelo. Pero estás perdiendo el tiempo. Él nunca se queda mucho. Lo aprendí a mi pesar. Aléjate de él, si sabes lo que te conviene.

Se alejó contoneándose, cruzó el mostrador de charcutería, giró hacia la frutería, luego a los congelados y desapareció.

Jean la observó hasta que se perdió de vista. El corazón le latía con fuerza y las manos le sudaban sobre el bolso y la bolsa de tela que había llevado consigo. Se sentía un poco como Alicia cayendo por la madriguera. ¿Eso acaba de pasar? ¿Qué le he hecho yo? Arris nunca me ha insinuado nada, ni una sola vez. Estoy segura de no haber coqueteado. Jean miró rápidamente a su alrededor; nadie parecía prestarle atención. ¿Debería decirle algo a Arris? Una respiración profunda le ayudó a calmarse un poco.

Aún alterada, cogió el primer bocadillo del expositor de preparados y lo metió en la bolsa: comida para mañana. En la sección de pizzas cogió una precocinada: cena de esta noche. Al pasar junto al pollo asado, se llevó uno también: cena de mañana. Se dirigió directamente a la caja, impaciente, y comenzó a golpear el suelo con el pie mientras esperaba su turno. El pollo en la cinta olía de maravilla. Fue entonces cuando la imagen de la mujer muerta cayendo del armario volvió a su mente. Adiós pollo. El estómago se le revolvió con solo pensarlo.

Ya tenía la tarjeta de crédito en la mano cuando la chica de la caja pulsó el último botón de la registradora. La joven arrancó el ticket y se lo tendió.

—Gracias por comprar en Ingram’s.

—De nada —respondió Jean por inercia, agarró la bolsa y se dirigió hacia la salida.

En casa metió todo en la nevera, excepto la pizza. Tras leer las instrucciones, encendió el horno para precalentarlo y colocó la piedra para pizza dentro. Fue al baño y abrió el grifo de la bañera grande. Vertió una mezcla de sales de Epsom con aroma a lavanda. Aún le dolían los pies, y eso ayudaría. Encendió unas velas, fue al

dormitorio, se quitó las botas de senderismo y la ropa sudada, y se puso el albornoz.

En la cocina metió la pizza en el horno y se sirvió una copa de vino. Para cuando regresó al baño, la bañera estaba llena. Salía vapor del agua. El aroma a lavanda de la mezcla casera de sales llenaba la estancia. No podía esperar más. Sonó el temporizador en la cocina. Sacó la pizza, la cortó, la puso en una bandeja y colocó la copa al lado. Se llevó también la botella.

En el baño, arrimó una silla junto a la bañera y colocó sobre ella la bandeja con la pizza y el vino. Cogió su libro de la mesita de noche, se despojó del albornoz y se metió en el agua caliente, casi hirviendo.

—Ahhh —se le escapó al sumergirse. El agua caliente y el aroma a lavanda relajaron de inmediato sus músculos tensos.

—Esto es lo que necesitaba —murmuró.

Cerró los ojos, relajándose, dejando que el agua hiciera su trabajo.

Su mente vagó hasta la mujer muerta. ¿Quién era? ¿Murió dentro de ese armario? ¿Por qué la mataron? Deseaba poder hacer algo. Nadie merecía morir así. Abandonada, olvidada.

No seas melodramática. Jean negó con la cabeza, alejando esos pensamientos tristes. Tomó su libro, comprobó que la copa estuviera al alcance y cogió una porción de pizza. Le dio un mordisco: el queso aún fundido, el pepperoni salado y la masa un poco quemada en los bordes.

—Mmmm.

No salió de la bañera hasta que el agua estuvo completamente fría.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, Jean cortó el bocadillo de treinta centímetros por la mitad.

—Vaya, es vegetariano —murmuró.

Se le encogieron los hombros. Habría preferido uno mixto.

—Eso me pasa por cogerlo sin mirar —añadió mientras untaba una mitad con mayonesa por un lado y mostaza marrón por el otro, y lo envolvía en film plástico.

Sus pensamientos volvieron a Analise y las acusaciones. ¿Por qué hizo eso anoche? ¿La gente pensará que Arris y yo estamos juntos? La sola idea la avergonzaba. Pero Analise estaba divorciada de él, ¿entonces por qué tanto veneno? El siguiente pensamiento la llevó a su propio divorcio. Una punzada le subió por la garganta solo de recordarlo.

Había sido tres años atrás. Todavía se enfurecía al pensarlo. Dwight la había dejado con el coche y la casa, sí, pero había vaciado la cuenta bancaria. Su abogada había conseguido una pensión decente, y con su jubilación de la Fuerza Aérea, estaba bien financieramente, sobre todo después de vender la casa. Pero la forma en que él la había despreciado seguía revolviéndole el estómago.

—No eres lo bastante emocionante —murmuró mientras clavaba el cuchillo en el tarro de mantequilla de cacahuete.

Untó la tostada con rabia y le dio un mordisco. Luego sorbió su té para pasarla. Respiró hondo, cerró el tarro con calma y lo guardó en la despensa.

—Soy emocionante. Solo que no tengo veinte —bufó.

—Da igual, Jean. Tienes una vida estupenda aquí. Olvida a ese imbécil —se dijo a sí misma.

Terminó el desayuno, lavó los pocos cacharros de la noche anterior y de esa mañana y salió por la puerta. Tenía una feria que organizar.

A las diez y media llegó al edificio de Exposiciones. Dentro ya hacía calor. Empezó a sudar mientras abría todas las puertas, encendía los ventiladores y las luces, y se preparaba para la jornada. Los expositores empezarían a llegar al mediodía. Los encargados de sección y sus voluntarios llegarían hacia las once para preparar todo. Jean, que había sido expositora durante años, sabía lo importante que era tener cada departamento listo para recibir las inscripciones, etiquetarlas correctamente y dejarlas preparadas para el juicio del día siguiente.

Estaba preocupada por las cintas. ¿Y si la policía no devolvía las cajas? Bebió un sorbo de té helado. Arrastró la nevera afuera, abrió la válvula y dejó salir el agua. Luego volvió dentro, separó una caja de botellas de agua y las echó dentro de la nevera junto con una bolsa nueva de hielo. Justo cuando daba otro sorbo de té, Karen entró por la puerta central.

—Ja, sabía que ya estarías aquí.

—Acabo de rellenar la nevera con agua. Tú también has venido temprano.

Karen dejó sus cosas en un soporte y luego las metió en un estante oculto por los faldones que había colgado el día anterior.

—Hoy tengo dos voluntarios que nunca han trabajado con inscripciones de exposiciones. Quiero repasar todo con ellos antes de que empecemos —sacó tres libros de feria y un puñado de bolígrafos de su bolso y los puso sobre la mesa plegable frente a ella —. ¿Alguna novedad sobre las cintas?

—No, llevo toda la mañana angustiada. ¿Alguien ha propuesto algo?

—Ni una idea. Pregunté a todos ayer por la tarde mientras tú no estabas. Están bastante preocupados.

—Yo también —Jean se secó el sudor de las sienes mientras pensaba en el problema—. Llamaré a Arris. Lleva años dirigiendo esta feria. A lo mejor se le ocurre algo.

Sacó su móvil del bolsillo del pantalón corto y marcó su número. Se decepcionó al oír el buzón de voz.

—Hola, Arris. Soy Jean. ¿Puedes llamarme o pasarte por Exposiciones? La policía tiene nuestras cintas y necesito consejo.

Colgó y suspiró.

—Espero que me llame pronto.

A las doce y media, había colas en todas las mesas de cada sección, con personas trayendo objetos para exponer. Algunos llevaban pequeños carritos rojos llenos de cosas; otros traían solo una o dos. Jean, nerviosa antes del mediodía, empezaba a relajarse. Podía ver a Karen en su sección, tan tranquila como una lechuga. Todo parecía marchar bien. Nadie acudía a ella con problemas. Abrió una botella de agua y se sentó junto a la puerta central, resguardada del sol.

—Eh, Jean.

Levantó la vista. Arris se acercaba. Llevaba vaqueros, botas de cowboy, camisa de trabajo y un sombrero vaquero sucio.

—Hola, Arris. Entra, que fuera hace calor —Jean acercó una silla—. Siéntate un rato. ¿Quieres agua?

—Gracias, creo que sí me sentaré. Y el agua me vendrá bien. Acabo de ayudar a mi sobrina a descargar su novillo.

Jean le entregó una botella de agua. Él la abrió y bebió la mitad de un trago.

—Ah, justo lo que necesitaba —tapó la botella y se secó las manos mojadas en los vaqueros—. Vi tu llamada, pero no escuché el mensaje.

—Sí, la policía se ha quedado nuestras cajas con las cintas. No tengo nada para los juicios de mañana.

Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se secó la cara.

—Ayer me interrogaron como sospechoso.

—Oh, no, Arris…

Asintió.

—Sí, pero no tenía nada que decirles. Ina y yo discutimos hace seis meses y no volvió a responder mis llamadas. Siempre decía que quería viajar por el mundo. Supuse que eso había hecho.

—Oh, no, Arris. ¿Pero quién es Ina?

Se recolocó el sombrero.

—Cierto, tú eres nueva. Ina Grange. Salimos juntos unos meses. Llevo todo el día esquivando a la gente. La mitad cree que fui yo. La otra mitad… bueno, no sé si me creen o están incómodos con todo esto.

—Lo siento mucho, Arris.

Guardó el pañuelo de nuevo en el bolsillo.

—Da igual. Dudo que la policía suelte las cajas a tiempo. Llamaré al presidente de la feria del condado de Gila. Puede que tengan cintas que podamos usar.

—Oh, eso sería genial —Jean sintió cómo se le quitaba un gran peso de encima.

Él arrastró las botas por el suelo de cemento, con la mirada baja.

—Tengo otra noticia.

—¿Qué pasa? —Se le encogió el estómago. No sonaba bien.

—Voy a dejar el cargo de presidente de la junta.

Jean se asustó. ¿Dejar la feria? ¿Perder toda su experiencia?

—Solo temporalmente. Hasta que se resuelva todo este asunto del asesinato.

—¿Y quién se encargará?

La miró a los ojos.

—Tú.

Jean sintió un vuelco en el estómago.

—¿Yo? No sé dirigir una feria. Soy nueva aquí. No tengo ni idea.

—Según el reglamento de la junta, el vicepresidente de Exposiciones es el siguiente en la línea. Eres tú.

Se quedó mirándole.

—Pero no tengo los contactos, ni el conocimiento…

—Te ayudaré. Puedes llamarme en cualquier momento.

—No creo que sea adecuado que siga siendo una figura pública mientras soy sospechoso del asesinato de Ina —se inclinó en la silla plegable, codos en las rodillas—. La gente habla y… creo que debo apartarme un poco del foco público.

La miró.

—Temporalmente, hasta que me absuelvan.

Jean entendía su punto de vista. Tenía que ser incómodo que te sospecharan de algo así.

—Vale, haré lo mejor que pueda. ¿Pero llamarás por las cintas?

—Sí —se levantó—. Llamaré y te aviso.

Ella también se levantó.

—No creo que hayas matado a nadie, Arris. Tampoco los demás encargados.

Él hizo una mueca y asintió.

—Gracias. Lo agradezco.

Se dio la vuelta para irse.

—¡Espera!

Arris se giró a medias en la puerta.

Jean se armó de valor.

—Anoche vi a Analise en el Ingram's. Cree que estamos teniendo un romance.

Él puso los ojos en blanco.

—Claro. Cree que tengo un romance con toda mujer mayor de dieciocho años del condado —volvió a entrar—. Lo siento. Llevamos años divorciados, pero no lo supera.

Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo entrecano.

—¿Entonces no es algo que la gente piense de verdad?

Jean tragó saliva.

—Dios, no. Es solo Analise. Lo siento. De verdad. Ella también tiene sus líos, pero cuando me ve con alguien, se pone celosa.

—Siento haberlo mencionado. Es solo que… —se encogió de hombros—. Fue embarazoso. Que te aborden así en la charcutería…

Notaba cómo se le subía el color a las mejillas.

—Hablaré con ella la próxima vez que la vea. Es embarazoso. Aunque no servirá de nada —suspiró—. Solo pensará que es verdad porque se lo niego.

—No lo hagas, Arris. Si no es un rumor extendido, me da igual lo que piense una persona. Nosotros sabemos que no es cierto. Déjalo estar.

Jean no quería avivar la curiosidad de esa mujer.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —asintió—. Olvida que lo dije. Llama a tu amigo y dime adónde ir y con quién hablar.

Arris se puso de nuevo el sombrero.

—Bien. Lo haré.

Salió del edificio.

Jean volvió a dejarse caer en la silla plegable. Sus temores sobre los rumores se habían disipado. Pensó en su nueva posición.

—Genial. Ahora dirijo la feria —se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Iba a ser una semana larga.

CAPÍTULO 9

Era la típica hora muerta de media tarde. Parecía que la mayoría de los expositores venían temprano o después del trabajo. La mayoría de las mesas estaban casi desiertas, con apenas unas pocas personas dispersas por aquí y por allá. Karen se acercó a donde Jean estaba sentada junto a la nevera portátil.

—La primera oleada ha pasado.

—Parece que todo ha ido bien. Solo tuve que mediar en una duda en Conservas, pero aparte de eso, ha estado bastante tranquilo.

—Shhh —Karen golpeó con los nudillos el soporte de madera junto al que se sentaba—. No tientes a la suerte.

Jean le contó que Arris había dejado el cargo.

—¡Oh, no! Pobre hombre. ¿Le dijiste que no creemos que haya sido él, verdad?

—Sí, se lo dije. Me dio mucha pena. Se le veía derrotado —Jean bajó la voz al mirar alrededor del pabellón—. Arris me dijo el nombre de la víctima, Ina Grange.

Karen abrió los ojos de par en par y soltó un jadeo.

—¿Quieres decir Grange?

—Sí. ¿La conocías? ¿Tuvo algo con Arris?

—¿Ina es el cadáver? —Karen suspiró—. Por eso no la he visto hoy.

—¿Suele traer cosas a tu sección?

—Sí. Es una quilter premiada a nivel nacional. Ha salido en todas las revistas especializadas y es conocida internacionalmente. Ha dado conferencias por todo el país. Ina ha presentado obras cada año desde que soy encargada, y la mayoría de las veces gana el Mejor del Certamen. Es una auténtica pena. Supongo que Vera estará encantada este año.

Jean se sorprendió por el tono seco de Karen.

—¿Vera?

—Vera MacIlroy, la mayor rival de Ina. El año pasado, cuando vio que Ina había ganado otra vez, le escupió directamente al quilt. Todos los presentes se quedaron pasmados mientras le gritaba a Ina. Fue vergonzoso.

—¿Y qué hizo Ina?

—Cuando Vera se fue hecha una furia, sacó un pañuelo del bolsillo, limpió la saliva del quilt y siguió con su conversación como si nada. Una respuesta elegante.

—Desde luego. Vaya. Parece que hay competencia feroz en el mundo del patchwork.

—Una verdadera pena —Karen negó con la cabeza.

Jean asintió. Quería saber más sobre Arris.

—¿Y Arris e Ina?

—Ah, sí. La familia de Ina no aprobaba la relación. Arris tiene fama de mujeriego. Ella era viuda y tenía un hijo adulto, y pensaban que él solo iba tras su dinero. Tonterías. Arris heredó una fortuna hace cinco años, de algún pariente lejano. Además, su exmujer montaba escenas cada vez que los veía juntos en público —se sentó en la tapa de la nevera—. Analise y Arris llevan al menos quince años divorciados. No entiendo por qué le importaba.

—Tal vez por vergüenza, o por lo que pudieran pensar sus hijos.

—Lo dudo. No tuvieron hijos. Creo que temía que Arris gastara su nueva fortuna en otras mujeres. Empezó a salir con Ina hará un año. Le afectó bastante cuando desapareció. Su familia se negó a hablar con él.

—Qué triste. Y ahora la han encontrado muerta, y él parece culpable.

—Sí —Karen asintió.

Jean observó su rostro.

—¿Tú no crees que fuera él, verdad?

—Dios, no. Le gustaban las mujeres, sí, pero no tenía ningún motivo para matarla —la miró pensativa durante unos segundos—. De hecho, creo que no ha salido con nadie desde que ella desapareció. Antes solía ir siempre a los bailes de los sábados por la noche en Morgan's. Dicen que hace tiempo que no se le ve por allí.

—¿El restaurante de Alpine con la carretera? Aún no he ido.

—Ese mismo. Por cierto, me dijeron que Analise intentó volver con Arris cuando se supo lo de la herencia —hizo un gesto de desdén con la mano—. Una falta de dignidad total, si me preguntas. Él no picó, claro. A lo mejor por eso se dedicaba a acosar a todas sus citas. Triste para él y bochornoso para ella.

—¿Y a qué se dedica?

—Tiene un food truck, de bocadillos gourmet. Está como una cabra, pero cocina de maravilla. Son deliciosos —Karen se rió—. Es una de las vendedoras de comida en la feria, por si no lo sabías.

Jean puso los ojos en blanco.

—Ay, no. ¿Va a causar problemas?

—Ni idea. Pero Barry me contó… —se volvió hacia Jean—. ¿Conoces a Barry Cole? El responsable de los puestos de comida.

—Sí —asintió Jean—. No he hablado mucho con él, pero lo recuerdo de las reuniones.

—Pues eso, que dice que ella es un incordio. Nunca está contenta con la ubicación, ni con la electricidad, ni con cuánta gente se para en su camión. Pero vuelve cada año.

—Suena insoportable.

—Lo es.

—Menos mal que no me toca lidiar con ella.

Karen asintió.

—Da gracias por ello.

—Arris va a llamar al condado de Gila por lo de las cintas.

Karen se recogió unos mechones sueltos hacia atrás.

—Lo de él es terrible. Lo de las cintas también, claro, pero espero que puedan prestarnos algunas.

—Yo también.

John Gonzales se acercó a ellas.

—El ventilador de la cumbrera en mi lado del edificio ha dejado de funcionar.

Karen se levantó.

—Te dejo con eso.

Jean también se puso en pie.

—Vamos a echarle un vistazo.

Caminaron juntos hasta el extremo este del edificio. El gran ventilador, situado cerca del techo, estaba completamente parado.

—¿No tenemos una escalera lo bastante alta para mirar qué le pasa?

—No —negó con la cabeza—. La escalera más alta en el Conex llega a unos cuatro metros y medio —evaluó el ventilador con la mirada—. Eso está a más de siete metros.

Jean se cruzó de brazos.

—Bueno, si la única escalera está en el Conex, da igual. La policía se lo ha llevado todo —una gota de sudor le corrió por la sien—. Ya empieza a hacer calor aquí dentro —lo miró—. ¿No tienes tú alguna escalera que llegue?

Se rascó la cabeza.

—No, pero llama a Arris. Él sabrá a quién llamar.

Se metió las manos en los bolsillos.

—No puedo. Ha dimitido. La policía ya fue a interrogarlo y cree que estar en la feria solo complica las cosas.

—¿Te ha dejado a ti a cargo?

—Sí. ¿Alguna idea?

Se rascó la cara.

—Bueno, Edgar Conbeer hace instalaciones eléctricas. Ahora que lo pienso, creo que lo he visto otros años por aquí arreglando cosas.

—Gracias, John. Lo llamaré —él se giró para irse—. Ah, ¿puedes buscar algunos ventiladores pequeños? Podrían ayudar.

—Sí, ningún problema.

Cuarenta minutos más tarde, Jean estaba con Edgar bajo el ventilador.

—Oh, sí —dijo él observando la zona—. Voy a cortar la corriente y luego entro a ver qué tiene.

—Claro. ¿Alguna idea de cuánto puede tardar?

—Hasta que suba no lo sabré. Te aviso.

Jean asintió y se dirigió al departamento de John. Piedras y Minerales era el más cercano.

—John, el electricista va a cortar la luz del edificio. ¿Puedes echarle una mano si lo necesita? Yo voy a avisar al resto de que se va a quedar todo a oscuras.

—Claro, Jean. Vaya primer día como presidenta de la junta —le guiñó un ojo.

Jean rió.

—Un poco sí. Gracias por ayudar.

Él saludó con la mano y ella se marchó a avisar a los encargados de sección. Cuando volvió, Edgar ya tenía a otro ayudante con él y una escalera que llegaba hasta el techo. Las herramientas estaban sobre el suelo.

—Espero que sea solo un cable suelto —le dijo—. Eso se arregla fácil. Si el motor está quemado, ya será otra historia.

—Cruzo los dedos —Jean lo observó subir por la escalera mientras el ayudante permanecía abajo—. El electricista empezó a examinar el cable de alimentación. Jean se preguntó si la feria tendría algún seguro en caso de caída.

La gente que entraba para dejar sus objetos miraba con curiosidad.

—Perdonen que esté oscuro —decía Jean—. Es un pequeño problema eléctrico. Pronto estará arreglado.

Todos asentían y seguían a lo suyo.

Espero que sí, pensó. Por favor, que sea algo fácil de arreglar.

Pasaron quince minutos hasta que Edgar llamó desde arriba. Estaba sonriendo.

—Es un cable pellizcado.

Jean soltó un suspiro leve de alivio.

—Voy a empalmar un trozo nuevo y en unos minutos volverá la corriente.

Y cumplió su palabra. Diez minutos más tarde, Edgar le entregó la factura.

—Después de la feria tendréis que hacer una reparación de verdad, pero esto aguantará el fin de semana.

—Gracias, Edgar. Te lo agradezco mucho.

Asintió.

—Corre el rumor por todo el pueblo de que la policía sospecha de Arris. No me lo creo ni por un segundo. No es ese tipo de hombre.

—Se lo diré, Edgar. Ahora se siente bastante solo.

—Sí, hay gente que se cree cualquier cosa. Dale recuerdos. Y pasa por el taller cuando quieras.

Jean le sonrió.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Él asintió y se marchó.

Eso ha sido fácil, pensó. Guardó la factura en su carpeta. Ojalá sea el último gran problema de la semana. Pero no creía tener tanta suerte.

CAPÍTULO 10

Nick White estaba en su escritorio cuando Greta Kaufman, su secretaria, le avisó por el interfono. Pulsó el botón.

—Sí.

—Jefe, el alcalde está en la línea dos.

Nick cerró los ojos y respiró hondo. Sabía de qué iba esa llamada. El alcalde esperaba que resolvieran el asesinato con la velocidad de una serie policial. El hombre veía demasiada televisión.

—Voy —dijo mientras observaba la luz intermitente en el teléfono.

Desconectó el interfono y dudó unos segundos antes de pulsar el botón de la línea dos.

—Alcalde.

—Nick.

El alcalde sonaba como si estuviera ensayando para el grupo de teatro local. Nick sabía que no era pose. Ed Paige era un buen hombre; amigo de mucha gente en Greyson, por eso lo seguían eligiendo. Pero no tenía ni una pizca de lógica. El consejo municipal lo mantenía en el camino.

—¿En qué puedo ayudarte, Ed?

Nick escuchó cómo el hombre resoplaba al otro lado de la línea.

—Necesito respuestas sobre la muerte de Ina, Nick. Pensé que eso era evidente. Su familia está llamando a la oficina, llamando a mi casa. Necesito decirles algo.

Nick sintió el calor subirle justo cuando se activaba el ventilador del aire acondicionado en su despacho. Tomó aire. Sabía que esto pasaría desde el momento en que notificaron a la familia y hablaron con la prensa.

—Esto no es televisión, Ed. Se necesita tiempo para examinar el cuerpo y las pruebas.

—¿Así que no estás haciendo nada? —la voz del alcalde se agudizó.

Nick apretó con más fuerza el auricular.

—Estamos hablando con personas de interés, revisando pruebas, hablando con la familia de Ina para tratar de establecer su línea de tiempo.

El alcalde respiró hondo.

—Puedo comprender el proceso, Nick. Pero la gente quiere saber que se está haciendo algo.

—Agradezco tu preocupación, alcalde. Pero no puedo ir más rápido de lo que los técnicos procesan las pruebas.

¿Puedes darme un respiro, Ed?, pensó Nick mientras miraba el reloj de pared. Probablemente llamaba desde su tintorería. Seguramente había estado recibiendo clientes todo el día hablando del asesinato y eso lo tenía nervioso.

—Me alegra que comprendas mi punto de vista, Nick. ¿Me llamarás en cuanto sepas algo?

Nick volvió a cerrar los ojos. Nunca había dicho que entendiera su punto de vista.

—En cuanto pueda, Ed. En cuanto pueda.

Colgó y miró el informe que tenía frente a él. El forense había llamado a Phoenix para pedir ayuda. No estaba capacitado para examinar un cuerpo en ese estado. Pasaría un día o más antes de que alguien pudiera acudir. Las pruebas se estaban procesando con lentitud. Todo en el contenedor debía ser retirado, etiquetado, registrado, y lo primero en tomar huellas dactilares era el armario de doble puerta del que cayó el cuerpo. Dio un golpecito con el dedo al informe. Por supuesto que tenía las huellas de Arris. También las de prácticamente todo el condado. No las de la señorita Hays, claro. Supongo que es demasiado nueva. Tiene agallas, eso seguro. Debe ser por su pasado militar.

Había hecho una verificación de antecedentes justo después de que ella visitara su oficina. Veinte años en la Fuerza Aérea, planificadora de proyectos. Tiene sentido que se involucre como voluntaria en la feria. Valiente, al venir aquí así. Consideró la sugerencia de Paul de que le ofreciera ayuda. Quería hacerlo; su tía tenía sus rosas premiadas inscritas en la feria. Negó con la cabeza. Simplemente no podía. Primero debían revisar lo más urgente. Las cajas estaban cerca del armario. Eran las siguientes.

Nick cerró la carpeta de golpe y la tiró a la bandeja de salida. Greta la recogería y se la devolvería llena de información que no le diría nada. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Arris solo podía decir a la policía que él e Ina discutieron y que pensó que ella se había ido de viaje. Hora de revisar más a fondo a Arris. Su línea temporal era la siguiente prioridad tras la de Ina.

Tomó el teléfono y marcó un número.

—Paul, pon a alguien a investigar la línea de tiempo de Arris. Los últimos ocho meses. Si él no es el asesino, tal vez lo sea alguien cercano a él o a Ina.

—Claro, Nick. ¿Quieres que ampliemos la búsqueda?

—Sí, ampliémosla. ¿Y si están tendiéndole una trampa a Arris? Podría ser una víctima más.

La línea guardó silencio por un momento.

—Estás pisando terreno delicado, amigo. Algunos podrían pensar que estás protegiendo al tipo.

Nick golpeó el suelo con su bota bajo el escritorio.

—Que lo piensen. No voy a condenar al hombre solo porque el alcalde quiere un asesino instantáneo.

—Justo. Me encargo.

Nick colgó. Sabía que iba a recibir críticas por esto, pero no le importaba.

CAPÍTULO 11

A las cinco de la tarde, las inscripciones de exhibiciones seguían siendo escasas.

—Es solo la calma antes de la tormenta —le dijo Karen a Jean.

Jean se había pasado por el departamento de Karen para ver cómo iba todo.

—He dejado que mis voluntarios se tomen media hora de descanso. ¿Y tú? ¿Algún problema eléctrico más?

—No —rio Jean—. Uno al día es suficiente. ¿Nada por aquí?

—Ni uno solo.

Miró hacia los extremos del edificio y, en voz baja, dijo:

—Tengo una idea.

Jean se interesó de inmediato.

—¿Sobre qué?

—No seas boba, Jean. Sobre el asesinato de Ina.

Las dos mujeres se encontraron al final de la mesa de recepción de Karen.

—Mira, tengo un primo, bueno, primo segundo en realidad, que vive en Rancho Verde. Él conoce a uno de los amantes de Ina de antes de Arris.

Jean asintió.

—¿Y?

—Digo que cuando terminemos aquí, nos vamos a casa de mi primo y vemos qué sabe.

A Jean no le convencía nada ese plan.

—¿Y luego qué? ¿Lo interrogamos y él nos dice que fulanito era amante de Ina, y entonces vamos y llamamos a la puerta de ese

tipo?

—¡Exacto! —Karen sonreía de oreja a oreja—. ¿No es una idea genial?

Jean arqueó una ceja.

—Pues no, la verdad. Quiero decir, ¿y si tu primo no sabe nada y vamos a llamar a la puerta de un tipo chiflado? Podríamos acabar muertas.

Karen puso los ojos en blanco.

—Nadie nos va a hacer daño. Esto no es Washington D. C.

—No sé, Karen —Jean pensó en algunos de los sitios a los que había ido durante sus proyectos con la Fuerza Aérea. Lugares donde te podían atracar por llevar un simple bocadillo—. Suena arriesgado.

—Tonterías. Mi primo nos dirá si es seguro visitar a quien sea. Vamos, vamos a investigar.

Jean observó el rostro ilusionado de Karen. Suspiró. Aquello sonaba como algo que debería investigar la policía, pero después de haber oído tantas cosas sobre Ina y Arris durante la tarde, su curiosidad estaba encendida.

—Supongo. Espérame en la puerta central cuando todo termine. Tengo que apagar cosas y cerrar.

Karen dio un pequeño grito de emoción.

—¡Sí! Esto va a ser divertidísimo.

Jean soltó una carcajada ante el entusiasmo de Karen.

—Claro. Una risa tras otra.

CAPÍTULO 12

Mientras el resto del edificio de Exhibiciones seguía recibiendo participantes que dejaban sus obras, Jean sacó del bolsillo la tarjeta con el número de la oficina del jefe White. Marcó el número en su teléfono móvil. Contestó Greta.

—Hola, Greta, soy Jean Hays, hablamos ayer, ¿recuerdas?

—Sí, señora Hays. Lo recuerdo. ¿En qué puedo ayudarla?

—Por favor, llámame Jean. Estamos recibiendo muchísimas inscripciones. ¿Hay alguna forma de conseguir mis cajas de cintas para mañana? —Cruzó los dedos.

—Lo siento, Jean, pero todo sigue en el laboratorio. ¿Quiere que le pase con el jefe White?

Se le cayeron los hombros. El recuerdo de su última conversación con él le vino a la mente.

—No, no, gracias de todos modos. No hace falta molestar al jefe. Mira, si puedes, ¿me llamarías en cuanto liberen las cajas?

Greta rió.

—Sí, haré lo que pueda. Mi marido tiene un proyecto de carpintería que va a presentar en cuanto salga del trabajo. Le daría mucha rabia no tener una cinta.

—Gracias, Greta. Lo agradezco mucho.

—Suerte, Jean —dijo, y colgó.

Jean le dio la vuelta al móvil una y otra vez entre las manos. Tras unos momentos, marcó el número de Arris.

—¿Hola?

—Arris, soy Jean. Perdona que te moleste.

—No es molestia, Jean. ¿Qué ocurre?

Jean observó a varias personas entrar al edificio por la puerta central y por las de los extremos. Se estaban formando colas en las mesas de todos los departamentos. Se tapó un oído para poder oír mejor por encima del bullicio de voces.

—Parece que no van a liberar las cajas. ¿Llamaste al condado de Gila?

—Sí, justo acabo de hablar con mi amigo allí. Pueden suministrarnos las cintas para el edificio de Exhibiciones. Sé que Jason Lerner, el vicepresidente de Ganadería, ya tiene todo lo necesario para las competiciones de ganado y caballos.

Una oleada de alivio recorrió a Jean.

—Eso es genial, Arris. ¿Puedes ir tú a por ellas?

—No, lo siento, Jean. Estoy algo... limitado a quedarme en el pueblo por ahora.

—Oh —titubeó, sintiendo cómo se le encendían las mejillas—. Claro.

—Te daré el nombre y número de mi amigo para que lo llames y acuerdes con él la recogida.

—Perfecto. Espera, déjame coger papel y bolígrafo.

Apuntó la información y suspiró.

—Siento mucho todo esto, Arris. Qué desastre.

—No pasa nada. Sé que no lo hice. Voy a ayudar a Nick en todo lo que pueda.

Jean se sorprendió.

—¿Conoces al jefe White?

—Claro, fui su monitor de 4-H en su época. El chico criaba un ganado excelente. Es buen tipo. Será justo.

Debí suponerlo.

—Me alegra que tengas confianza en él, Arris. A mí me trató como si apestara a queso podrido.

Arris se echó a reír.

—Sí, es de aquí de toda la vida. Volvió nada más acabar la universidad. Le fue bien, se graduó summa cum laude en Justicia Criminal.

Se le cayó la mandíbula.

—No lo sabía. Lo recordaré, Arris. Cuídate, ¿vale?

—Claro. Recuerda llamarme si hay algún problema. Me han dicho que resolviste sin problemas el tema eléctrico.

—¿Te has enterado de eso?

Se rió otra vez.

—Pueblo pequeño, Jean. Pueblo pequeño —y colgó.

Jean colgó también. Tengo que recordar que en un pueblo pequeño todo el mundo se entera de todo. Comprobó el número que había anotado y marcó. Tocaba organizar la recogida de esas cintas.

CAPÍTULO 13

Nick estaba de pie en el porche de la casa de Arris Van Horn. El lugar no había cambiado mucho desde que era un niño y acudía allí a las reuniones de 4-H. El porche se había ampliado hasta cubrir toda la fachada de la cabaña de troncos, en lugar de limitarse a un pequeño tejado sobre la puerta. El jardín había madurado. La primera esposa de Arris había plantado rosales que él seguía cuidando, a pesar de los intentos de Analise por deshacerse de ellos. Estaban bien podados y les habían quitado las flores marchitas recientemente. La camioneta de Arris estaba aparcada frente al garaje separado, también construido con troncos. Recordaba la enorme pila de madera de pino ponderosa que Arris había amontonado cerca de donde ahora se erguía el garaje. El hombre lo había construido él mismo con algo de ayuda de sus amigos y utilizando la madera de su propia finca.

Nick siempre había admirado ese tipo de autosuficiencia. Las contraventanas verde bosque estaban abiertas y recién pintadas. Arris no era de los que dejaban las cosas a medias. Esa era la principal razón por la que Nick no creía que tuviera nada que ver con la muerte de Ina.

La puerta se abrió.

—¡Nick! Me alegra verte, hijo —Arris le tendió la mano.

Nick se la estrechó.

—Siento venir sin avisar, Arris, pero tengo que hacerte algunas preguntas.

—No hay problema, Nick. Pasa. ¿Café?

Nick entró y cerró la puerta tras de sí.

—Sí, me vendría bien.

Echó un vistazo a su alrededor. Aunque Arris no tenía esposa, todo estaba limpio y ordenado. Las cortinas estaban recogidas y abiertas. La mesa de centro estaba libre de polvo, las revistas apiladas en un extremo, salvo una que permanecía abierta. Siguió a Arris hasta la cocina.

Era tal y como la recordaba. Una mesa grande para diez personas frente a un ventanal con vistas al patio trasero y al granero. La cocina tenía una isla con fogones, donde estaba enchufada una cafetera medio llena.

Arris sacó un par de tazas del armario.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Sí, gracias.

Arris abrió la nevera y sacó un cartón de nata. Luego abrió el armario frente a la cocina y cogió un azucarero de cerámica que dejó junto a la cafetera.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí.

Arris vivía al norte del pueblo, a medio camino de la cima del Mogollón Rim, en una pequeña comunidad de rancheros.

—Está a solo unos minutos, Arris.

—Pensé que tu amigo Paul ya te había hecho todas las preguntas necesarias.

Sirvió café en ambas tazas y le pasó una a Nick. Luego sacó una cuchara de un cajón junto al fregadero y se la entregó.

—Lo hizo. Pero tengo algunas más —Nick añadió una cucharada de azúcar a su taza, luego un chorrito de nata. Removió—. Cuéntame sobre tú e Ina.

Arris cogió su taza y se sentó a la mesa. Dio un sorbo mientras miraba por la ventana a un par de caballos que pastaban en el campo junto al granero.

—No hay mucho que contar. Nos llevábamos bien, íbamos a bailar. Nos divertíamos.

Nick se sentó en el extremo de la mesa para poder verle la cara.

—¿Solo eso? ¿Se divertían? ¿Y la discusión?

Arris volvió a sorber.

—No quiero hablar mal de nadie, Nick. Ya no importa. ¿Qué más da?

Nick vio la tristeza en el rostro de su mentor.

—Tengo que preguntarlo, Arris. Es la única manera de limpiar tu nombre. ¿Por qué discutieron?

Arris se pasó la mano por el cabello gris, cortado al cepillo.

—¿Has hablado con la familia de Ina?

—Estamos en ello —sorbió de nuevo. El café estaba algo frío—. Pero prefiero que me lo cuentes tú.

—Jugaba. Quizá ya lo sepas.

Nick asintió para animarle. No lo sabía.

—Los apaches abrieron ese casino hace veinte años. A Ina le encantaba. Al principio no parecía grave. Yo mismo la había visto allí hace años. Pero no fue hasta que empecé a salir con ella que me di cuenta de que tenía un problema.

—Lo entiendo —y de verdad lo entendía. El casino era una bendición para la tribu, pero un infierno para algunos vecinos que no podían mantenerse alejados. Gran parte de los delitos en el pueblo venían de personas que robaban tiendas o coches para pagar deudas de juego—. ¿Y qué ocurrió?

—Se lo comenté algunas veces, notaba que no tenía comida en casa o cuando me pedía dinero prestado para pagar la luz —negó con la cabeza—. La última vez que la vi fue justo antes de que desapareciera. Intenté hablar con ella, sugerirle que buscara ayuda.

Miró otra vez a los caballos.

—Tuvo una crisis. Me lanzó un caramelo, gritó, lloró. Me sentí fatal.

—¿Dónde fue eso, Arris?

—En su casa. Había ido a buscarla para ir a bailar. Un par de personas de la tribu estaban saliendo cuando llegué. Al abrirme la puerta ya estaba llorando. Le pregunté qué hacían esos tipos en su casa... y todo se desmoronó.

Volvió a beber.

—Me fui después de que me echara. Me llamó crítico, igual que su familia.

Arris miró a Nick.

—No la juzgaba, Nick. Tenía un problema con el juego. Solo intentaba ayudarla.

Nick vio cómo se le enrojecían los ojos al hombre por las lágrimas contenidas.

—Lo siento, Arris. No era la única en el pueblo con un problema así.

Arris se encogió de hombros.

—¿Y no la viste más?

—No —negó con la cabeza—. La llamé varios días pero siempre saltaba el contestador. Luego me salió el mensaje de que estaba lleno y no aceptaba más mensajes. No sabía qué más hacer. Pasé por su casa varias veces, llamé a la puerta. Pregunté por ahí pero nadie la había visto. Supuse que se había ido en uno de esos cruceros largos que tanto mencionaba.

—Lo siento, Arris.

—Debería haber hecho más.

—Hablaré con su familia, a ver si me cuentan algo sobre sus problemas con el juego. También revisaré sus registros telefónicos, para verificar tu historia.

Arris solo asintió.

Nick se levantó.

—No creo que tú hayas hecho algo tan horrible, Arris. Pero tengo que comprobarlo.

Arris empujó la silla hacia atrás y se puso en pie. Acompañó a Nick hasta la puerta.

—Lo sé, hijo.

Cuando Nick salió al porche, Arris añadió:

—Solo averigua quién fue, ¿vale?

—Lo haré, Arris.

Nick regresó a su SUV. Quería hablar con la familia de Ina.

Después, con el casino. ¿Estaban los del casino intimidando a los morosos? Tendría que investigarlo.

CAPÍTULO 14

Pasadas las siete de la tarde, Jean cerró con llave la puerta del edificio de Exposiciones.

—Vaya avalancha de gente al final —le comentó a Karen.

—Pasa todos los años. Decimos que cerramos a las seis, y entonces cincuenta personas entran a las cinco cincuenta y nueve. Normalmente no me importa; vienen saliendo del trabajo y esas cosas. Pero hoy queríamos salir pronto, y resulta que hemos tenido más a última hora de lo habitual.

Las dos mujeres caminaron hacia los coches. Jean agradeció el aire fresco. En cuanto se ocultaba el sol, la temperatura empezaba a bajar. Ahora mismo hacía unos agradables veintisiete grados. Se oían los animales en los establos y niños poniendo música. El aire estaba lleno de risas.

—Se lo están pasando bien.

—Sí. Estarán aquí hasta el domingo por la noche, cuando carguen sus animales para el camión del matadero. Entonces habrá lágrimas. Pobrecillos. Pero por ahora están emocionados y listos para exhibir a sus animales.

Jean saludó con la cabeza al guardia de seguridad. Ahora que había objetos de valor en el edificio, habían contratado a alguien para vigilar. Él cerró la verja tras ellas. Ya en el coche, Jean preguntó:

—¿Quieres comer algo? Podemos pasar por un autoservicio y comer en el camino.

—Buena idea.

Quince minutos después, Jean conducía hacia el este por la autopista 620, rumbo a Rancho Verde. Comieron en silencio. Karen recogió los envoltorios y los metió en una de las bolsas de comida rápida.

—Tíralo detrás de mi asiento, ya lo limpiaré luego —le indicó Jean mientras se limpiaba las manos con la última servilleta—. ¿Cómo se llama tu primo?

Karen se acomodó en el asiento.

—Ari Robertson. Su madre es de ascendencia griega y lo nombró por algún tío suyo.

—¿Y cómo supiste que debías llamarlo por lo de Ina? —Jean ajustó el retrovisor para evitar el reflejo de los coches que venían detrás.

—Estuve llamando a todo el mundo. Amigos, primos, vecinos, cualquiera en quien pudiera pensar. Ari me dijo que quizá sabía algo y le dije que te llevaría conmigo.

—Ah. Solo sentía curiosidad.

Las dos mujeres pasaron el resto del trayecto comentando los acontecimientos del día en la feria. Tardaron media hora en llegar a Rancho Verde. Karen indicó a Jean cómo llegar a casa de su primo.

Aparcaron en la entrada y salieron del coche.

—Vaya, aquí deben estar a treinta grados —comentó Jean.

—Sí, están a mil metros más bajos que Greyson. Aquí es más desértico. Por eso el río era tan importante para los primeros rancheros.

Jean miró la casa. Era una vivienda prefabricada en un terreno árido. No había árboles que dieran sombra, aunque había unos cuantos cactus dispersos por el jardín. Las luces estaban encendidas en el salón y la cocina.

—Vamos a terminar con esto.

Jean se sentía un poco ridícula por hacer aquello. No era policía, pero le molestaba que Arris estuviera siendo incriminado. Siguió a su amiga hasta la puerta. Karen tocó el timbre.

Les abrió un hombre que sostenía a una niña de unos dos años, por el pijama debía ser una niña. Tenía los ojos grandes y marrones, y el pulgar y el índice metidos en la boca.

—Hola, Karen. Me alegra verte —dijo él—. Pasad.

Una vez dentro, Karen hizo las presentaciones:

—Ari, esta es mi amiga Jean. Jean, mi primo Ari y —sonrió a la niña— mi prima más nueva, Lea.

Le hizo unas carantoñas a la niña.

—Encantada, Ari, Lea —dijo Jean con una sonrisa. No extendió los brazos ni intentó tocar a la niña. Le molestaba profundamente cuando su hijo, Jim, era tocado o manoseado de bebé.

—¿Queréis café o algo? —preguntó Ari, cambiando de brazo a la niña.

—No, acabamos de comer. Pero gracias —respondió Jean.

—Vamos a la cocina.

Mientras lo seguían, Jean notó que el suelo estaba cubierto de juguetes, pero por lo demás, la casa era acogedora. Había arte colgado en las paredes y fotografías familiares por todas partes.

—Perdón por el desorden —se disculpó Ari al sentarse en la isla de la cocina—. Mi mujer tiene un proyecto de manualidades por toda la mesa. ¿Seguro que no queréis nada?

Karen negó con la cabeza.

—De verdad, estamos bien.

Jean se sentó al lado de Karen.

—Gracias por recibirnos, Ari. ¿Qué puedes contarnos?

—Tengo un conocido, Josh Marlow, que estuvo con Ina antes de que empezara a salir con Arris. Éramos amigos de niños, pero —sin hablar mal de él— no ha tenido mucho éxito como adulto. Estuvo en el ejército un tiempo, pero volvió tras su primer despliegue. Ahora trabaja como vaquero en el K Bar Seven, al sur de Rancho Verde. Vive en el móvil que tienen para los empleados.

Jean se sorprendió. No sabía que todavía existieran vaqueros.

—¿Está divorciado?

Ari acarició los rizos castaños de su hija.

—No, nunca se casó. Se cree un galán, pero la verdad es que cualquier mujer que ha salido con él lo ha calado enseguida y se ha ido.

—¿Por qué piensas que es sospechoso?

Respondió después de lanzarle un beso a su hija.

—Estaba muy enfadado con Ina por dejarlo. Lo dejó bastante claro en el bar local, diciendo que había cometido un gran error.

—¿Crees que sería capaz de matar? —preguntó Jean.

—Me gustaría decir que no, pero volvió de Afganistán cambiado —los miró a ambas y negó con la cabeza—. No lo sé. Espero que no.

Jean se levantó.

—Gracias por recibirnos. Te lo agradezco.

—Yo también —dijo Karen poniéndose en pie—. Déjame darle un besito a esa preciosidad.

Ari le pasó la niña, que empezó a fruncir el rostro, los ojos muy abiertos por el miedo.

—No te preocupes, preciosa. La prima Karen no te va a hacer daño.

Le dio un beso en la mejilla y se la devolvió a su padre antes de que empezara a llorar.

Él las acompañó hasta la puerta.

—Tenemos que vernos más, Karen. Venid después de la feria. Llamaré al resto de la familia y hacemos una barbacoa.

—Suena genial, Ari.

Las mujeres caminaron hasta el coche. Karen saludó con la mano antes de entrar. En un instante estaban de nuevo en la autopista. Jean estaba nerviosa por conocer a ese vaquero. Parecía un imbécil, y la verdad, su ex era el último imbécil que tenía ganas de volver a tratar.

CAPÍTULO 15

Jean siguió las indicaciones de Karen hasta el rancho K Bar Seven.

—¿Cómo encontramos la caravana doble? —preguntó.

—Puede que haya algún cartel, pero seguramente estará cerca de los establos. Entraremos con el coche y veremos. Si hace falta, preguntamos en la casa principal.

—¿La gente no se molesta si ve coches desconocidos por su propiedad?

—No somos desconocidas. Somos visitas.

Jean rió.

—Eso habrá que recordarlo si nos apuntan con una escopeta.

Resultó más fácil de lo esperado. Había señales que indicaban el camino hacia el alojamiento de los trabajadores, así como hacia la casa principal, los corrales y el granero. Jean aparcó frente al edificio indicado. Todas las luces estaban encendidas, iluminando el aparcamiento. Cuatro camionetas estaban estacionadas frente a la puerta.

—Debe de ser aquí.

Karen bajó del coche y Jean la siguió. Subió directamente los tres escalones de madera hasta la puerta y llamó. No había porche ni siquiera un pequeño descansillo. Les abrió un joven de unos veintitantos años, con una camisa de cuadros de algodón, vaqueros y descalzo.

—¿Sí?

—Buscamos a Josh Marlow —dijo Karen.

Él se dio la vuelta, dejando la puerta entreabierta.

—Josh, hay dos mujeres que te buscan.

Desde dentro se escuchaba la televisión a todo volumen, risas y gritos de varios hombres. Una voz gritó: —¡Bien hecho, tío!

Otra exclamó: —¡Eh, tienes que compartir! Más risas, y finalmente: —¡Callaos ya!

La puerta se abrió de golpe. Un hombre de mediana edad, con el pelo negro encanecido cayendo sobre las orejas, apareció ante ellas. Llevaba una camisa vaquera descolorida, jeans y chanclas. Las observó y se rascó la barba de tres días, también salpicada de canas.

—¿Os conozco?

Karen bajó un escalón.

—No, nunca nos hemos visto, pero mi primo Ari Robertson me dijo dónde encontrarte.

Josh las examinó una vez más, luego salió y cerró la puerta tras él. Mientras bajaba los escalones, Jean notó que era delgado pero bien formado. Ella y Karen se mantuvieron juntas. Él se detuvo a un metro de distancia.

—¿De qué va esto?

La luz de las ventanas bastaba para ver sus ojos marrones escrutándolas.

—¿Has oído que Ina Grange murió? —preguntó Jean.

—Lo oí.

Se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—¿Y qué? ¿Quiénes sois?

Jean no tenía buen presentimiento, ahí de noche, en un rancho desconocido, frente a un hombre al que sospechaba de asesinato.

—Bueno, yo encontré el cuerpo, y su muerte me ha estado rondando la cabeza. Así que pensé en hablar con gente que la conociera. Soy Jean Hays, y esta es Karen, prima de Ari.

Josh escupió hacia la oscuridad.

—¿Y?

Jean se armó de valor ante su actitud desafiante.

—¿La conocías bien?

Josh esbozó una sonrisa sarcástica.

—Salíamos de fiesta. Pero tuve que dejarla. Y por cierto —la miró fijamente—, tu nombre me suena. ¿Eres de aquí?

—No, me mudé hace unos meses.

Jean se frotó nerviosa el borde del pantalón corto. Tenía las manos sudadas.

—Escuché que Ina te dejó por Arris Van Horn.

Josh frunció el ceño, sacó la mano del bolsillo y les apuntó con el dedo.

—Eso es una maldita mentira. A mí no me deja ninguna fulana. Yo la dejé a ella.

A pesar del escalofrío que recorrió a Jean, preguntó:

—Dicen que salías con ella por dinero.

Josh abrió la boca, luego la cerró.

—Yo no soy ningún mantenido —dijo entre dientes—. Tenía un problema.

—¿Qué problema?

—No podía mantenerse alejada del casino. Se pulía el dinero más rápido que nadie que haya visto.

Volvió a mirarla fijamente.

—Tu nombre me suena de algo. ¿Tienes un familiar llamado Dwight?

El aliento de Jean se detuvo. Una ola de sorpresa la invadió.

—Mi exmarido se llama Dwight.

—¡Dwight Hays! —exclamó Josh, golpeándose el muslo—. ¡Eso era! Fuimos juntos a la escuela técnica. Yo no la terminé y el resto del tiempo en la Fuerza Aérea me tocó conducir camiones en Afganistán. El ejército apestaba. Afganistán apestaba. Me volví.

Su rostro se oscureció y volvió a señalarles con el dedo.

—No intentéis cargarme el muerto de Ina. No la he visto desde noviembre.

—¿No te molestó que saliera con Arris?

—No. Bastante tengo con mis propios problemas.

Se giró hacia la casa, pero se detuvo para decir:

—No la he visto desde noviembre. Recordadlo bien.

Volvió a subir los escalones a zancadas y cerró la puerta de un portazo. Se oyeron las voces de los demás desde dentro, preguntándole cosas entre risas y el ruido de la televisión.

—No creo que haya sido muy útil —comentó Jean mientras volvían al coche.

—Parecía muy a la defensiva con lo de la última vez que vio a Ina —dijo Karen al subir.

—Sí. Lo estaba. ¿Sabías que Ina tenía un problema con el juego? —Jean puso el coche en marcha y dio la vuelta.

—No, no lo sabía. Qué pena. Era una buena persona, de verdad.

Cuando ya estaban de nuevo en la carretera, Karen preguntó:

—¿Y eso de que conocía a tu ex?

—Tal para cual, si me preguntas. Seguro que eran inseparables en la escuela técnica.

—El mundo es un pañuelo.

—Sí, un pañuelo pequeño —Jean apretó el volante—. Hablar con Josh fue como hablar con Dwight. Todo sarcasmo y suciedad.

Tragó saliva, dejando a un lado su desprecio por ambos hombres y centrando su atención en Ina. Primero estaba Analise, celosa de Arris, luego Vera y su rivalidad en acolchado, y ahora, un problema de juego. ¿Un casino oficial sería capaz de enviar matones tras una persona? ¿Podría una mujer mayor matar por un concurso de colchas? Jean no tenía ni idea.

CAPÍTULO 16

Eran las nueve y media cuando Karen entró en su cocina por la puerta del garaje. En las ventanas colgaban cortinas cosidas a mano, blancas con pequeños cactus bordados. Estaban corridas para que los vecinos, que vivían a tan solo diez metros, no pudieran mirar hacia dentro. La cocina tenía azulejos cerámicos pintados a mano como salpicadero, y azulejos similares cubrían la pared detrás de la estufa. Las paredes expuestas estaban pintadas de un amarillo pálido. A Karen le encantaba cómo brillaba la habitación cuando el sol se filtraba por las ventanas. Le encantaba su casa, aunque a veces deseaba no vivir en una urbanización con apenas una quinta parte de acre para la casa y el jardín. Dejó el bolso y las llaves sobre la encimera junto a la puerta.

Encontró a su hija de veintidós años, Peggy, en la cocina preparando la cafetera para la mañana siguiente.

—Hola, mamá. Has llegado tarde. ¿Todo bien en la feria?

—Sí —Karen fue a la nevera, sacó una jarra de té helado, se sirvió un vaso, la devolvió y se sentó a la mesa—. Se estropeó el ventilador y el edificio era un horno. Jean lo manejó bien. Hubo muchas más inscripciones que el año pasado. Me alegro. Me gusta ver a tanta gente implicada.

Peggy se sentó a la mesa con su madre. Alisó el mantel individual de ganchillo que tenía delante, también con el tema de los cactus.

—¿Así que tuviste que quedarte tres horas más?

—No —Karen hizo un gesto con la mano—. Fuimos a hablar con tu primo Ari, que nos dio una pista sobre un tal Josh Marlow, que fue uno de los amantes de Ina justo antes de Arris. Pensamos que quizá supiera algo sobre su muerte —bebió un cuarto del vaso de té—. Dios, qué sed tengo hoy.

—¿Mamá, tú y Jean fuisteis a hablar con ese tipo? ¿Pensando que podía ser un asesino? —la voz de Peggy subió hasta un chillido.

—Estaba un poco molesto, pero estuvo bien —bostezó y se frotó los ojos. Había sido un día largo y caluroso. No deseaba más que una ducha y meterse en la cama.

—¡Dios mío, mamá! ¡Podría haberos matado!

—No lo creo. El tipo es un idiota, pero no sé si sería capaz de matar a alguien —decidió no decirle que había estado en la Fuerza Aérea en Afganistán—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo fue el día en la consulta? —su hija trabajaba como recepcionista en la consulta de un médico de familia.

—Mantuve los archivos en orden, pero fue una lucha. El doctor coge las cosas como le da la gana. No me extraña que estén tan desorganizados. Fui a clase a las seis; apenas tuve tiempo de salir de la oficina y llegar a la facultad. Era una práctica, nuestra primera clase para poner inyecciones. Usamos naranjas —puso cara de asco —. La instructora dice que es exactamente igual que pinchar a una persona.

Karen se estremeció. Nunca le había atraído el campo médico: demasiados fluidos para su gusto. Dar a luz ya había sido bastante para ella.

—¿Le cogiste el truco?

—Fue raro al principio, pero creo que ya lo tengo dominado. Tyler me recogió después y me llevó al restaurante a cenar.

Karen asintió, aunque por dentro deseaba que su hija saliera con otro. Tyler tenía veinticinco años y aún estaba tratando de encontrarse a sí mismo. Pensaba que acabaría como Josh Marlow: trabajos duros, empleos estacionales y el resto del tiempo en ayudas sociales.

—Qué bien —terminó su té—. Seguimos sin las cintas. Jean tendrá que ir mañana al condado de Gila a pedir prestadas algunas.

—Oh, mamá. Qué horror. ¿Has oído algo más sobre la señora Grange? El periódico solo decía que seguía en investigación.

—No —Karen se levantó y fue al fregadero a enjuagar el vaso—. Jean dijo que la policía sigue procesando todo lo que había en el contenedor —se secó la mano en un paño de cocina al que ella misma había hecho un remate de ganchillo—. He oído que ya han interrogado al pobre Arris.

Peggy también se levantó.

—Qué horror.

—Voy a subirme a ducharme e irme a la cama, cariño. ¿Vas a quedarte levantada?

—No, voy a mi cuarto a leer la tarea.

Las dos salieron de la cocina, apagaron las luces y subieron las escaleras.

Peggy deslizó su silla y se sentó tras sacar el móvil del bolsillo. Su habitación seguía reflejando sus gustos del instituto: estaba decorada en rosa y blanco, con peluches cubriendo cada superficie plana. Pósters de ídolos adolescentes cubrían las paredes. Marcó una llamada rápida.

—Hola, preciosa —escuchó al descolgar.

—Hola, Tyler. Mamá ya está en casa. Pensé en llamarte para decirte buenas noches —apoyó los codos en el escritorio, apartando el libro de texto.

—¿Ha dicho algo?

—Que los policías todavía tienen sus cintas. Tienen que ir al siguiente condado a pedir prestadas unas cuantas —se soltó la coleta y se frotó el punto dolorido donde había estado sujeta—. Ella y Jean fueron a interrogar a un tipo por su relación con Ina Grange. Le dije que era una tontería. Ese hombre podría haberlas matado.

—Sí, no fue buena idea. ¿Cómo se llamaba?

Peggy se dejó caer en la silla.

—Eh... con J. Jason. No, no Jason. Josh, eso es.

—No me suena.

—A mí tampoco, pero qué horror por el pobre señor Van Horn. Siempre ha sido muy amable conmigo.

Hubo una pausa larga antes de que Tyler respondiera:

—Sí. Buen tipo.

Peggy bostezó, preguntándose por su tono.

—¿Lo conoces?

—He hecho algunos trabajos para él. Es un tipo duro.

—Oh, lo siento, Tyler —volvió a bostezar—. Mira, tengo que leer un capítulo antes de dormir. ¿Nos vemos mañana?

—Claro —prometió Tyler—. ¿A qué hora sales?

Se lo dijo y luego hizo ruiditos de beso por el teléfono.

—Buenas noches, Tyler.

—Buenas noches, Peg.

Se dio cuenta, justo después de colgar, de que se le había olvidado preguntarle qué hacía exactamente para Arris. Intentaría recordarlo mañana.

CAPÍTULO 17

Jean se levantó a las seis de la mañana. Quería llegar cuanto antes al contacto de la feria del condado de Gila para recoger las cintas y volver lo suficientemente temprano como para colocarlas en las exhibiciones correspondientes antes de que se hiciera demasiado tarde. Después de su habitual taza de té Earl Grey mientras revisaba su correo electrónico, desayunó dos huevos revueltos con acelgas y tomates cherry. Los tomates eran un regalo del huerto de Karen. Jean aún no se sentía lo bastante segura del clima como para comenzar su propio jardín.

Tal vez el año que viene. Lavó los platos y volvió a su habitación para cambiarse la camiseta y los pantalones cortos de punto por una blusa y unos shorts caqui para el día.

Decidió no llevarse comida, planeando almorzar en la feria o en el pueblo, dependiendo de cuánto tardara en regresar del condado de Gila. Solo le quedaba coger las llaves y salir. Salió por la puerta que daba al aparcamiento cubierto y la cerró con llave. Fue justo al llegar al coche cuando vio las palabras DEJA DE INVESTIGAR, garabateadas con jabón sobre el parabrisas. Se detuvo en seco y se quedó mirando, con la boca súbitamente seca.

¿Qué? ¿Quién hizo esto? Sacó el móvil del bolsillo con las manos temblorosas. Sus ojos recorrieron el resto del coche. Entonces fue cuando notó que el neumático delantero del lado del conductor estaba pinchado.

Oh, no. Una rápida inspección le mostró que los cuatro neumáticos estaban pinchados. Miró a su alrededor. Nada más en el aparcamiento parecía haber sido alterado.

Marcó el 911.

—Han vandalizado mi coche —le dijo a la operadora.

La redirigieron al Departamento de Policía, ya que el crimen no estaba en curso. Habló con Martha Horner. Tras el saludo, dio su dirección.

—Sí, estaré aquí —colgó, aún temblando.

Jean regresó a la casa, abrió la puerta, entró y se sentó a la mesa de la cocina. Sus pensamientos daban vueltas sin parar en su cabeza, presa del pánico. Dios mío, era todo lo que podía pensar.

Diez minutos después, llamaron a la puerta. Jean dio un respingo, pero enseguida supo que debía de ser la policía. Abrió la puerta y se encontró con un joven agente uniformado.

—¿Señora Hays?

—Sí, sí, soy yo.

Caminaron juntos alrededor del coche mientras el agente tomaba notas. Jean vio una grúa que se detenía al final de su entrada, junto al coche patrulla. El agente notó que su atención se había desviado y siguió su mirada hacia la calle.

—Ah, sí, vamos a llevar su coche al laboratorio para buscar huellas.

Jean asintió. Todo le parecía tan irreal, como si estuviera bajo el agua. A pesar del sol, el día le pareció de pronto oscuro.

—Eh, sí, claro.

—¿Conoce a alguien que podría haberle hecho esto, señora Hays?

Ella estaba mirando cómo el operador de la grúa daba marcha atrás hacia su entrada.

—¿Qué?

—¿Quién haría algo así contra usted, señora Hays?

Su boca se abrió y cerró dos veces antes de poder articular un pensamiento coherente.

—A nadie. Quiero decir, no lo sé. Solo llevo unos meses viviendo aquí.

—¿Qué está investigando, señora Hays?

—Eh... —miró cómo el operario bajaba las rampas de su camión—. Encontré el cadáver.

—¿Se refiere a la víctima del asesinato, Ina Grange?

—Sí. No creo que Arris lo haya hecho. Estaba haciendo preguntas.

El joven frunció el ceño.

—No debería interferir en una investigación policial, señora.

—No, sí —desconcertada, apartó su atención del camión y volvió al agente—. Tiene razón. No quiero hacerlo.

Él asintió y guardó el cuaderno y el bolígrafo en su bolsillo.

—¿Tiene a alguien a quien llamar? Es un golpe que te vandalicen así.

Se humedeció los labios. ¿Llamar a alguien?

—Sí, puedo llamar a mi hijo.

El agente retiró el micrófono de su hombro y se identificó con un número.

—Grúa en la escena. Sin lesiones para la propietaria. Coche con neumáticos rajados y advertencia en el parabrisas.

—Entendido, 103 —respondió una voz con estática—. Recabe información en el vecindario. Avísenos cuando haya terminado.

—Recibido, central —colocó de nuevo el micrófono en su sitio—. ¿Quiere que alguien se quede con usted, señora Hays?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—No, estaré bien. Llamaré a mi hijo. Gracias, agente.

Observó cómo el conductor de la grúa enganchaba cadenas a su coche y lo subía al remolque. No tardó nada en retraer las rampas y marcharse con su coche. El agente también se fue y ella se quedó sola. Jean volvió a la casa y se sentó en el sofá. El reloj digital del DVR marcaba las 09:34. Adiós al madrugón. Llamó a Karen.

—¿Puedes venir a recogerme? Me han rajado las ruedas del coche. No tengo cómo moverme.

—¡Dios mío! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero necesito alquilar un coche y tengo que abrir el edificio de Exhibiciones.

—Ahora mismo voy, cielo.

Colgaron. Jean se quedó mirando por la ventana del salón hacia la calle. ¿Quién haría algo así? Deja de investigar. En realidad solo he hablado con una persona, Josh Marlow. ¿Fue él? ¿Averiguó dónde vivo y me rastreó? No puede ser. ¿Pero quién más?

Las preguntas giraban en su mente hasta que sonó el timbre. Levantarse del sofá le pareció un esfuerzo enorme. Al abrir la puerta, Karen estaba allí. Le dio un abrazo de oso.

—¿Estás bien? ¿No te han hecho daño?

—No —Jean esbozó una sonrisa—. Estoy bien, de verdad. Solo necesito conseguir un coche de alquiler y recoger esas cintas.

Karen la abrazó otra vez.

—Eso es tener espíritu pionero. Vamos, te llevo a por el coche.

—No, primero al recinto ferial, para que la gente pueda entrar.

Karen le dio una palmada en el hombro.

—Sí, por supuesto. Yo conduzco.

Jean asintió y salieron. Cerró la puerta con llave y se guardó las llaves en el bolsillo.

Se avecinaba otro día largo.

CAPÍTULO 18

Jean saludó a Karen mientras su amiga se alejaba en el coche. Habían abierto el edificio de Exhibiciones y después Karen la había llevado a la única agencia de alquiler de coches del pueblo. No tardó mucho en rellenar el papeleo y recibir las llaves de un coche de tamaño medio.

—Necesito recoger unas cintas, así que necesito algo con buen maletero y un asiento trasero amplio —le explicó a Karen.

—No tienes que convencerme —respondió ella mientras ambas rodeaban el coche, buscando posibles daños que anotar en uno de los formularios. Jean no quería acabar pagando por un descuido ajeno. Señaló algunos arañazos y abolladuras, pero en general el coche estaba en buen estado. Firmó los documentos y se los entregó al dependiente, que le dio las llaves. Luego salió hacia el vehículo.

—Eso es todo, Karen. Gracias por el paseo.

—No es nada, ya lo sabes. ¿Vas ya a por las cintas?

—Sí. Llamé al encargado y le expliqué por qué iba a llegar tarde. Lo entendió.

—Ojalá mandaras a otra persona.

Jean se encogió de hombros.

—Todos están ocupados con las evaluaciones hoy. Tú sabes cómo funciona esto, yo no. Así que esto es lo mejor que puedo hacer.

Karen le dio un abrazo y subió a su coche.

—Espero que funcione bien el aire acondicionado. Lo vas a necesitar.

Ahora Jean estaba sola en el coche de alquiler, en el aparcamiento de la agencia, y aún no lo había puesto en marcha. Observaba el tráfico de la carretera que atravesaba el centro del pueblo. Los coches pasaban zumbando, rumbo al norte en busca de

temperaturas más frescas o al sur, de regreso a Phoenix. Era hipnótico verlos pasar desde la quietud del coche, bajo el calor. Cogió su móvil del compartimento central y marcó el número de su hijo con la marcación rápida.

—Hola, mamá —respondió él.

—Hola, Jim —le reconfortó oír su voz.

—Qué bien oírte, mamá. ¿Pasa algo? No sueles llamar a estas horas en medio del trabajo.

Es un chico muy listo.

—Sí, me vandalizaron el coche anoche. Me pincharon todas las ruedas.

—¿Qué? ¿Estás bien?

Pudo oír el pánico y el miedo en su voz.

—Estoy bien, Jim. Ya hablé con la policía y he alquilado un coche.

—¿Qué ha pasado, mamá? Creía que decías que ese pueblo era seguro.

—Lo es, más o menos. Encontré un cadáver hace dos días en un contenedor de almacenamiento de la feria.

—¿Cómo? ¿Y no me lo dijiste? ¿Quieres que vaya?

Jim vivía en Los Ángeles y tenía un buen trabajo como programador en una gran empresa informática.

—No es necesario, Jim —quizá no debería haberlo llamado—. Estoy bien. Ya han identificado el cuerpo y la policía está investigando. Karen y yo teníamos curiosidad y fuimos a hablar con un tipo que había tenido una relación con la mujer muerta.

—¿¡Qué!? —exclamó él.

Jean suspiró. No debería haberlo llamado.

—Hablamos con él anoche. Solo para ver si sabía algo sobre la mujer. Se llamaba Ina.

—Por el amor de Dios, mamá. Ese tipo podría haberte matado o algo. Tal vez deberías dejar la investigación a la policía.

En su mente, Jean lo visualizó pasándose una mano por el pelo negro. Siempre hacía eso cuando se alteraba. Tenía veinticinco años, pero seguía siendo su hijo.

—No te agobies, estoy bien. Dale un beso a Lisa de mi parte y un gran abrazo a Rio y a Glen, ¿quieres?

—Lo haré, mamá. Pero por favor, ten cuidado. Me voy a quedar intranquilo hasta que atrapen al que te rajó las ruedas.

—Tendré cuidado, hijo. Adiós.

Colgó y se secó el hilo de sudor que le caía por la sien. Puso en marcha el coche y, tras inspeccionar el salpicadero, encendió el aire acondicionado. El chorro de aire frío fue un alivio. Bien, hora de recoger las cintas.

CAPÍTULO 19

Analise se quitó las manos de las caderas y señaló a Barry, el encargado de los vendedores de la feria. Eran las diez de la mañana y el sol ya había convertido la zona central de la feria en un horno. Los vehículos de los vendedores iban en todas direcciones, tratando de aparcar en sus espacios asignados. El camión de bocadillos gourmet de Analise estaba detenido en medio del recinto, bloqueando el paso de la mitad de los demás vendedores. El polvo se levantaba a su alrededor y hacía que a Barry se le llenaran los ojos de lágrimas.

—No voy a tomar ese sitio, Barry Cole. Por ahí no pasa nadie. El año pasado apenas gané un centavo. Dame otro espacio.

Cole revisó su plano del recinto.

—Mira, Analise, tu puesto está justo al lado del escenario. La gente estará ahí todo el día y hasta el cierre. El escenario es nuevo. Habrá mucha gente delante de él —le mostró el diagrama.

Ella le echó un vistazo.

—Que hayas dibujado un cuadrado y lo llames escenario no significa que vaya a tener público delante. ¿Por qué no me das ese sitio? —señaló un espacio detrás de Cole—. Está en medio del recinto, en plena acción. Dame ese.

Cole se frotó la frente. Sentía el polvo pegado al sudor en su cara. ¿Por qué me presento voluntario cada año?

—Tengo a los Caballeros de Colón en ese sitio. Han estado allí los últimos veinte años. No voy a echarlos. La gente los busca allí.

Analise dio golpecitos con su bota derecha y cruzó los brazos.

—No te metas conmigo, Barry. Estaré frente al consejo municipal antes de que puedas pestañear.

Cole apretó los dientes. Sabía lo que hacía: amenazaba con implicar a su esposa, que era miembro del consejo. Analise ya lo había hecho antes, presentando quejas contra comerciantes locales que le caían mal.

—Haz lo que quieras, Analise, pero hoy no.

Se oyó el claxon de un camión. Un hombre sacó la cabeza por la ventanilla de una enorme Ford que remolcaba un tráiler de barbacoa justo detrás del camión de Analise.

—¿Qué pasa, Barry? ¿Cuál es el problema?

—Solo estamos discutiendo la asignación de los espacios. Terminamos en un segundo.

—Oh, no, no terminamos. Si no me das otro sitio, dejo mi camión plantado aquí —gritó Analise, lo suficientemente alto para que la escuchara el hombre de la barbacoa.

Otro camión hizo sonar el claxon. Estaba detrás del de la barbacoa.

Barry sintió cómo le subía la tensión.

—No puedes bloquear a todos, Analise. No hay nada malo con tu puesto.

—¡Muévete ya, señora!

El segundo camión volvió a tocar el claxon.

Ella cruzó los brazos, regresó a su camión y se apoyó contra la puerta del conductor.

Cole suspiró. Se acercó al camión de barbacoa y ayudó al conductor a maniobrar para rodearla, luego hizo lo mismo con el segundo camión. Cuando ambos pasaron, sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número de Jean.

—¿Sí?

—Jean, soy Barry Cole. Tengo una vendedora furiosa que no quiere su sitio y amenaza con bloquear toda la zona si no la cambio de lugar.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Estoy en el extremo norte del pueblo. Llego en unos minutos.

Colgaron. Quince minutos después, Jean se acercó al encargado de vendedores. Ambos miraron el camión de bocadillos, que seguía en medio del recinto, causando problemas.

—¿Quién es?

—Analise Van Horn.

Jean suspiró y puso los ojos en blanco.

—Maravilloso —el ruido del montaje era tan alto que tuvieron que alzar la voz para escucharse.

—Sí. Intenté explicarle que su sitio está junto al escenario. Estará lleno todos los días, pero no me escucha.

—Enséñame tu diagrama —pidió Jean.

Él le ofreció el portapapeles.

—Quiere el puesto de los Caballeros de Colón porque está en el centro. Han estado allí por décadas; no quiero moverlos.

—¿Y este puesto? —preguntó Jean señalando un cuadrado sin etiqueta.

—Está por allá —apuntó hacia la derecha del recinto, cuatro puestos más allá—. Es un vendedor nuevo, de perritos calientes. Nunca ha estado aquí. Se apuntó a última hora.

—Dale ese a Analise. Pon al de los perritos en su sitio. ¿Te sirve?

Él revisó el diagrama.

—Sí, puedo hacerlo. ¿Crees que lo aceptará?

—Vamos a ver.

Jean y Barry se acercaron a Analise, que seguía en la sombra de su camión, mirando con furia al resto de vendedores.

—Analise —dijo Jean.

—Jean —se puso de pie—. ¿Convenciste a Cole de darme ese sitio?

Señaló con la barbilla el lugar de los Caballeros.

—Hemos decidido no hacerlo.

Analise frunció el ceño a Cole y luego a Jean. Barry agradeció que fuera Jean quien hablara.

—En cambio, tenemos un sitio a la derecha, tres espacios más allá. Échale un vistazo.

Analise rodeó la parte delantera de su camión. Cole y Jean la siguieron. A la derecha había un espacio vacío entre un vendedor de joyas y un puesto de limonada. Caminó alrededor, examinándolo.

—La limonada va a atraer moscas.

El vendedor de limonada le lanzó una mirada fulminante, y Barry intervino antes de que dijera algo.

—Todos los puestos de comida atraen moscas, Analise. Estamos al aire libre. Es lo normal.

Analise frunció el ceño y miró arriba y abajo el recinto, donde todos los puestos ya se estaban montando.

—Está bien —descruzó los brazos y se dirigió a su camión.

Jean y Cole caminaron hasta el extremo del recinto, fuera de su camino. Se detuvieron y la observaron aparcar el camión en el espacio, mientras el tipo de la limonada la vigilaba con atención.

—No dejes que esos dos se agarren —dijo Jean mientras miraba su reloj.

—Hablaré con él. Gracias por ayudarme. Esa mujer me pone de los nervios.

Jean le dio una palmada en el hombro.

—A mí también. Mira, tengo que ir a por las cintas. Habla con Karen en el edificio de Exhibiciones si necesitas algo.

Cole guardó el portapapeles bajo el brazo.

—Claro. Conduce con cuidado.

—Lo haré.

Jean se dirigió al edificio de Exhibiciones para advertirle a Karen sobre Analise antes de irse.

CAPÍTULO 20

Nick White aparcó en el lote de la feria y salió de su coche. Eran poco más de las diez y media de la mañana, y el sol caía sobre el asfalto como un puñetazo en la cabeza. Se puso su sombrero tejano. No refrescaba, pero al menos cortaba el resplandor. Las puertas estaban abiertas para que los vendedores pudieran entrar y montar sus puestos. Camiones, remolques, coches, carritos de golf y todoterrenos iban de un lado a otro, la gente gritaba, los martillos golpeaban contra postes y tablones de madera; parecía un zoológico.

Divisó a Jean Hays en medio de la locura, caminando junto a Analise Van Horn hacia un sitio vacío cerca de la valla. No la envidio, pensó mientras cerraba su coche y se dirigía hacia la entrada. No me extraña que Arris se divorciara de ella. Vaya bruja. Tras unos instantes, vio cómo Jean y un hombre con un portapapeles se alejaban. Estaba casi en la puerta cuando la vio decir algo al hombre y luego alejarse del recinto.

Nick la interceptó en la entrada. Sus ojos azules miraban al frente, decididos. Su corto cabello castaño, ya grisáceo, se le pegaba a las sienes y la frente por el sudor. Se va a quemar con ese top sin mangas y esos pantalones cortos.

—Hola, señora Hays.

Jean se detuvo en seco y giró sobre sus talones. Ah, aún está un poco asustada. Su rostro pasó del reconocimiento al ceño fruncido.

—Jefe White —dijo. Luego relajó el gesto—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Solo quería pasarme para decirle cuánto lamento que vandalizaran su coche. Estamos trabajando en el caso lo más rápido posible.

Una mirada de sospecha cruzó su rostro, luego se resignó.

—Lo agradezco, jefe.

—Puedes llamarme Nick.

Jean alzó una ceja. Asintió.

—Nick. Gracias. Imagino que está detrás del asesinato en cuanto a prioridades.

Rápida —pensó él.

—Sí, tiene que estarlo, pero lo investigaremos lo antes posible.

—¿Alguna posibilidad de recuperar mis cintas hoy? Es día de evaluación. Si no, tendré que conducir hasta el condado de Gila y pedir prestadas.

Dios mío, qué insistente. Revoleó el pie en el polvo.

—Lo siento, no. El laboratorio no pudo trabajar tan rápido.

Reconocía que era una faena para ella tener que conducir tan lejos y depender de otra feria.

—¿Te costará mucho?

—Nos las venden a precio de coste, si es lo que preguntas. Luego está el tiempo que me llevará ir, volver, y volver a revisar todas las exposiciones para colocar las cintas. Digamos que es un incordio.

—Lo siento de verdad.

Para su sorpresa, una pequeña sonrisa se formó en el rostro de Jean.

—Bueno, es un fastidio, pero lo superaremos. Voy a hablar con uno de los Superintendentes y después salgo hacia el condado de Gila. ¿Algo más?

Eso explicaba su concentración al caminar. Tenía mucho entre manos.

—No. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. Y decirte que estás la siguiente en la lista de prioridades. Intento hablar con todo el que haya presentado una denuncia seria.

Eso la hizo sonreír de verdad.

—Gracias, jefe. Lo agradezco.

Él se quitó el sombrero en señal de cortesía.

—Conduce con cuidado, señora Hays.

—Puedes llamarme Jean, Nick —respondió con un gesto de despedida antes de girarse y alejarse. La cabeza alta, los hombros firmes, avanzando con paso decidido. Su entrenamiento militar, pensó él, mientras la observaba rodear las gradas del ring de exhibición. Reajustó su sombrero y salió por la puerta.

En el edificio de Exhibiciones, Jean vio que cada departamento estaba volcado en el proceso de evaluación. Los voluntarios organizaban las piezas ya evaluadas. Encontró a Karen, que ayudaba a una jueza con una de las exposiciones.

—Karen, perdona que interrumpa.

Karen levantó la vista de la hoja de evaluación.

—Hola, Jean, pensé que ya te habrías ido.

Se volvió hacia la jueza.

—¿Podrías darme un minuto?

—Claro —respondió la mujer—. Me vendrá bien para pensar en esta pieza.

Karen se acercó a Jean.

—¿Todo bien?

Jean hizo un gesto con la mano.

—Sí. Estaba saliendo del pueblo cuando Cole me llamó. Analise estaba armando un escándalo en mitad del recinto. Tuve que parar y resolverlo. Te dejo a cargo mientras me voy. Le dije a Barry que hablara contigo si pasa algo. ¿No estaré pisándole el terreno a nadie?

—No —Karen negó con la cabeza—. El vicepresidente de Ganadería no va a querer lidiar con vendedores ni fontanería. Estará bien. ¿Algo más?

—No. Bueno, sí —Jean se limpió el sudor de la sien—. El jefe White me paró de camino desde la zona de vendedores. Quería asegurarse

de que estaba bien.

Karen alzó las cejas.

—¿En serio?

Jean asintió.

—¿No es raro?

—Sí —dijo Karen lentamente, alargando la palabra. Luego sonrió—. ¿Crees que tiene un flechazo contigo?

Jean soltó una carcajada.

—El día que nieve en el infierno. —Inspiró hondo—. Bueno, me voy al condado de Gila. Quédate al mando.

—Lo haré. Conduce con cuidado.

CAPÍTULO 21

Cuando Nick salió del recinto ferial, cruzó la autopista y se dirigió al casino. El olor a cigarrillos lo golpeó en la cara al atravesar las puertas automáticas. Frunció la nariz. Había dejado de fumar a los veintidós años, pero aquel olor aún le despertaba antojos. Un guardia de seguridad del casino se encontraba justo dentro de la entrada. Nick asintió al pasar y se dirigió a las oficinas del casino.

Contó cuatro autobuses comerciales en el aparcamiento. La sala de tragaperras estaba llena de ancianos con andadores, bastones y tanques de oxígeno portátiles, moviéndose de una máquina a otra. Cerca de tres cuartas partes de los asientos estaban ocupados, con cigarrillos humeando en los ceniceros al lado de cada máquina. El ruido era suficiente para volver loco a cualquiera. Observó a una mujer mayor, con el rostro inexpresivo, pulsar un gran botón verde en el panel de la máquina. Las luces parpadearon, sonaron campanas, pero su expresión no cambió. Simplemente volvió a pulsar el botón. No entiendo dónde está la emoción.

Abandonó la sala del casino y tomó un pasillo alfombrado que conducía al área del salón de eventos. A mitad de camino, giró a la derecha y entró por una puerta con el cartel de Oficina. Una secretaria, una joven de ascendencia apache, estaba sentada en un escritorio.

—Hola, jefe —saludó ella con los ojos brillantes—. Hacía tiempo que no lo veíamos por aquí. ¿En qué podemos ayudarle?

—Necesito hablar con Jimmy, Lani. ¿Está?

Lani levantó el teléfono y marcó un botón.

—El jefe White quiere verte —dijo, y escuchó un momento—. Claro, ahora lo mando. —Colgó—. Dice que pase. ¿Quiere un café? Le llevo uno a él.

Ella se levantó.

—No, estoy bien, Lani. Gracias.

El jefe caminó más allá del escritorio de Lani, de una enorme impresora y de una mesa de conferencias, hasta una puerta a la izquierda. Llamó suavemente y entró.

—Nick White, viejo zorro. Adelante.

Jimmy, vestido con pantalones de vestir y camisa blanca de manga larga con las mangas arremangadas hasta los codos, se levantó y rodeó su moderno escritorio de nogal para estrecharle la mano.

—Hace mucho que no te veía.

Nick cruzó la alfombra beige y mullida y le estrechó la mano.

—Tienes razón. Ha pasado demasiado tiempo. Gracias de nuevo por la contribución al fondo para viudas de policías. Llegó justo a tiempo para la esposa del oficial Morgan. Te lo agradezco.

—Me alegra poder ayudar, Nick, lo sabes. Siéntate. ¿Qué necesitas?

Su trenza se balanceó por la espalda al sentarse en una moderna silla ejecutiva de cuero negro.

—Lani trae café.

Nick rechazó el ofrecimiento con la mano.

—Le dije que no, pero gracias de todas formas. Vengo por Ina Grange.

Jimmy suspiró.

—Qué pena. La conocíamos del colegio, iba tres cursos por delante de nosotros. Era una buena chica.

Llamaron a la puerta y se abrió.

—Aquí tienes tu café, Jimmy. ¿Seguro que no quiere algo, jefe?

—No, gracias, Lani. Se agradece la oferta.

Lani asintió y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Nick se acomodó en la silla de visitas, a juego con la del ejecutivo. Echó un vistazo al despacho de Jimmy. Había un cuadro de caballos salvajes corriendo por el desierto. Asintió hacia él.

—Ese es nuevo.

Jimmy sonrió.

—Sí. Lo compré en la última exposición de arte que organizamos en el salón. Lo pintó un artista local. Me encanta cómo casi puedes oírlos galopar por la tierra.

—Buena elección, Jim. —Volvió al tema—. Necesito algo de información sobre Ina. Me están diciendo que tenía problemas con el juego.

Jimmy había levantado la taza a medio camino, dudó, luego bebió un sorbo y la colocó con cuidado sobre el platillo.

—Sabes que hacemos todo lo posible por colaborar con la policía, Nick.

Nick se recostó en la silla. Sabía que Jimmy respondía ante el consejo del casino, compuesto por ancianos de la tribu. Nunca les gustaba revelar información sobre el casino.

—Lo sé, Jimmy. Solo intento averiguar quién pudo matar a Ina.

El gerente del casino cruzó las manos sobre el escritorio.

—Estoy limitado en lo que puedo compartir, Nick. Ya lo sabes.

—Lo sé —reconoció Nick—. Necesito saber cuánto les debía y cómo estaban cobrando.

Jimmy frunció el ceño.

—¿Crees que la estábamos intimidando? Sabes que no hacemos eso.

—No creo que la estuvieran intimidando, Jimmy. Te conozco demasiado bien para eso.

El ceño de Jimmy se relajó.

—Nos debía mucho, Nick. Mandamos la deuda a una agencia de cobros. La tribu no quiere problemas ni con la Comisión de Juegos ni con el pueblo. Nos portamos como buenos vecinos.

—Eso es cierto. El pueblo lo agradece. —Nick se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Pero necesito saber si le debía a alguien más, alguien que no fuera tan amable.

Jimmy se recostó en su silla.

—No lo sé, Nick. A veces apostaba a los caballos. Tal vez alguien del hipódromo. Pero aquí en Arizona la temporada aún no ha empezado. Hace demasiado calor para las carreras.

Nick se rascó la cabeza.

—Esperaba que supieras por dónde más mirar.

—Lo siento, Nick. De verdad. Me duele su asesinato.

Nick reflexionó.

—¿Y si me das un informe de la actividad de su tarjeta de socia? ¿Puedes conseguirlo?

Jimmy fijó la vista en la pared tras Nick y se frotó la barbilla.

—Sí —aceptó, aunque con desgana evidente—. Creo que puedo conseguir la aprobación de los ancianos. ¿Te lo puedo enviar a tu oficina cuando hable con ellos?

—Claro —Nick se mostró satisfecho con la concesión. Se le ocurrió algo—. Ina nunca se metió en ningún lío aquí, ¿verdad? ¿Una discusión? ¿Algo?

El director negó lentamente mientras lo pensaba.

—Noooo —alargó la palabra—. Oh, espera. Hace unos meses estaba en racha y un tipo intentaba convencerla de que se retirara. —Se tiró de la oreja izquierda—. No recuerdo mucho más, así que seguridad debió de aplacar el alboroto rápidamente.

Eso podía ser una pista. Nick se inclinó hacia adelante.

—¿Tienen algún registro? ¿Informes? ¿Vídeo?

Jimmy pulsó el teléfono ejecutivo de su escritorio.

—Lani —dijo cuando la joven contestó—. Dile a seguridad que busquen en los registros todo lo relacionado con Ina Grange, um, últimos nueve meses. Y también cualquier vídeo de ese periodo.

—Claro —escuchó Nick a través del altavoz. Luego colgó.

—También tendré que hablarlo con los ancianos, ya sabes.

Jimmy se recostó otra vez.

—Está bien, puedo esperar. ¿Esto no te causará problemas?

—No lo creo. Los ancianos protegen a la tribu, pero cuando se trata de algo así, quieren estar del lado de la ley.

Nick se puso de pie.

—Gracias por recibirme, Jimmy. —Hizo una pausa—. Ah, tuve un informe que decía que, poco antes de su desaparición, se vio a un par de miembros de la tribu saliendo de su casa. ¿Sabes algo al respecto?

Jimmy adoptó una expresión neutra.

—No, ni idea. Como te dije, usamos agencias de cobros.

—Tenía que preguntarlo. Gracias por la ayuda.

—Cuando quieras, Nick.

Jimmy se levantó y acompañó a Nick hasta la puerta.

—Avísame si podemos hacer algo más. Lo digo en serio. Lo que sea. Incluso una recompensa, si crees que puede ayudar.

Se dieron la mano.

—Te lo agradezco, Jimmy. Gracias.

CAPÍTULO 22

Jean se reunió con el amigo de Arris en el condado de Gila y recogió cuatro contenedores llenos de cintas, desde las verdes de Mérito hasta las de Mejor Exhibición.

—Dile a Arris que lamento lo que está pasando. Mi esposa y yo conocimos a esa mujer, Ina, una vez que Arris vino a una barbacoa en mi casa. Encantadora dama, pero discutieron.

Jean aguzó el oído.

El hombre agitó la mano.

—Nada violento. Solo parecía que ella quería algo y Arris le dijo que no. "Nos quedamos aquí." Esas fueron sus palabras exactas.

—¿Causó algún problema?

—No. Se quedaron todo el día y se marcharon por la noche. Parecían bien cuando se fueron.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh... —El hombre se quitó el sombrero vaquero y se rascó la cabeza—. Más o menos en octubre del año pasado. Justo cuando el clima empezó a refrescar como para hacer un buen picnic.

—Bueno, gracias por las cintas —Jean necesitaba tiempo para decidir si esa información valía algo o no.

Un recibo acompañaba los contenedores. Justo, pensó Jean cuando él se lo entregó. Lo guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos y le estrechó la mano.

—Te lo agradezco. Le diré a Arris que lo saludas.

Subió al coche y miró el reloj del salpicadero.

—Las cuatro y diez. Dos horas de regreso. Mmm, pararé en un autoservicio antes de salir del pueblo. Puedo llamar a Karen y decirle que llegaré sobre las siete. Ella puede avisar al resto y podríamos

repartir las cintas antes de medianoche —suspiró con cierta satisfacción y encendió el motor.

Jean estaba en la fila del autoservicio cuando sonó su teléfono.

—Hola.

—Señora Hays, habla Nick White.

Uy, ha vuelto a llamarme "señora Hays". Algo va mal.

—Jefe. ¿Ocurre algo?

—Sí. Algo muy grave. ¿Usted y Karen Carver fueron a ver a Josh Marlow anoche?

Se le hundió el corazón.

—Sí...

—No pueden hacer eso —parecía estar apretando los dientes.

—¿No puedo hablar con alguien?

—No puede ir por ahí llevando a cabo su propia investigación sobre la muerte de Ina Grange.

—Solo oímos que la conocía, eso es todo —Jean intentó minimizarlo. El coche delante de ella avanzó. Ella se deslizó tras él.

—Presentó una denuncia por acoso —la voz de Nick era plana.

Oh no. Esto es grave.

—¿Lo hizo?

—Sí, y no lo culpo.

La mano de Jean se volvió resbaladiza sobre el móvil.

—¿Y ahora qué pasa?

Lo oyó inspirar profundamente.

—No pasará nada respecto a la denuncia, hablé con él. Pero le prometí que usted no volvería a acercársele.

Jean se desplomó, aliviada.

—Gracias, jefe White. Lo agradezco.

—No está libre de culpa, señora Hays. Quiero saber por qué fueron allí.

Volvió a avanzar un poco más en la fila.

—Oímos que Josh había salido con Ina antes que Arris. Solo queríamos preguntarle si sabía de alguien que pudiera haberle hecho daño.

¿Se tragará esa excusa?

Él resopló.

—Usted no pensaba eso. Estaba pensando que él podría ser sospechoso, tal vez por celos.

Jean puso los ojos en blanco. Nos ha calado.

—Un poco de eso —admitió. Su mano estaba húmeda sobre el volante a pesar del aire acondicionado del coche.

—Podrían haberla matado, allá en medio de la nada. ¿Es eso lo que quiere?

Ojalá todos dejaran de decir eso.

—No, jefe —ahora se estaba enfadando. La trataba como si fuera una tonta. Apretó el teléfono con más fuerza—. Solo intentaba ayudar a Arris.

—Ese es mi trabajo, señora Hays. A menos que quiera ser acusada de obstrucción a una investigación policial, será mejor que se aparte. ¿Está claro?

—Sí, jefe White. Entendido.

Oyó el clic de la llamada al cortarse. Un claxon detrás de ella la sobresaltó. Estaba a dos coches del que tenía delante. Hizo un gesto de disculpa y se acercó. Perfecto. Ahora piensa que soy una entrometida desequilibrada. Me pregunto si también llamó a Karen para echarle la bronca. Sus dedos tamborileaban sobre el volante. Me pregunto si siquiera estaba investigando a Josh Marlow. Matar a alguien y esconderlo en un armario que controla Arris suena a crimen pasional para mí.

Le tocó pedir.

—Hamburguesa con patatas. Té helado, por favor.

Avanzó hasta la ventanilla de entrega. No me creo ni por un segundo que Arris sea el asesino. ¿Y el juego? Arris no tenía nada que ver con eso. ¿Y Vera y Analise? ¿El señor "alto y poderoso" jefe White sabe algo de eso? Se enfureció hasta que llegó a la ventanilla. Jean entregó el dinero, recibió la bebida y la bolsa, dio las gracias a la chica y se incorporó al tráfico. No fue hasta que estaba ya en la autopista cuando abrió la bolsa. Con una sola mano desenvolvió la hamburguesa y le dio un mordisco como si fuera su enemiga.

CAPÍTULO 23

Pasaban poco de las seis de la tarde cuando Karen sirvió la cena. Peggy había invitado a su novio, Tyler, a comer con ellas.

—Sírvete, Tyler —dijo mientras ponía la ensalada de col sobre la mesa.

—Gracias, Karen. Tiene buena pinta.

Sobre la mesa, además de la ensalada, había chuletas de cerdo a la parrilla, judías verdes frescas y un cuenco de arroz. Tyler se sirvió un poco de ensalada de col y la pasó a Peggy.

—¿Cómo va la feria? —preguntó mientras acomodaba las chuletas en su plato.

—Bien. Hoy terminamos con las valoraciones —Karen negó con la cabeza—. Pobre Jean, tuvo que conducir hasta el condado de Gila para conseguir cintas de su feria. Todos tenemos que ir sobre las siete para colocarlas en las exhibiciones que se lo hayan ganado.

—Vaya mierda, mamá. ¡Acabas de llegar a casa! —protestó Peggy.

—Es cierto, pero queremos que todo el mundo vea cómo le ha ido. No sería una feria de verdad si no hubiera cintas. —Se sirvió una chuleta y pasó el resto a Tyler.

—¿La gente devuelve las cintas? —Peggy pasó las judías verdes a su madre.

—¿Lo hacen? —preguntó Tyler, sorprendido.

—Algunos sí —Karen se sirvió y pasó el cuenco—. Sobre todo quienes participan todos los años. No quieren quedárselas; si lo hicieran, tendrían la casa llena. Así que las disfrutan puestas en las exhibiciones y el domingo las retiran y las devuelven. Muchos incluso devuelven el premio en metálico. Es una forma de donar a la feria.

—¿Devuelven el dinero del premio? —Tyler dejó el cuenco de judías sobre la mesa tras servirse.

—No es mucho, la verdad —respondió Karen—. Pero ayuda.

—¿Y quién se ha hecho cargo de la feria si Jean ha estado fuera todo el día? —preguntó Peggy mientras masticaba judías.

—Yo. Y lo hago encantada. Le rajaron las ruedas del coche anoche.

—Oh no —Peggy se detuvo—. ¿Está bien?

Karen miró a ambos desde el otro lado de la mesa.

—Sí, pero le dejaron un aviso escrito en el parabrisas.

Vio cómo Tyler tragaba con dificultad y tomaba un sorbo de té.

—¿Qué decía? —preguntó él.

—"Deja de investigar." —Karen lo observó con atención. ¿Sabe algo?

—Te dije que era mala idea ir a ver a Josh Marlow, mamá —dijo Peggy cortando su chuleta—. Podrían haberte matado.

—¿Creéis que Josh mató a Ina? —Tyler removía la ensalada de col con el tenedor.

Karen alzó una ceja.

—No lo sé —dijo mientras pinchaba una judía—. Pero el jefe White me llamó hoy. Josh intentó presentar una denuncia por acoso contra Jean y contra mí. El jefe lo convenció para que no lo hiciera.

—¡Dios mío, mamá! —Tyler la miró fijamente.

—Está todo resuelto, no os preocupéis.

—¿Estás segura de que vas a estar bien, mamá?

—Por supuesto que sí —Karen comió otro bocado de chuleta con tranquilidad—. No va a pasar nada.

Terminó la ensalada de col y se levantó para enjuagar su plato.

—Déjalo, mamá. Tienes que volver al recinto ferial. Tyler y yo nos ocuparemos de los platos.

Karen enjuagó el plato y lo dejó junto al fregadero.

—Gracias, Peg. Os lo agradezco —se secó las manos con el paño de cocina—. Así puedo llegar antes y preparar el papeleo para poner las

cintas más rápido. —Besó a su hija en la cabeza—. Espero que no estemos allí hasta tarde.

—Eso espero, mamá.

Karen salió de la cocina preguntándose si Marlow habría sido el que rajó los neumáticos. Oyó reírse a Peggy. Cuando se giró para mirar, la vio hablando con Tyler mientras recogía los platos. Tyler la estaba observando.

CAPÍTULO 24

Jean hizo que el guardia de seguridad abriera la verja para poder conducir hasta la puerta central del edificio de Exposiciones. Antes de que Jean abriera el maletero, Karen ya estaba en la puerta del conductor.

—¡Lo lograste!
Jean se echó a reír.
—Sí, nada como un viaje por carretera para salvar el día.
Tres de los otros Superintendentes se acercaron al maletero. Cada uno agarró un contenedor.
—El último está en el asiento trasero —le dijo Jean a Karen mientras cerraba el maletero.
—Lo llevaré dentro. Tú ve a aparcar.
—Gracias, Karen.
Ella sostuvo la puerta mientras Karen sacaba el contenedor.
—Vuelvo en un segundo.

Después de aparcar el coche, ayudó al guardia de seguridad, Sam, a cerrar y asegurar la gran verja.
—¿Ha habido algún problema, Sam?
—Ni uno, Jean. He dado vueltas por aquí toda la noche pasada, no ha pasado nada. Incluso reviso el aparcamiento de vez en cuando. ¿Ese es un coche nuevo?
—Un coche de alquiler. Alguien rajó las ruedas de mi coche anoche.
Él la miró con atención.
—De ahí las preguntas sobre mi noche.
Puso la cadena y el candado en la verja y lo cerró con un clic.
—Estaré aún más atento.
—Gracias, Sam —dijo Jean sonriendo—. Odiaría que le pasara algo a las pertenencias preciadas de la gente mientras están bajo mi cuidado.
—Yo me encargo, Jean.
—Te lo agradezco, Sam.

Le hizo un gesto de despedida y caminó hacia el edificio de Exposiciones. El calor del día ya había disminuido y hacía unos veintisiete grados. El cielo estaba tan despejado que la Vía Láctea era fácilmente visible. Parecía que solo tendría que alzar la mano para recoger un puñado de estrellas. Se podía oler al ganado, pero estaba lo bastante lejos como para no resultar desagradable. Las vacas mugían suavemente y se oía a los chicos de 4-H y FFA riendo por encima del sonido de la música. Casi le daba pena tener que entrar al edificio de Exposiciones.

Al entrar, encontró una colmena de actividad silenciosa. Cada Superintendente leía sus registros de exposiciones mientras un voluntario localizaba la exhibición y otro ataba la cinta correspondiente. Jean sacó una botella de agua de la nevera. Estaba llena. Karen debía haberla repuesto, pensó mientras desenroscaba el tapón y bebía la mitad. Se había deshidratado por la tarde. No quería parar para ir al baño más de lo necesario. Observó otro minuto mientras terminaba la botella, la tiraba a la bolsa de basura y se limpiaba las manos en los pantalones cortos.

Había dado tres pasos cuando escuchó su nombre desde la entrada. Se asustó y se dio la vuelta de golpe.

Era Nick White, sombrero en mano.
—Oh, lo siento, señorita Hays. No quería asustarla.
Frotaba sus pies contra el suelo de cemento.
Le latía el corazón. Hizo un gesto desestimando la disculpa.
—Está bien. Simplemente no esperaba que alguien entrara detrás de mí.
Tragó el miedo que había irrumpido en su interior. Él realmente parecía arrepentido.
—¿Ocurre algo, jefe?
Entró en el edificio, mirando a todos los que trabajaban.
—Está bastante animado esto.
—Sí.
Volvió a limpiarse las manos en los pantalones cortos.
—Acabo de volver con las cintas. Todos están siendo unos campeones y quedándose hasta tarde para colocarlas.

Él asintió. Ella pudo ver cómo sus ojos azules lo registraban todo.
—Eh… solo pasaba para informarte que seguimos trabajando en tu caso. El coche ya fue revisado por huellas y se han ingresado en la base de datos.
—Eso está bien.
Miró hacia el departamento de Karen. Karen estaba ocupada y no miró hacia la puerta. Jean le sonrió.
—¿Puedo recuperar mi coche?
—Aún no —dijo mientras giraba el sombrero en sus manos. Ella observó el sombrero girar una y otra vez—. Lo siento.
Ella se encogió de hombros.
—Tardará lo que tenga que tardar. ¿Conoces un buen sitio para comprar neumáticos? Tendré que comprar unos nuevos.
Se le iluminó el rostro.
—Ve a Tire Palace, en Round Up Road, saliendo de Arrow Highway. Pide por Andy Jenkins. Dile que vas de mi parte y te hará un buen precio.
—Gracias, jefe —dijo sonriéndole—. Le llamaré.
—Hablé con el guardia, Sam, cuando entré. Buen tipo. Estuvo un tiempo en Irak.
—Sí, es un buen tipo.

—Solo quería asegurarme de que todo estuviera bien por aquí.

Jean arqueó una ceja. ¿Está vigilándome?
—Prometo que no estoy hablando con Josh Marlow, jefe.
Él pareció sorprendido.
—Oh, no, no me refería a eso. Quiero decir… —se sonrojó— solo quería asegurarme de que no hubiera problemas por aquí. Quiero decir… anoche te atacaron.
Notó que el sombrero giraba más rápido entre sus manos.
—Todo parece estar bien por aquí, jefe.
La estaba confundiendo. Esa tarde la había regañado. Esta noche parecía preocupado.
—Eh… ¿no estábamos en confianza?
Se sonrojó aún más.
—Eh… sí.

Se dirigió al pasillo central y miró hacia el fondo del edificio, donde estaba el departamento de Gemas y Minerales.
—Sí, Jean. Lo estamos.
—Me alegra saberlo, Nick.
—Veo a John allí al fondo. Voy a saludarle.
Se puso el sombrero, se lo tocó ligeramente a modo de saludo, dio media vuelta y caminó por el centro del edificio.

Jean resopló y negó con la cabeza. Karen apareció a su lado.
—¿El jefe White vino a vigilarnos?

—Eso creo —se rió Jean—. O a mí, en todo caso.
—¡Joo, joo, joo! ¿Huelo un poco de romance en el aire?
—Poco probable —respondió Jean, volviéndose hacia su amiga—. ¿Necesitas ayuda?
—Claro, uno de mis voluntarios se va. Puedes ayudarme a terminar.

Dos horas después, Karen le entregó a Jean sus hojas de exposiciones.
—Aquí tienes. Me alegro de que seas tú quien tenga que hacer todos estos cálculos y no yo.
—Tú tuviste que sumar los totales de premios de tu departamento —le dijo Jean sonriendo.
—Sí, pero no de todo el edificio. No te quedes hasta muy tarde.
Karen se dirigió a la puerta.
—No lo haré. Fotografía casi está terminada. Tengo una calculadora en mi bolso. Empezaré con los demás. Para cuando entreguen sus hojas, ya tendré casi todo hecho.
—Vale. Me voy a casa, me doy una ducha y caigo en la cama. Abrimos a las ocho y quiero dormir un poco.
—Que tengas buena noche.

Jean despejó una esquina de una mesa de exposiciones y extendió el papeleo. Cada departamento tenía que anotar cuántas exposiciones habían sido presentadas por personas mayores, por adultos y por menores de diecisiete años. También debían registrar todos los premios otorgados. Los premios de mérito no generaban dinero. Los de cinta blanca, o tercer puesto, valían un dólar. Los de

cinta roja, o segundo puesto, dos dólares. Los de cinta azul, o primer lugar, tres dólares. Otros premios, como Elección del Jurado, Mejor en su Clase o Mejor del Evento, otorgaban solo prestigio. No daban dinero extra.

Sacó una hoja y empezó a tomar notas por departamento. Cuando terminó, el Superintendente de Fotografía, Ernie Hale, se acercó a ella.
—Aquí tienes, Jean. Perdón por tardar tanto. Tuvimos unas doscientas entradas más que el año pasado.
—No pasa nada, Ernie. Justo ahora iba a ponerme con tu departamento.
—No te quedes mucho más, Jean. Ya pasan de las diez.
—No me queda mucho, Ernie. Solo tengo que sumar tus números, totalizar todo y listo. Lo entregaré al tesorero por la mañana.

Ernie le hizo un gesto de despedida al salir del edificio. Jean tardó media hora más en añadir sus datos a la lista, hacer el total y revisarlo todo. Llenó el formulario necesario para el tesorero. Guardó todos los documentos y los metió debajo de la mesa de exposiciones. Lo sacaría por la mañana para dárselo a Mason Brown. El vicepresidente de Ganadería se encargaba de los números de ese lado. Con todo en orden, se estiró. Haber estado sentada en el coche todo el día y luego encorvada sobre el papeleo le había destrozado la espalda.

Apagó los ventiladores, agarró el bolso, recogió la bolsa de basura y se recordó mentalmente llevar más agua al día siguiente. Echó un último vistazo alrededor, apagó las luces y cerró la puerta con llave. En el camino hacia la verja, tiró la basura en un barril cercano. Ya todo estaba preparado para la apertura de la feria por la mañana.

Sam estaba en la verja.
—Escuché que apagaste los ventiladores y vine a dejarte salir.
—Gracias, Sam. Que tengas buena noche.
—La tendré, Jean. Ten cuidado ahí fuera.
—Lo tendré. Agradecemos mucho que hagas esto por nosotros.
—No hay problema. Me gusta la tranquilidad por aquí.

—Buenas noches.
—Buenas noches.

Cerró la verja tras ella y Jean oyó sus botas alejarse, crujiendo sobre la grava en dirección a la zona de ganado. Buen tipo, pensó mientras se acercaba a su coche. Estaba aparcado a unos treinta metros de la verja, tan cerca como se permitía. Sacó las llaves del bolsillo y, a quince metros del coche, pulsó el botón del mando para desbloquear el vehículo. Las luces de estacionamiento y freno parpadearon. En el silencio, oyó los seguros soltarse.

Estaba cansada, le dolía la espalda por haber estado sentada tantas horas y solo quería una ducha caliente, una copa de vino mientras revisaba el correo y cama. Abrió la puerta trasera para dejar su bolsa en el asiento de atrás. Dio un paso hacia la puerta delantera y estaba a punto de agarrar el pomo cuando oyó pasos sobre la grava suelta, justo detrás de ella. El corazón le dio un vuelco y se giró de golpe. Alcanzó a ver a un hombre, vestido completamente de negro, con la mano alzada.

Eso fue lo último que recordó.

CAPÍTULO 25

Jean despertó en una cama de hospital, con el brazo conectado a un gotero y un dolor de cabeza insoportable. Se llevó la mano a la cabeza; su brazo pesaba como si llevara plomo. Notó una venda, y la zona del lado izquierdo estaba dolorida y sensible. Las luces estaban tenues y podía oír el pitido del monitor cardíaco. Más que información, lo que más deseaba era un vaso de agua. Había una mesilla junto a la pared. Mientras la observaba, preguntándose si sería capaz de levantarse para servirse un vaso de agua, una enfermera entró con paso enérgico.

—Ah, estás despierta, bien —dijo la mujer mientras miraba el monitor y presionaba un botón. El pitido cesó.

—Gracias por eso —murmuró Jean con voz ronca—. En unos minutos más me habría vuelto loca.

—Oí cómo se aceleraba, por eso supe que estabas despierta —la mujer esponjó las almohadas y anotó algo en la tableta que llevaba en el bolsillo—. Soy Becky. ¿Qué puedo traerte?

—Agua. Tengo la boca hecha un asco.

La enfermera se acercó a la mesilla, tomó la jarra de agua y un vaso, y desapareció en el baño para llenarlo. Asomó la cabeza.

—¿Quieres hielo?

—No, ahora no —Jean se movió para bajarse la bata, que se le había subido por la espalda.

La enfermera colocó el agua sobre la mesa y la acercó a la cama.

—¿Puedes alcanzarlo?

Jean agarró el vaso con cuidado, los brazos aún le pesaban como el plomo.

—Sí, gracias. ¿Puedes decirme qué ha pasado?

La ceja de la enfermera se arqueó y sacó la tableta del bolsillo donde la había guardado.

—¿Qué recuerdas?

—Cerré el edificio de Exposiciones, me despedí de Sam —miró a la enfermera—. Es el guardia de seguridad de la feria. Luego caminé hacia mi coche. Había puesto mi bolso dentro y estaba por abrir la puerta del conductor cuando oí a alguien acercarse por detrás. Me di la vuelta y... —respiró hondo— eso es todo lo que recuerdo.

—¿No recuerdas nada más?

Jean negó lentamente con la cabeza. Cualquier movimiento rápido le dolía.

—No, bueno, era un hombre. Eso es todo.

—Te trajeron cerca de la medianoche. Tienes una herida de unos siete centímetros en el cuero cabelludo, pero el cráneo no se fracturó. Probablemente tienes una conmoción. ¿Hay alguien a quien podamos llamar por ti?

—No. Mi hijo vive en Los Ángeles. Puedo llamarlo por la mañana.

Becky asintió.

—De acuerdo. La policía está afuera, quieren hablar contigo sobre lo que ocurrió.

—Está bien, que pasen.

—Avísame si necesitas algo —Becky tomó el cable del timbre, lo pasó por el cabecero de la cama y lo ató al pasamanos derecho—. Así no se te escapa.

Salió de la habitación. Jean respiró hondo y se estremeció cuando la piel del cuero cabelludo se estiró. Sus ojos se abrieron de par en par al ver entrar a Nick White. Se quitó el sombrero.

—Jean.

—Nick. Últimamente nos estamos viendo mucho.

Su paso vaciló. Tardó un momento en recuperarse.

—Eso parece. ¿Puedes contarme qué pasó?

Ella le repitió lo que le había dicho a la enfermera.

—¿Reconociste al tipo? ¿Era blanco? ¿Negro? ¿Alto?

—El aparcamiento estaba oscuro. Iba todo vestido de negro —cerró los ojos y volvió a respirar hondo, otra punzada de dolor—. Creo que era negro, pero era difícil saberlo. Llevaba guantes y un pasamontañas, solo se le veían los ojos. Blanco —abrió los ojos—. Era blanco, se le veía un poco la piel. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir el color de los ojos.

Nick tomaba notas en una libreta pequeña.

—¿Algo más?

Ella levantó la mano izquierda para tocarse la venda.

—Era diestro.

Él asintió.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran golpeado —bebió medio vaso de agua—. También tengo mucha sed. No sé por qué el aire en los hospitales es siempre tan seco.

—Son los medicamentos. Dan sed —la observó con atención—. ¿Has seguido investigando?

Una oleada de ira la invadió.

—No —su tono fue cortante—. Pasé medio día en la carretera. Luego estuve en la feria, como bien sabes. Después intenté volver a casa.

Él levantó la mano en señal de calma.

—Tenía que preguntar. Alguien te tiene en el punto de mira.

—Perdona —se frotó el puente de la nariz—. Supongo que estoy un poco molesta ahora mismo.

—Lo entiendo —arrastró la bota sobre el suelo de baldosas—. Solo necesito que te apartes. Alguien cree que estás investigando o que sabes algo. Deja que lo investigue yo. ¿Puedes tomarte unas vacaciones o irte unos días?

—No. Con Arris fuera, soy yo quien lleva la feria. Tengo que salir de aquí por la mañana y volver al trabajo.

Le vio tensar la mandíbula.

—Quizás sea así. Solo ten cuidado. Te dejo descansar.

Se puso el sombrero, lo inclinó levemente a modo de saludo y salió de la habitación.

Jean se sirvió otro vaso de agua y lo bebió. Admítelo, Jean. Estás un poco asustada. Este fue el segundo ataque. Los brazos le dolían menos y se palpó la zona de la herida. Tocó por encima y por debajo de la venda. Un suspiro de disgusto se le escapó. Seguro que me han rapado el pelo. Maldita sea. Tendré que llevar un pañuelo. Dejó caer la mano sobre la cama y miró alrededor. Ahora que era consciente, la luz parecía demasiado intensa como para dormir. Pulsó el timbre.

A los pocos minutos, Becky entró.

—¿Me llamaste?

Jean sonrió ante la broma.

—¿Puedes apagar las luces? Voy a intentar dormir un poco.

—Buena idea. Déjame revisar unas cosas —se acercó al monitor y tocó algunos botones. Luego comprobó el gotero—. Esto funcionará hasta las seis, traeremos la medicación para entonces. ¿Quieres la mesa junto a la cama?

—Sí. Así puedo beber si quiero.

—De acuerdo —la acomodó junto a la cama—. ¿Estás lista?

—Sí —Jean se giró sobre el costado derecho y trató de acomodarse —. Gracias.

Becky se detuvo en la puerta para echar un último vistazo a la habitación.

—Toca el timbre si necesitas algo.

Apagó las luces y cerró la puerta.

Jean golpeó la almohada para que encajara bien bajo su cabeza. Vaya día. Espero que alguien pueda abrir el edificio por la mañana. Cerró los ojos e intentó dormir.

CAPÍTULO 26

Nick llamó al timbre de la oficina del forense, ubicada en el sótano del Centro Médico Greyson. Había dormido apenas cuatro horas y el olor a formol y productos de limpieza le revolvía el estómago, haciéndole arrepentirse de la primera taza de café. La puerta emitió un zumbido y se abrió.

La recepcionista lo saludó con una sonrisa.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Candy —pensó que no entendía cómo podía estar tan alegre a esas horas.

—Tu jefe me envió un mensaje diciendo que tenía algunos resultados.

—Claro que sí, jefe. Pase, está en el quirófano dos.

Ella volvió a centrar su atención en el monitor y empezó a teclear. Nick avanzó por el suelo de baldosas beige, altamente encerado. El resto del pasillo era de un blanco clínico. Sus pasos resonaban en el corredor vacío. Se detuvo ante la puerta marcada como Quirófano Dos y la empujó.

Frente a él estaba la mesa de examen. El cadáver seco de Ina yacía sobre ella, cubierto con toallas quirúrgicas. Al menos eso era un alivio; no quería ver abierta en canal a alguien que conocía. La gran sorpresa fue que el cuerpo apenas olía. Brian Long, el forense, estaba de pie junto a la mesa, observando a través de una lupa articulada colocada sobre la cabeza del cadáver. Los compartimentos refrigerados para los cuerpos estaban en otra sala; esta era estrictamente para autopsias. Estanterías con instrumental quirúrgico cubrían las paredes y la mesa de lavado estaba a la derecha de la puerta.

—Hola, Brian.

El doctor alzó la vista.

—Hola, Nick. Pasa.

Ajustó la lupa para posicionarla mejor sobre la cabeza del cadáver.

Nick se colocó junto al doctor, pero un poco por detrás.

—¿Qué tienes, Brian?

—Terminamos la autopsia anoche. Tuve que traer a un especialista de la oficina del FBI en Phoenix. No tenía los conocimientos suficientes. Y tu hombre, Paul Oliver, fue el testigo.

Volvió a ajustar la lupa.

—En fin, aquí puedes ver —señaló con un puntero y se hizo a un lado para que Nick pudiera mirar—, el cráneo tiene una hendidura, redonda, de unos dos centímetros de profundidad. La golpearon con fuerza.

—¿Esa fue la causa de la muerte?

—No pudimos determinarlo con certeza, pero probablemente sí. Había sangre seca en la piel, bastante, porque fue una herida en el cuero cabelludo, pero no lo suficiente para causar una hemorragia fatal. Había muy poca sangre en el armario y ninguna en el contenedor.

Así que Ina no había sido asesinada ni en el armario ni en el lugar donde la hallaron. Nick ya lo sospechaba.

—Pensé que el cuerpo olería mal.

Se acercó lo justo para observar lo que el médico señalaba y luego dio un paso atrás.

—No, el calor dentro del contenedor desecó el cuerpo, así que no hubo mucha descomposición. Leí la declaración de quien encontró el cadáver. Dijo que pensó que era el olor de ratones muertos.

Se quedó pensativo.

—Puedo entenderlo. Huele como un cobertizo cerrado durante un par de semanas —sacudió la cabeza para volver al tema—. Por

cierto, el tipo del FBI me enseñó un método fascinante para obtener huellas dactilares de un cuerpo en este estado. Solo hay que...

Nick lo interrumpió antes de que entrara en demasiados detalles. Su estómago aún no soportaba bien los olores del lugar.

—Eh... seguro que es interesante, Brian. Pero ¿y otras lesiones? ¿Drogas? ¿Algo?

Brian se detuvo.

—Sí. No hay otras lesiones. El informe toxicológico dio limpio salvo por alcohol en la sangre. No estaba ebria, pero diría que había tomado un par de copas.

Nick se sintió decepcionado. Esperaba encontrar algo más concluyente.

—¿Y sobre el golpe en la cabeza? ¿Alguna idea del objeto usado?

—El agente del FBI y yo hablamos de eso —Brian apartó la lupa, se quitó los guantes—. Creemos que fue un martillo de bola, uno pequeño, con una esfera de unos dos centímetros de diámetro.

Nick se rascó la mejilla. Ese tipo de martillos se usan para trabajar el metal. Tal vez algo que un peón de rancho tuviera a mano.

—Eh, gracias, doctor.

Se dieron la mano.

—Eso ayuda.

Nick salió del depósito y caminó hacia su coche. Tenía algunos asuntos que resolver, pero luego le esperaba una entrevista.

CAPÍTULO 27

Después del cambio de bolsa de suero a las seis de la mañana, Jean se arriesgó a levantarse para ir al baño. Estaba agotada. Aunque la puerta de su habitación estaba cerrada, los ruidos de otros pacientes llamando, puertas abriéndose y cerrándose, y las voces de las enfermeras resonando por el pasillo la habían despertado cada vez que lograba conciliar el sueño.

Consiguió guiar el soporte del suero hasta el baño sin tropezar con la manguera. En realidad, le fue útil, ya que le servía para mantenerse en pie. Levantarse de la cama la había mareado. La enfermera la revisó unos cinco minutos después.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Becky desde fuera.

—Sí. Solo me estoy lavando las manos —Jean se secó las manos con toallas de papel y abrió la puerta—. Ya está.

—Bien. ¿Necesitas ayuda para volver a la cama?

—No, el mareo ya pasó. En realidad, tengo hambre —Jean se arrastró hasta la cama y se acomodó con cuidado.

Becky colocó el soporte del suero en una posición cómoda.

—Yo salgo en media hora. El desayuno llega en una hora. Los médicos pasan visita después del desayuno.

—¿Dos horas más? Me siento bien, ¿no podría irme ya?

Becky frunció el ceño.

—Recibiste un buen golpe en la cabeza. El médico querrá examinarte para asegurarse de que no tienes una conmoción o algo peor.

Jean suspiró.

—Vale. Supongo que puedo esperar —una idea le vino a la cabeza—. ¿Dónde está mi móvil? Podría hacer un par de llamadas mientras espero.

—Eh, técnicamente, no deberías usar el móvil dentro del hospital. Pero… —caminó hacia una puerta estrecha vertical en el mueble del televisor y la abrió—. Aquí tienes tu teléfono.

Le entregó una bolsa de plástico con su nombre pegado en la parte delantera.

—Gracias, Becky. Quiero llamar a mi hijo.

Becky se estiró la parte inferior del uniforme.

—Bien. Tengo que irme. Encantada de conocerte.

—Igualmente, Becky. Has sido muy amable, te lo agradezco.

La enfermera salió. Jean sacó el teléfono de la bolsa y deseó desesperadamente una taza de té caliente. Bebió un poco de agua y marcó a Karen por marcación rápida.

—Hola, Jean. Estoy a punto de salir hacia el recinto ferial. ¿Qué pasa?

—Anoche me atacaron, Karen. Estoy en el hospital.

—¡Dios mío, Jean! ¿Qué ha pasado, estás bien?

—Me dieron un golpe en la cabeza, tengo una brecha, pero por lo demás estoy bien. Con suerte, me darán el alta hacia las diez, quizá. Pensé que tal vez querrías pasar a recoger la llave del edificio.

—¡Atacada! ¿Pero qué está pasando?

Jean escuchó ruidos de cosas golpeando y moviéndose al otro lado del teléfono.

—No lo sé. El jefe White estuvo aquí a eso de las tantas haciéndome preguntas. Me olvidé de preguntarle cómo acabé en el hospital.

—¿Y qué te dijo?

—No mucho, solo preguntó si habíamos estado investigando más. Apostaría a que cree que alguien piensa que sabemos más de lo que realmente sabemos.

Jean oyó una puerta golpear en el fondo.

—Voy para allá. ¿Sabes en qué habitación estás?

—No, ni idea. Alguien debería poder decírtelo. Nunca he estado en este hospital. Ni siquiera sé en qué calle está.

Karen rió.

—Lo averiguaré. Nos vemos en un rato.

—Adiós.

Colgó y respiró hondo. Era hora de llamar a su hijo. Marcó su número. Eran las siete menos cuarto; quizá ya estuviera de camino al trabajo. El teléfono sonó y respondió.

—¿Hola?

—Hola, Jim, soy mamá.

—Hola, mamá. Estoy en carretera. Es temprano para una llamada. ¿Estás bien?

Jean chasqueó la lengua. No quería darle malas noticias mientras conducía.

—Tuve un pequeño problema anoche. Estoy en el hospital con una herida en el cuero cabelludo —contuvo el aliento.

Escuchó el ruido de la carretera de fondo.

—¿Qué pasó, mamá? —su voz era tensa.

—No estoy segura, en realidad. Me atacaron en el aparcamiento del recinto ferial anoche. Estoy bien. Me darán el alta esta mañana.

—¡Por el amor de Dios, mamá! ¡Pensé que habías dejado de investigar ese asesinato!

—Lo hice. Estuve ocupada todo el día ayer. No hablé con nadie sobre eso.

—¿Estás segura de que quieres seguir viviendo en ese pueblo? Suena a sitio de mala muerte.

—El pueblo es agradable, Jim. Es la primera vez en décadas que ocurre un asesinato aquí. Me gusta vivir aquí. El clima es bueno, tengo amigos. Es un buen lugar.

Escuchó a su hijo suspirar al otro lado.

—Vale, mamá. Pero primero fueron tus neumáticos, y ahora esto. Alguien te tiene en la mira.

Una punzada de miedo recorrió a Jean. Quizá ayer solo fue valentía y esta mañana shock, pero Jim tenía razón. Alguien iba a por ella. Lo de los neumáticos fue una cosa, pero esto ya era algo muy personal. Con razón el jefe de policía había aparecido en su habitación en mitad de la noche. Ella sola estaba elevando las estadísticas de criminalidad de Greyson.

—Bueno, no sé nada. Estaré atenta.

Jim suspiró.

—Cuídate, mamá. ¿Debo ir para allá? Estoy a unas pocas horas.

—No vengas, Jim. Estoy bien.

—Vale. Pero llámame inmediatamente si pasa algo más.

—Lo haré, hijo. Que tengas buen día en el trabajo. Conduce con cuidado.

Él rió.

—Lo haré, mamá —y colgó.

Jean pulsó el botón de desconexión. Me ha soltado un "estoy bien", pensó. Suspiró. Mi hijo me ha soltado un "estás bien". Dejó el teléfono sobre la mesa auxiliar que Becky había colocado junto a la cama. Quizá tenga razón. Alguien quiere hacerme daño. ¿Quién podría ser? Hablé con Ari y con ese Josh Marlow. No puede ser Ari, es primo de Karen. ¿Habrán puesto nervioso nuestras preguntas a Josh Marlow? Hasta donde sé, Nick todavía no lo ha interrogado. Pero la policía sí ha interrogado a Arris. Dos veces.

Su cabeza palpitaba, y entre el dolor comenzó a surgir un nuevo pensamiento en la mente de Jean. ¿Y si es Arris? ¿Sabe que Karen y yo estamos haciendo preguntas? Arris sabe dónde vivo. Sabe qué coche conduzco. La herida le punzaba, y se llevó la mano al punto dolorido, intentando que cesara.

Todavía estaba dándole vueltas a la pregunta cuando entraron con la bandeja del desayuno.

CAPÍTULO 28

Jean tomó un taxi hasta su casa después de que el médico le diera el alta. Tuvo que llevarse puesta la ropa ensangrentada, así que lo primero que hizo al llegar fue tirarla a la basura y meterse en la ducha. No fue fácil. No se suponía que debía mojarse la cabeza, pero su pelo estaba pegajoso y manchado de sangre, y quería limpiarlo. Finalmente se le ocurrió lavárselo en el fregadero de la cocina. Se quitó el vendaje que rodeaba su cabeza y, usando la manguera del grifo, se lavó el pelo que el personal de urgencias no le había rapado. Con el cabello limpio, volvió al baño y se miró en el espejo.

—Dios mío, ¿tenían que rapar tanto? —giró la cabeza frente al espejo—. ¡Parezco el maldito monstruo de Frankenstein!

Un corte de unos siete centímetros iba desde la parte superior de su cabeza en diagonal hacia la parte trasera de su oreja. Los puntos negros mantenían unidas las orillas de la herida, con los extremos sobresaliendo. Los tocó; estaban rígidos. La piel alrededor de la herida estaba teñida de un marrón anaranjado. Jean negó con la cabeza.

—Maravilloso.

—¿Dónde está el botiquín? —se preguntó. No lo había necesitado desde que se mudó.

Después de revisar tres cajones del mueble del lavabo, encontró gasas estériles y vendas. Usando bolas de algodón, aplicó un poco de pomada antiséptica en la herida, colocó una gasa encima y se envolvió la cabeza con una venda. Negó con la cabeza.

—Parezco una momia.

Después de lavarse las manos, rebuscó en su cómoda los pañuelos que tenía y nunca usaba. Eligió uno azul claro, liso, y se lo ató a la cabeza. Una blusa abotonada por delante, de un azul casi igual, le

evitó tener que pasarse una prenda por encima del vendaje. Se puso unos pantalones cortos, calcetines blancos al tobillo y zapatillas. Se sentía mucho mejor ahora que estaba limpia y con ropa fresca.

En la cocina acababa de tomar el teléfono para llamar a la compañía de taxis cuando sonó el timbre de la puerta. Era el jefe White.

—¡Nick!

—Jean. En el hospital me dijeron que ya te habían dado el alta.

—Eh, sí. Pasa, pasa.

Se quitó el sombrero y entró. Jean cerró la puerta tras él.

—Estaba a punto de llamar a un taxi.

—¿Un taxi?

Ella lo miró.

—Sí, un taxi para ir al recinto ferial —se detuvo de golpe y lo miró—. Supongo que mi coche de alquiler sigue allí, ¿no?

—Sí, sigue allí. Hicimos una comprobación rápida de huellas. La empresa de alquiler dijo que lo habían limpiado a fondo, y salvo las de los empleados, solo estaban tus huellas, así que lo dejamos allí.

Jean suspiró aliviada.

—Menos mal. No sabría qué decirles si se lo hubieran llevado para investigar.

—¿Te encuentras bien? —Una expresión de confusión, luego de vergüenza, cruzó su rostro—. Quiero decir, ¿estás en condiciones de ir al recinto?

—Estoy lo bastante bien. Me lo tomaré con calma. No es justo dejarle todo el peso a Karen y a los otros supervisores. Ya tienen bastante.

Lo observó asentir.

—Supongo, pero me preocupa el ataque que sufriste —inspiró hondo —. Aún no hemos atrapado al responsable.

Se frotó la cara. Ella pudo ver que había dormido poco.

—Lo siento, jefe… Nick. No sé quién podría pensar que yo sé algo. Si escucho algo, te lo haré saber, pero ya te conté todo lo que obtuve de Josh Marlow y fue con él con quien hablé.

Recordó los comentarios de Karen del miércoles.

—Bueno, quizá haya algo más.

Él alzó las cejas.

—¿Algo más?

—No es gran cosa. Ina tenía una fuerte rivalidad con una tal Vera MacIlroy en la sección de colchas. Al parecer, el año pasado, cuando Ina ganó el premio a la mejor, hubo comentarios bastante subidos de tono. Vera escupió sobre la colcha de Ina.

Nick parpadeó.

—¿Guerras de colchas?

Su tono la hizo sentirse estúpida.

—Perdona. Pero Analise me soltó una buena el martes en Ingram's, y luego el miércoles, Karen mencionó la rivalidad entre esas dos —sintió cómo se le encendía la cara—. En fin, es una pista. O una línea de investigación. O como lo quieras llamar.

Entró en la cocina a buscar su bolso con la libreta del recinto, el móvil y su cartera. Él la siguió, echando un vistazo al salón, donde había fotos de ella con el uniforme, fotos de su hijo, y amigos en las paredes. También había algunas piezas de arte del suroeste, cerámica, dibujos rupestres y similares, en estantes y sobre la chimenea.

—Parece que te has instalado bien.

Jean volvió al salón con las llaves en la mano y el bolso colgado del hombro.

—Bastante bien. Algo que aprendí en el ejército. Desempaca, saca tus cosas y haz del sitio tu hogar.

Se alegró de que Nick hubiera dejado atrás lo de las "guerras de colchas". Incluso a ella le sonaba ridículo.

Él giró el sombrero entre las manos.

—De verdad me gustaría que reconsideraras ir al recinto. Es peligroso.

Jean se ajustó el bolso y lo miró directamente a los ojos.

—Hice un compromiso, jefe, con la feria. Es más que algo pintoresco. La feria del condado es donde la comunidad se reúne para compartir sus habilidades. Habilidades que, permíteme recordarte, están desapareciendo rápidamente. Es nuestra oportunidad de despertar el interés de los jóvenes en estos oficios. No solo tejer o coser colchas, sino carpintería, fabricación de jabón, cultivo y conservación de alimentos —le señaló—. Estas son habilidades de vida, tan importantes, no, más importantes que saber usar un ordenador. Estas habilidades mantendrán a la gente con vida si, Dios no lo quiera, ocurre una catástrofe. Claro que hay orgullo en criar un toro premiado o correr una carrera de barriles con tu poni mustang, pero lo más importante es el intercambio de saberes. No dejaré que la feria se venga abajo porque soy una blandengue incapaz de aguantar un dolor de cabeza.

Nick retrocedió un paso ante su intensidad. Levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. Lo entiendo. Es importante para ti.

Le sonrió.

—¿Te ofrezco un viaje hasta el recinto?

Ella respiró hondo y se recolocó el bolso al hombro.

—Perdona. Me pongo un poco intensa —le devolvió la sonrisa—. Sí, me encantaría que me llevaras.

Él se ajustó el sombrero y caminó hacia la puerta.

—Tu carruaje te espera, señora.

Jean lo siguió.

—Gracias, caballero.

CAPÍTULO 29

El trayecto hasta el recinto ferial transcurrió en silencio. Nick no sabía qué decirle a la mujer. Admiraba su pasión por la feria, eso sí. Esperaba que fuera una de esas mujeres que no cocinan y que no saben hacer nada por sí mismas. En cambio, ella parecía muy consciente de la rápida y constante desaparición de las habilidades necesarias para sobrevivir. Eso le gustaba. Le vino a la mente la letra de una vieja canción country: algo sobre no querer una mujer de farmacia, si la recordaba bien. Echó un vistazo disimulado hacia ella. No, Jean no era una mujer de farmacia.

Jean dejaba que su pelo corto se volviera gris. Apenas llevaba maquillaje. Empezaban a formarse arruguitas en las comisuras de sus ojos. Práctica, sin tonterías, pensó. Su ex debía de ser un idiota.

La dejó en la entrada del recinto.

—Cuídate, Jean —dijo cuando ella bajó del coche.

Ella se asomó por la puerta.

—Lo haré, Nick.

Él la observó mientras atravesaba la entrada y caminaba hacia el edificio de Exposiciones, hasta que desapareció de su vista. Miró el reloj. Tenía un rato libre antes de ocuparse de sus deberes, así que cogió la radio y llamó a su amigo Paul Oliver para tomar un café.

Paul cruzó la puerta del Highway Diner diez minutos después de la llamada. Nick ya estaba allí, con una taza de café delante y el periódico extendido sobre la mesa. Paul saludó a la camarera.

—Hola, Elaine. ¿Me pones un café?

Ella le sonrió.

—Claro que sí, Paul. Ahora voy.

Paul se deslizó en el banco frente a su jefe.

—No es propio de ti tomarte un descanso. ¿Estás bien?

—Estoy bien —Nick dobló el periódico y lo dejó en el asiento junto a él—. Solo estoy cansado. Estuve despierto casi toda la noche y me levanté temprano esta mañana. Creo que dormí unas cuatro horas.

—Te estás haciendo viejo para eso, colega.

Elaine llegó con una taza y la cafetera. Sirvió a Paul.

—¿Quieres más, jefe?

Nick deslizó su taza hacia ella.

—Sí, por favor.

Ella le rellenó el café y dejó una cucharilla para Paul.

—¿Queréis algo más?

Nick hizo un gesto en el aire sobre la mesa.

—No, estoy bien.

—Nada para mí, Elaine —añadió Paul.

—Gritad si cambiáis de idea —dijo mientras se alejaba para servir a dos ancianos sentados a dos mesas de distancia.

Nick se frotó la cara con las manos, luego añadió más azúcar y nata al café.

—Quiero que pongas a alguien en tareas de protección —le dijo a Paul mientras removía la bebida.

—Déjame adivinar… ¿Jean Hays? —Paul dejó la cucharilla y sorbió su café. Nick lo miró con los ojos enrojecidos.

Paul se echó a reír.

—No te estoy acusando de nada, pero he leído los informes matutinos. Le rajaron los neumáticos anteayer y anoche la atacaron. No le robaron nada, así que no fue por eso. Alguien la tiene en el punto de mira.

—Eso creo yo también —Nick alzó su taza—. Si va en coche, que un patrullero la siga. Aún conduce el coche de alquiler.

Paul asintió.

—Entendido. ¿Crees que podréis pillar al culpable con las manos en la masa?

—Eso espero. He tenido más crímenes esta semana que en los últimos seis meses.

Nick observó cómo los dos ancianos se levantaban y salían.

—¿Qué opinas ahora de ella?

Nick volvió la mirada hacia Paul.

—Está bien. No es la pija del este que pensaba. Intenté convencerla de que se quedara en casa esta mañana, pero ni hablar. Tiene un fuerte sentido del deber.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Paul.

—Te gusta.

Nick bufó.

—Ni hablar. Pero admiro su determinación. Está de vuelta en el recinto ferial, con un pañuelo azul claro cubriéndole la cabeza para ocultar las vendas. Debe de tener un dolor de cabeza horrible, pero ahí está, al pie del cañón.

Terminó su café.

—Tengo que ir a Rancho Verde. Que alguien vigile a Vera MacIlroy. Parece que hubo una discusión entre ella e Ina por una colcha.

Paul casi escupe el café.

—¿Colchas?

Nick se encogió de hombros.

—No es que tenga muchas pistas. Ina era una experta en colchas o algo así. Quizás tenga algo que ver.

Ambos salieron del banco y se dirigieron a la caja.

—De acuerdo, jefe. Encárgome de Vera MacIlroy. Llamaré a una patrulla para que siga a la señora Hays. Si pasa algo, te aviso.

CAPÍTULO 30

Mientras Jean caminaba hacia el edificio de Exposiciones, sentía el sol golpeándole con fuerza. Le intensificaba el dolor de cabeza que ya traía. Era casi mediodía y el sonido del carnaval —los chirridos de las atracciones, la música a todo volumen y los gritos de los niños— le martilleaba el cráneo. El olor a palomitas y algodón de azúcar impregnaba el aire. Ese aroma dulce, casi quemado, le revolvió el estómago. Aceleró el paso.

Dentro del edificio de Exposiciones el ambiente era más tranquilo. La gente caminaba despacio por los pasillos, señalando piezas destacadas o celebrando al reconocer el nombre de un amigo o el propio. La música del carnaval se amortiguaba hasta un nivel tolerable. Jean agarró una botella de agua del refrigerador.

Karen apareció por detrás.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en casa descansando? —Le dio un abrazo.

—De ninguna manera iba a quedarme en casa el primer día de la feria. No digas tonterías.

Karen la llevó hasta el área de Artes del Hogar y sentó a Jean.

—¿Qué te dijo el médico? ¿Tienes conmoción? ¿Puedes conducir?

Jean se rió mientras desenroscaba la tapa de la botella de agua.

—Vaya, una pregunta a la vez —bebió un poco y volvió a cerrar la botella.

Karen tomó otra silla y se sentó junto a su amiga.

—Suelta prenda. Quiero saberlo todo con pelos y señales.

—Tengo una brecha en la cabeza donde me golpearon. Ya lo viste cuando viniste al hospital a por las llaves. El médico dice que no tengo conmoción. Puedo conducir, pero como el coche de alquiler estaba aquí, el jefe White me trajo.

—¿El jefe White? ¿Haciendo de taxista? —levantó las cejas.

—Pasó por mi casa tras recibir el alta e intentó convencerme de no venir hoy.

—Tenía razón —Karen le apuntó con el dedo—. Deberías estar en cama.

—No, no debería. Debería estar aquí, sobre todo ahora que Arris no está —Jean hizo una pausa mientras una familia pasaba cerca, el niño más pequeño dejando un reguero de palomitas tras de sí—. En fin, iba a llamar a un taxi, pero él se ofreció a traerme.

—¡Vaya! —dijo Karen—. Creo que le gustas.

—No lo creo. Más bien pensará que soy una molestia. He estado involucrada en tres incidentes distintos esta semana. No me imagino que sus estadísticas vayan a quedar muy bien cuando el pueblo revise su rendimiento.

Karen se encogió de hombros.

—Quizá sí, quizá no. ¿Te dijo algo sobre quién pudo atacarte?

—No. No había huellas en el coche. No se llevaron nada mío. Ni una sola pista.

Karen se recostó en la silla, decepcionada.

—Qué mierda —frunció el ceño, preocupada—. ¿Y entonces no saben quién te golpeó ni por qué?

Jean negó con la cabeza, destapó la botella y bebió otro sorbo. Fuera del sol y el ruido, su cabeza comenzaba a aliviarse.

—¿Así que quien te rajó los neumáticos y te atacó puede volver a hacerlo? —La voz de Karen se alzó. Una pareja de ancianos se volvió a mirarla. Ella les saludó con la mano y volvió con Jean—. ¿Y qué está haciendo él al respecto?

—Ni idea. Le hablé de Josh Marlow. Por lo que sé, ni siquiera lo ha interrogado. En cambio, a Arris ya lo han interrogado dos veces — solo pensarlo le molestaba. Era como si el jefe estuviera ignorando todas sus sugerencias.

—Quizá están interrogando a mucha más gente, a la familia de Ina, a sus amigos, a otros —Karen volvió a recostarse en la silla—. Puede que tenga alguna pista y no te lo haya dicho.

—Puede ser. Ayer por la noche vino a interrogarme. Fue bastante enfático en que me mantuviera al margen —su tono sarcástico dejó claro lo que opinaba—. En fin, aquí estoy, con cuatro horas de retraso, pero estoy. Gracias por traer más agua y hielo, por cierto.

—No es nada. Yo también saco agua de esa nevera. Me alegra ayudar —Karen trasteó con su bolsa, la cogió y la volvió a dejar—. Puede que tenga algo.

Jean presionó la botella fría contra las sienes, intentando calmar el dolor.

—¿Qué?

—Cené en casa anoche antes de volver. Peggy y Tyler estaban. Tuve una sensación, un par de veces, sobre Tyler.

—¿El novio de Peggy, no? No lo he conocido.

—Sí. Me estaba mirando cuando salí de la cocina. Acabábamos de hablar de nuestra visita a Marlow y de tus neumáticos. Quizá Tyler sabe algo.

Jean parpadeó. El dolor de cabeza dificultaba pensar.

—¿Conocía a Ina? ¿Te parece alguien capaz de matar?

—Ni idea —suspiró Karen—. Solo son más preguntas sin respuesta.

—No te sientas mal. Yo le hablé a Nick de Vera MacIlroy. Me miró como si estuviera loca, y la verdad, yo también me sentí un poco así.

—Tenías que decírselo —Karen sacó la llave del edificio del bolsillo de sus shorts—. Toma, tu llave.

—Gracias —Jean sacó su llavero del bolsillo y volvió a colocar la llave —. Agradezco mucho la ayuda.

—Todas te echaremos una mano. Las demás me dijeron que te lo dijera. No intentes hacerlo todo tú sola.

Una sonrisa se extendió en el rostro de Jean.

—Gracias. Es muy bonito por parte de todas.

Karen la rodeó con el brazo y le dio un abrazo.

—Para eso están las amigas, cariño. Para eso estamos.

CAPÍTULO 31

Era la una de la tarde cuando Nick condujo su todoterreno policial por el camino de entrada del rancho K Bar Seven. Se detuvo frente al remolque que servía de barracón y llamó a la puerta. Nadie respondió. Estarán trabajando. Tal vez en el granero. Volvió al vehículo y se dirigió al establo más cercano. No se oían ruidos de trabajo ni signos de vida. Nick pasó junto a un gallinero; el cercado de malla contenía unas cincuenta gallinas. Los rancheros saben lo que van a comer este invierno, pensó mientras pasaba. ¿Dónde más podrían estar?

Tras una parada en la casa principal para pedir indicaciones, condujo por un camino del rancho hasta un prado junto al río. Encontró a cuatro peones colocando alambre en una cerca. Salió del coche. El calor lo golpeó con fuerza tras el frescor del aire acondicionado. Debía hacer diez o quince grados más que en Greyson. Los hombres lo observaron, todos menos uno.

—¡Josh Marlow! —llamó Nick.

Los otros tres volvieron al trabajo. El cuarto se dio la vuelta.

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

Nick se colocó el sombrero —el sol era implacable— y se acercó al grupo.

—Soy Nick White, jefe de policía de Greyson. Quisiera hacerte unas preguntas.

Josh miró a los otros trabajadores. Ninguno sostuvo su mirada.

—Sí, lo que sea —se quitó los guantes de cuero y les sacudió el polvo contra la pernera de sus vaqueros.

Ese "lo que sea" le rechinó a Nick. Odiaba esa expresión.

—Acompáñame un momento —señaló el otro lado del coche.

—Claro, por qué no —Josh se alejó con paso despreocupado, seguido por el jefe.

Nick ajustó su cinturón de servicio y comprobó que el arma estuviera bien asegurada. No le gustaba la actitud de Marlow y no le sorprendería que hiciera alguna estupidez. Se detuvo a un metro de distancia del peón.

—¿Dónde estabas anoche entre las diez y la medianoche?

Josh giró la cabeza y escupió en la tierra.

—Aquí.

—¿Alguien puede confirmarlo?

Marlow hizo un gesto hacia los otros peones.

—Ellos pueden. Vivimos todos en el mismo remolque cutre que los dueños llaman barracón —se metió las manos en los bolsillos delanteros—. ¿De qué va todo esto?

—¿Y anteayer, entre medianoche y las seis de la mañana? ¿Dónde estabas?

El hombre inspiró profundamente.

—En el mismo sitio, aquí. Nos levantamos temprano, estaba en la cama.

A Nick no le gustaba la mirada hosca que estaba recibiendo.

—¿Durmiendo? ¿Todos?

Josh esbozó una sonrisa burlona.

—Sí.

—Así que podrías haberte ido un rato, volver, y nadie se habría enterado.

—¿Qué estás insinuando, jefe? —dio un paso hacia él, la rabia tensándole la voz.

Nick tocó su arma y el hombre retrocedió.

—Ha habido un par de ataques en el pueblo. Solo intento esclarecer los hechos.

Josh desvió la mirada hacia sus compañeros, que fingían seguir trabajando en la cerca. No se habían movido ni un centímetro desde que Nick llegó.

—Yo no he atacado a nadie.

Nick miró fijamente a los rancheros. Se apresuraron en su tarea.

—Ajá. ¿Tienes coche?

—Sí —respondió Josh con tono hosco—. ¿Y qué?

—Solo digo que no está tan lejos ir a Greyson y volver. Si se tiene vehículo propio.

—Mira —Josh amagó un paso, pero Nick notó que se lo pensó mejor y se echó atrás—. No ataqué a nadie. Estaba aquí.

—Eso dices tú. Si los separo y les pregunto —asintió con la cabeza hacia el trío de la cerca—, ¿qué dirán?

Josh miró a los otros hombres.

—Lo mismo que yo. Que estaba aquí.

Nick asintió.

—He oído que tú y Ina Grange salisteis juntos un tiempo el año pasado.

—¿Y qué? —el peón cruzó los brazos—. ¿Y eso qué?

—Escuché que ella te dejó. ¿Eso te molestó?

—¡Ella no me dejó a mí! ¡Yo la dejé! Esa vaca era demasiado vieja.

Nick se quitó las gafas de sol de un tirón mientras daba un paso al frente y le señaló el pecho con ellas.

—Cuida tu lengua. ¿Me oyes?

Josh arrastró las botas por el polvo y bajó la vista.

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Ina?

—No lo sé. Hace meses —su voz sonaba quejumbrosa.

—Intenta recordar —lo presionó Nick.

Marlow negó con la cabeza.

—Hace un año que cortamos. A veces la veía bailando con ese imbécil de Arris.

—Te advertí sobre la boca.

El peón clavó la mirada en el suelo.

—Eso es todo. Solo los veía alguna vez, cuando iba al pueblo en mi día libre.

Nick no tenía un buen presentimiento.

—¿Seguro?

Josh alzó la cabeza de golpe.

—Seguro —el tono desafiante había vuelto a su voz. Algo no cuadraba, pero Nick no lograba concretarlo.

—Muy bien. Puedes irte.

Josh asintió y regresó al trabajo. Nick observó cómo se reincorporaba al grupo. Ninguno dijo una palabra. Rodeó el vehículo, se subió, encendió el motor y dio la vuelta. Mientras se alejaba lentamente, vio a uno de los rancheros gritándole a Josh. Este le soltó un puñetazo en el brazo.

—Ajá —murmuró Nick en voz alta—. No son tan amigos después de todo.

Guardó esa información en un rincón de su mente y emprendió el camino de regreso a Greyson.

CAPÍTULO 32

Jean estaba sentada en un rincón tranquilo del edificio de Exposiciones, dormitando. Tras el ataque, la noche sin dormir en el hospital y la emoción del primer día de feria, estaba agotada. Había notado que en la zona de Gemas y Minerales había un rincón poco transitado. Se lo comentó a Karen y luego a John Gonzales, y les pidió que la llamaran si la necesitaban; iba a echar una siesta rápida allí.

Le resultaba extraño sentirse lo bastante segura como para dormir en medio de la feria. No era propio de ella. Podía admitir que era algo maniática del control. Dormir en un lugar público le parecía una locura, pero se sentía tan protegida... Sonidos extraños se colaban de vez en cuando, pero eran esporádicos. La música de las atracciones del carnaval se había diluido en el fondo. Las conversaciones entre John y los visitantes sobre piedras curiosas eran reconfortantes. El zumbido del ventilador de extracción justo encima de su cabeza generaba un tipo de ruido blanco. Flotaba entre el sueño y la vigilia como si se dejara mecer por un mar templado.

Su teléfono la despertó. Se incorporó de golpe y sacó el móvil del bolsillo. Miró la pantalla con ojos somnolientos. Eran las cuatro y veinte de la tarde.

—¿Sí?

—¿Jean? Soy Jason Lerner. ¿En Ganadería?

Se frotó los ojos y bostezó para oxigenar el cerebro. Pese a los ventiladores, hacía calor en Exposiciones.

—¿Qué pasa, Jason?

—Esto es un desastre. Los chicos de 4-H y FFA están lavando a sus animales para la exhibición de esta noche y los desagües están

atascados. Además, el agua de las mangueras sale en un hilillo. Están desesperados.

Jean inspiró hondo, intentando activar el cerebro.

—Voy a ver si puedo enviar a alguien. Te devuelvo la llamada.

—Date prisa, Jean. La primera ronda de la exhibición empieza a las seis. Los animales tienen que estar acicalados.

Se levantó y se estiró hacia atrás. El dolor de cabeza le golpeó con fuerza.

—Me encargo ahora mismo, Jason —colgó y fue corriendo hacia el centro del edificio, donde tenía la libreta guardada bajo una mesa de exposición.

Karen se acercó apresurada mientras ella hojeaba la libreta.

—¿Qué ocurre?

—Los lavaderos de ganado están atascados y el agua de las mangueras no fluye. Necesito encontrar el número del fontanero.

Jean pasó más páginas.

—¡Ajá, aquí está! Bob Martin —marcó el número y le guiñó un ojo a Karen—. Hola, ¿Bob Martin, por favor?

Una voz joven respondió:

—Bob está en una salida ahora mismo. ¿Le puedo dejar un recado?

Jean respiró hondo. Necesitaba ayuda de inmediato.

—Eh… soy Jean Hays, de la feria. Tenemos un desagüe atascado en los lavaderos de ganado y no sale agua por las mangueras. ¿Podemos considerarlo una emergencia? Los niños dependen de esto. Su exhibición empieza a las seis.

—Haré lo posible, señora Hays. Nuestro sobrino tiene un novillo en la feria este año. Haremos lo que podamos.

—Gracias, lo aprecio —suspiró aliviada—. ¿Podría hacer que me llame cuando esté en camino?

—Así lo haré, señora Hays.

Jean colgó y se volvió hacia Karen.

—La mujer dice que lo va a localizar. Su sobrino tiene una vaca en la feria.

—Es la esposa de Bob. Son buena gente. El año pasado hizo un gran trabajo en la feria. Aguanta.

—Vale —se obligó a mantener los ojos abiertos—. Me voy a Ganadería a ver qué está pasando. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Karen arqueó una ceja.

—¿Estás segura? Esta tarde hace más de treinta grados.

—Sí, necesito moverme. Además, aún no he visto los establos. ¿Cómo voy a perderme la parte de ganadería de la feria?

—Tú sabrás lo que puedes hacer. Pero si te mareas, no seas valiente. Siéntate, aunque sea en el suelo.

Jean hizo un saludo con una sonrisa.

—Sí, señora. Tendré cuidado.

Karen la despidió con la mano y volvió a su departamento. Jean ajustó el pañuelo de su cabeza y salió del edificio. En cuanto pisó el exterior, el sol la golpeó como un ladrillo. Seguía esperando que septiembre fuera más fresco. Había un sendero que salía desde la puerta central hasta el extremo del edificio, rumbo a la zona de ganadería. Lo siguió hasta el final y luego giró hacia la esquina noroeste del recinto ferial. Allí estaban los dos establos. Uno albergaba ganado grande: vacas, cerdos y caballos. El otro, animales pequeños: ovejas, cabras, aves de corral y algunos conejillos de Indias, conejos y aves como patos, pavos y gansos.

Encontró a Jason en la zona de los cerdos, junto a un magnífico ejemplar de cerdo Meishan, según indicaba el cartel del corral. Estaba atrayendo bastante atención.

—Hola, Jason —dijo cuando se abrió un hueco en su conversación.

Él la miró bien, fijándose en el pañuelo.

—Me han dicho que te atacaron. ¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—Me duele la cabeza todo el día, pero estoy bien —señaló con la barbilla al cerdo—. Nunca había visto esa raza.

—Es una belleza. Lo crió el hijo de Andy Morrison, Mike. Es una raza nueva para nosotros y está llamando mucho la atención. Creo que le irá bien en la subasta.

—Llamé al fontanero, Bob Martin. Según entiendo, tiene un sobrino con un animal aquí. Vendrá en cuanto pueda.

Jason frunció el ceño.

—Si el resto de los chicos no puede lavar ni preparar a sus animales, no sería justo que compitieran. Tal vez tenga que aplazar el evento.

—Viene lo más rápido que puede. ¿Hay algún otro lugar donde puedan lavar a los animales?

El vicepresidente de Ganadería se quitó el sombrero y se rascó la cabeza entre el cabello gris.

—No lo sé. El Departamento de Salud es muy exigente con el tema de los residuos animales.

Jean asintió. No quería interrumpir su línea de pensamiento.

—Tiene que haber buen drenaje. El suelo aquí es arcilla. El agua no se absorbe, corre por encima —se recolocó el sombrero—. No sé… Tal vez podríamos traer el camión cisterna de los bomberos y lavar a los animales junto al lavadero. Habría que asegurarse de que la presión del agua no sea demasiado alta.

—¿A quién tengo que llamar, Jason?

Su teléfono sonó.

—¿Hola?

—Soy Bob Martin. ¿Tienes un problema en Ganadería?

—Sí, Bob. ¿Sabes dónde está el lavadero?

—Sí. Llegaré en breve.

—Perfecto. Estaré aquí con Jason Lerner. Nos vemos en unos minutos —colgó. Jason la miraba con atención.

—Bob viene en camino. ¿Puedes aguantar lo de los bomberos hasta que llegue?

—Claro. Podemos esperar. Te enseño el establo mientras tanto.

Jason la llevó por el establo explicándole los aspectos clave del juzgamiento de ganado y presentándole a los chicos que habían criado a los animales. Acababan de terminar el recorrido por el establo de animales grandes cuando Bob los encontró.

—Hola, Bob —Jean le estrechó la mano—. Agradezco que hayas venido.

—Encantado de ayudar —estrechó la mano de Jason—. Hola, Jason. ¿Me enseñas el problema?

Jean dejó que los dos hombres fueran a inspeccionar el desperfecto. Ella se dirigió al establo de animales pequeños. Allí se sentía más a gusto. Los animales grandes estaban bien; había tomado fotos preciosas de niños con sus Brown Swiss y Holstein en el norte del estado de Nueva York, pero aquí había más novillos de carne que vacas lecheras. Predominaban los Angus negros y los Longhorn. Los animales pequeños eran más adorables. Las cabras y ovejas se acercaban a las vallas y la miraban a los ojos. Las ovejas, o al menos la mayoría, estaban lavadas, esquiladas y cubiertas con fundas ajustadas para mantenerlas limpias. Los niños que aún no habían podido preparar a sus animales parecían al borde del colapso. Jean se sintió mal y deseó que Bob pudiera resolver el problema rápidamente.

Su teléfono sonó.

—¿Sí?

—Bob al habla. Ya encontré el problema. Me llevará como media hora desatascar el desagüe. Lo de la presión del agua aún lo estamos revisando.

—Gracias, Bob. Lo agradezco.

Mientras pensaba si debía hacer un anuncio, Jason entró al establo a grandes zancadas.

—Escuchad todos —gritó. Todos los expositores se volvieron hacia él. Les comunicó la información que Bob acababa de darle. Los chicos vitorearon. Jean se sintió mucho mejor.

Jason se acercó.

—Buenas noticias, al menos.

—Sí. Con baja presión pueden lavar a los animales. Con los desagües atascados no podrían hacer nada.

Jason le dedicó una sonrisa.

—Eres rápida.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Lo intento. Me vuelvo a Exposiciones. Mantenme informada, ¿sí?

Él se llevó la mano al sombrero.

—Así lo haré.

—Ah, y Bob te dará una factura. Que uno de los chicos me la lleve.

—Claro —hizo una pausa—. Gracias por dar un paso al frente —miró alrededor del establo con satisfacción—. Lo agradecemos.

—Soy solo una voluntaria, igual que tú. Pero entiendo lo que quieres decir. De nada.

Él asintió y salió del edificio. Jean sonrió para sí. Gente encantadora. Me alegro de haberme mudado aquí.

CAPÍTULO 33

Jean salió de los establos y se dirigió de nuevo al edificio de Exposiciones. Sentía cómo el sudor le corría por la espalda y el resplandor del sol sobre su cabeza le avivaba el dolor de cabeza. La herida en la cabeza le picaba al acumularse el sudor en el cuero cabelludo. Resistió el impulso de rascarse.

Iba por la mitad del camino de regreso cuando notó a un agente de policía con uniforme caqui completo y un sombrero blanco tipo Stetson siguiéndola a unos quince metros de distancia. Se detuvo y se agachó, fingiendo atarse el zapato. El agente también se detuvo, aparentando observar con indiferencia la zona del escenario, donde se celebraba un concurso de comer sandía. Sintió cómo se le disparaba el estrés. Miró a ambos lados: solo había visitantes normales pasando en ambas direcciones. El agente consultó su reloj y se recolocó el sombrero.

Jean había pasado tiempo en países hostiles instalando equipos informáticos para la Fuerza Aérea. Había recibido entrenamiento para detectar personas que pudieran estar siguiéndola. Se volvió a atar la zapatilla y se incorporó. El agente se agachó, sacudiéndose el polvo de los bajos del pantalón. Jean masculló una maldición entre dientes. La estaban siguiendo. Maldito seas, Chief. No necesito una niñera. Echó a andar con paso firme, sorprendiendo al joven agente que la seguía. Una mirada rápida la mostró cómo él soltaba el walkie-talkie de su hombro izquierdo y hacía una llamada.

Jean irrumpió en el edificio de Exposiciones. Encontró a Karen sentada en una silla plegable, en un rincón de su zona, con un bastidor de punto de cruz en la mano y una aguja con hilo azul cielo que iba atravesando la tela de arriba abajo. Se dejó caer con brusquedad en la silla contigua.

Karen levantó una ceja.

—¿Mal día?

—Me están siguiendo —soltó Jean—. Increíble —cruzó los brazos y frunció el ceño.

La aguja de Karen cayó sobre su regazo.

—¿Es tu atacante? —se giró completamente hacia su amiga.

Jean, tan ofuscada que no la oía, murmuró:

—¿Qué?

—¿Es tu atacante? ¿El que te golpeó la cabeza?

La exasperación era evidente en la voz de Karen.

—¡No! —Jean parpadeó y sacudió la cabeza. La comprensión le llegó de golpe—. No, son los polis. El Chief White ha mandado a un agente uniformado para seguirme.

Karen le dio un manotazo en el brazo.

—¡No me hagas eso nunca más! —le lanzó una mirada fulminante—. Me has asustado de muerte.

—Lo siento muchísimo —Jean le tendió la mano—. Estaba tan furiosa por tener a alguien vigilándome que no pensé en cómo sonaban mis palabras. Perdona.

—Más te vale. Me has dejado helada —volvió a coger su punto de cruz—. Y creo que el Chief tiene razón. Te han atacado, de una manera u otra, dos veces en dos días. Necesitas protección.

Jean se tensó.

—No necesito protección. Puedo cuidarme sola.

Karen miró de reojo el pañuelo que cubría la cabeza de Jean.

—Bueno, la mayoría del tiempo.

Jean se dejó caer con fuerza contra el respaldo.

—He hecho cursos de defensa personal.

—¿Y cómo te está funcionando eso? —preguntó Karen con un toque ácido.

—Cállate.

Karen se echó a reír y siguió bordando.

—Vale. Solo fue una vez que te pillaron desprevenida.

Ambas observaron a un par de ancianas que examinaban el edredón que había ganado el primer premio.

—Veo que Vera MacIlroy ganó el Best of Show.

Karen resopló.

—Sí. La vi antes con sus amigas, presumiendo, todas haciendo "oooh" y "aaah", mientras Ina está en la morgue. Me dieron ganas de ir y abofetearlas.

—Bueno, supongo que llevaba tiempo esperando ganar. Lástima que tenga que ser porque alguien mató a Ina. Ojalá supiera si el Chief está investigando la pista de Vera, aunque sea ridícula —se ajustó el pañuelo; estaba demasiado flojo.

—Sus vidas parecen tan estables —comentó Jean, observando cómo las ancianas se alejaban.

—Nos lo parecen ahora —Karen remató el hilo azul y sacó uno naranja ya enhebrado—. Pero no sabemos cómo son en realidad. Podrían estar a un día de tener la despensa vacía y haber gastado su último dólar en venir a ver manualidades y compartir algo con su mejor amiga. No lo sabemos.

Jean frunció el ceño.

—Hoy estás en plan optimista, ¿eh?

—Es la verdad, y lo sabes. Igual que sabes que estás más segura con ese agente siguiéndote.

Jean miró hacia la puerta central. El agente estaba justo dentro, a la sombra. Desde donde estaba podía verla perfectamente. Aquello la enfurecía. Era una mujer adulta. No necesitaba una niñera. Pero entonces volvió a sentir en el estómago la misma sensación que tuvo al ser atacada en el aparcamiento. Estuvo a punto de vomitar.

—Quizá.

Se levantó, caminó hacia la puerta y se agachó bajo la mesa de exposición donde guardaban el refrigerador con agua. Sacó dos botellas. En tres pasos estaba junto al agente.

—Te vi siguiéndome.

El joven asintió.

—Sí, señora.

—¿Te asignaron para seguirme?

Sus ojos miraron nerviosamente por la sala. Tenía las manos sobre el cinturón de equipo.

—Sí, señora.

Jean le ofreció una botella de agua.

—Tendrás que mantenerte hidratado. Aquí no hay aire acondicionado.

El joven tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

—Gracias, señora —destapó la botella y se bebió la mitad de un trago.

—Hay más en el refrigerador, bajo la exposición. Sírvete cuando quieras.

—Gracias, señora.

Jean volvió a la silla junto a Karen y se sentó. Destapó su botella de agua y dio un sorbo. Luego se frotó las sienes con el agua fría del exterior de la botella. Aliviaba un poco el dolor de cabeza.

—¿Ves? —Karen sonrió—. No fue tan difícil.

Jean tapó la botella.

—Métete en tus asuntos.

Karen se echó a reír.

CAPÍTULO 34

Pasaban de las siete de la tarde. Nick había hablado con el laboratorio y había recibido malas noticias. Nada de lo que habían revisado del contenedor de almacenamiento tenía huellas inusuales. Todas pertenecían a personas autorizadas para manipular las cajas, contenedores, herramientas y demás objetos del interior. Hizo una nota mental para comprobar si Josh Marlow había sido voluntario en algún evento del recinto ferial y apagó la lámpara de su escritorio.

Cerró con llave la puerta de su despacho. Su secretaria se había marchado a las cinco, así que también cerró la puerta de la oficina exterior. Saludó al agente de guardia que estaba en la ventanilla de recepción. Siempre tenía que haber un oficial en la comisaría, así que le había tocado ese puesto. La rotación era obligatoria entre todo el personal, para que nadie se quejara de estar atrapado en un escritorio. Nick no veía sentido en pagarle a un civil por echarse una siesta ahí toda la noche. Todas las llamadas a la estación pasaban por ese puesto.

—Voy al recinto ferial con Paul. Llevo el móvil encima.

—Entendido, jefe. Diviértase —respondió el agente con un gesto de despedida.

Nick salió, subió a su todoterreno y condujo hasta la feria. Aparcó y se dirigió al gran establo de ganado, donde su sobrina Morgan tenía su novillo de raza Angus negro. La encontró en el corral, colocando su cinta azul en el tablón de trofeos del fondo.

—¡Hola, cabezota! —la saludó—. Parece que no te ha ido nada mal en la primera ronda.

La niña chilló de emoción, corrió hacia su tío y lo abrazó a través de las rejas del corral.

—Hola, tío Nick. Pensé que no iba a poder competir, pero arreglaron el agua justo a tiempo y conseguí arreglar a Rusty para salir a pista.

Él asintió, confuso. Su hermana, Tracy Marks, le dio un abrazo.

—Se atascó el desagüe y el agua salió a cuentagotas. Lo arreglaron sobre las cinco. Reorganizaron el orden de salida para que los chicos que no habían podido bañar a sus animales tuvieran tiempo.

—Ah —Nick se inclinó y le pellizcó la nariz a su sobrina en broma—. Pues te las apañaste bien. ¿Cuándo es la próxima ronda?

—Mañana —dijo la niña con entusiasmo. Abrazó al novillo—. Rusty y yo vamos a ganar la cinta de Gran Campeón, ¿verdad, chico? —le acarició el rostro entre los ojos.

Nick alzó las cejas hacia su hermana y se alejaron juntos por el establo. El lugar era un hervidero de actividad. Cada propietario daba la última comida y agua del día a su animal. Los niños colgaban sus premios en los tablones del fondo. Las familias repartían bolsas de comida rápida para cenar. Algunos corrales libres se habían convertido en zonas familiares donde podían relajarse, hablar con otras familias del campo y vigilar a sus animales.

Los visitantes también recorrían el establo, deteniéndose a admirar algún cerdo o novillo de buen aspecto. Tracy saludó a muchas familias y Nick también. Su cargo era electo, y aunque principalmente había ido a ver a su hermana y a su familia, no venía mal recordarles a los votantes que él era uno de ellos.

Paul lo alcanzó en el último corral.

—Eh, veo que has empezado sin mí —le dio un abrazo a Tracy—. ¿Dónde está tu viejo?

—Está en el establo pequeño con Daniel. Están dando de comer a las ovejas y cabras.

—Dale recuerdos de mi parte. El sábado pienso ganarle al golf.

—Se lo diré —rió ella. Los dos hombres, amigos y rivales desde el instituto, mantenían un duelo continuo cada dos semanas en el campo de golf.

Nick le dio otro abrazo a su hermana.

—Voy a dar una vuelta por la feria. Intentaré venir mañana para la siguiente ronda de juicios. Llámame con los horarios.

—Lo haré. Dan y Morgan estarían encantados si vienes a verles.

Paul se tocó el ala del sombrero.

—Que tengas buena noche, Tracy.

Ella les saludó con la mano y volvió al corral de Rusty.

Se cruzaron con Jason Lerner fuera del establo.

—Hola, Jason —dijo Nick. Se dieron la mano—. Me han dicho que hubo problemas esta tarde.

La música del carnaval flotaba en el aire.

—Sí, el desagüe de la zona de lavado del ganado se atascó. Llevo un año avisando a mantenimiento. Por fin hoy se han puesto las pilas. Esa mujer nueva, Jean, consiguió un fontanero enseguida.

Paul le guiñó un ojo a Nick, que le devolvió una mirada fulminante.

—Me alegro de que se resolviera. Mi sobrina, Morgan, fue una de las afectadas.

—Sí, buena chica. Aguantó como una campeona. Le fue muy bien en la primera ronda. Ese Rusty es un pedazo de novillo. Puede que hasta puje por él yo mismo.

Una sonrisa se extendió por la cara de Nick. Le gustaba que elogiaran a sus sobrinos.

—Gracias, Jason. Les diré que lo dijiste.

Los tres hombres se despidieron y continuaron caminando.

Paul miró de reojo a Nick.

—Vamos a ver los puestos de exposición. Mi tía tiene unos pepinillos en Conservas.

Nick lo miró de soslayo.

—¿Qué te parece si vamos a la zona de comidas? Me salté el almuerzo.

Paul se rió.

—Hecho. Vamos por un bocadillo de cerdo desmenuzado.

Pasearon entre la multitud que compraba comida. Nick se detuvo para lanzar una mirada severa a cuatro adolescentes que jugaban junto a un cubo de basura lleno. Los chicos captaron el gesto y se alejaron, aún empujándose. Los hombres siguieron caminando.

—Cuesta creer que fuéramos así de tontos —dijo Paul.

—Nunca fuimos tan tontos. Teníamos clases, faenas en el rancho y trabajos por las tardes.

Paul soltó una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Y el viaje que hicimos tú, yo, Lyle Andrews y Jerry Cole a President Lake el verano después de graduarnos? Recuerdo perfectamente...

Nick alzó la mano.

—Yo estaba. Me acuerdo. Tuvimos suerte de no matarnos ese fin de semana.

Respiró hondo y se quedó en silencio. Tras unos pasos, añadió:

—Una lástima lo de Lyle. Habría sido un gran hombre.

Paul se puso serio también.

—Una verdadera pena. Ese alce atravesó el parabrisas. Un accidente absurdo.

—Sí. Era el más listo de nosotros. Habría sido un gran médico.

—Sin duda.

Llegaron al puesto de barbacoa y pidieron cada uno un bocadillo de cerdo. Siguieron paseando con la comida en la mano en dirección al edificio de Exposiciones.

—¿Cómo está la señorita Hays? —preguntó Paul con la boca llena.

—No la he visto desde que la traje esta mañana.

—¿La llevaste tú?

Nick asintió mientras tragaba.

—Sí. Intenté convencerla de que no viniera, pero insistió en venir en cuanto salió del hospital. Estoy seguro de que le dolía la cabeza a rabiar.

Paul sonrió.

—Vi en el informe de la mañana que hiciste la entrevista en el hospital.

La voz de Nick se volvió fría.

—Fue agredida. ¿Con qué frecuencia pasa eso en Greyson? Y no le robaron nada, así que no fue un drogadicto.

—¿Crees que alguien la tiene en el punto de mira? —Paul dejó de sonreír—. ¿Crees que querrían matarla?

—Pues tuvieron la oportunidad. Estaba inconsciente.

Nick terminó su bocadillo y tiró el envoltorio en una papelera. Sacó una servilleta del bolsillo, se limpió las manos y la arrojó también, luego reanudó el paso.

—Estoy observando a Josh Marlow.

Paul pensó un segundo.

—¿El jornalero del Rancho Verde?

—Ese mismo. Tiene antecedentes por peleas de bar y escándalos públicos.

—Eso es un salto grande hasta el asesinato, Nick.

—Tal vez, pero hay algo en ese tipo que me pone los pelos de punta. Lo voy a vigilar mientras reviso otras pistas.

—Vale. ¿Qué quieres que haga?

—Investiga a los otros peones del rancho. Marlow duerme con tres o cuatro más. Yo voy a revisar a la familia de Ina. Tenía un problema con el juego. Eso puede cabrear a alguien. Quizá incluso al casino, aunque lo dudo. Jimmy Crowfoot me aseguró que usan abogados para cobrar deudas. Necesito que revises las empresas que usa el casino para cobrar. A ver si hay alguna historia rara. Gente golpeada,

amenazas, ese tipo de cosas. Y mira también en el hipódromo de Phoenix. Por si allí alguna agencia hizo algo raro también.

—Vaya lío —resumió Paul.

—Y que lo digas —Nick esperaba no estar dejando nada fuera.

CAPÍTULO 35

Jean se bajó del coche de alquiler a la mañana siguiente ajustándose el pañuelo gris que llevaba envuelto en la cabeza. *Esto me pasa por tomarme un somnífero. ¡Tarde!* El hecho de que llegara con dos horas de retraso la sacaba de quicio. Jamás llegaba tarde a nada. Pero entre el golpe en la cabeza, las pesadillas y la pastilla para dormir —"suave", según el médico, sí, claro— se le había pegado la sábana. Entró por la puerta trasera del recinto, la que usaban los trabajadores y expositores, y se apresuró hacia el edificio de Expositores. Ya eran las nueve de la mañana. Una hora después de que abrieran las puertas al público. Jean estaba enferma de vergüenza.

Frenó en seco frente al extremo oeste del edificio. Estaba abierto. Una familia de cinco salía por la puerta, y la madre le dedicó un gesto amable. Jean respiró hondo y entró.

Varias familias y parejas se detenían ante las exposiciones escolares, de bellas artes y fotografía. Jean sonreía y saludaba. En el área de fotografía, una anciana —de unos setenta y cinco años, calculó— le preguntó cómo podía participar en una exposición. Jean la condujo hasta la mesa del Club de Fotografía, donde el responsable en turno la recibió encantado. La mujer saludó a Jean con la mano cuando esta se alejó.

Al menos no soy una completa inútil. Jean se abrió paso entre los puestos y los visitantes. Todavía le dolía la cabeza. Ajustó el pañuelo de nuevo: le caía sobre el ojo izquierdo.

En el centro del edificio la esperaba Karen.

—¡Veo que descansaste!

Jean negó con la cabeza.

—Nada de eso. Pesadillas horribles, somníferos… fatal. Gracias por abrir tú.

Karen la abrazó.

—No es nada. Aún te duele la cabeza, ¿verdad?

Jean le puso los ojos en blanco, y con eso Karen tuvo suficiente.

—¿Y por qué estás aquí? Vete a casa. Duerme. Relájate. Nosotros nos apañamos.

—Me siento culpable —Jean se dejó caer en la silla de al lado—. Me comprometí a ser voluntaria, no a vaguear en casa en el momento más importante.

—¡Oh, por favor! Te golpearon en la cabeza. Tienes derecho a vaguear.

Jean la miró de reojo.

—¿Así que piensas tomar el mando, eh? ¡Ambiciosa eres! —dijo, imitando la voz de Yoda.

Karen le dio un manotazo en el brazo.

—Eso ha sido terrible. ¿De verdad te funciona?

Jean se rió hasta que tuvo que llevarse la mano a la herida del cuero cabelludo.

—¡Ay! No me hagas reír, que duele.

Karen le lanzó una mirada fulminante.

—En serio, ¿por qué estás aquí?

Jean asintió en dirección a la puerta central.

—Me recogió a las ocho. Anoche había un coche en la acera frente a mi casa a las nueve. Y otro a las seis de la mañana. El señor Policía Protector me esperaba en la entrada para seguirme hasta aquí. Me empiezo a sentir como cebo.

—El jefe y su ayudante pasaron por aquí anoche, justo después de que te fueras.

Jean puso los ojos en blanco.

—No me digas… ¿querían interrogarme?

Karen soltó una carcajada.

—No. Querían ver los pepinillos en conserva de la tía de Paul.

Jean se sonrojó.

—¿Perdón? —se removió en la silla—. ¿Sólo eso?

—Sí. Pasearon como si nada, pero vi al jefe mirando por todo el edificio.

—Es un poli. Está entrenado para mirar por todas partes —Jean se cruzó de brazos. *¿Estaba buscando algo… o a alguien?* Lo dudaba, pero la idea le intrigaba.

Karen alzó una ceja.

—Claro.

—Voy a por algo de comer —dijo Jean levantándose—. ¿Quieres algo?

—Sí, unas curly fries con queso, bien cargadas.

Jean abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—¡Oh, sí! Espero todo el año para eso. ¿Te doy algo?

Karen buscó el bolso.

—Ni hablar. Invito yo —Jean la detuvo con un gesto—. Pero no puedo creer que la señora "comida sana" me pida eso.

Karen la miró escandalizada.

—¡Es comida de feria! ¡Una vez al año! ¡Tráeme mis patatas! —ordenó señalando teatralmente.

Jean se inclinó en una reverencia.

—A la orden. Patatas con queso en camino.

Jean tomó su cartera y salió del edificio en dirección al área de comidas. Entre su edificio y el recinto principal de la feria estaba el mercadillo artesanal. Pasó de puesto en puesto, mirando joyas, jabones artesanales, verduras de fin de temporada, tejidos, muñecas hechas a mano, alfombras y objetos de madera. Charló con los vendedores, les preguntó por las ventas y su experiencia en la feria.

En el puesto de carpintería compró un bolígrafo de madera exótica para su hijo. Sería un buen regalo de Navidad.

Todo el tiempo notaba la presencia del joven policía que la seguía, aunque hoy iba de civil. Jean admitía que así pasaba más desapercibido, pero seguía molestándole que tuviera que seguirla.

Al acercarse al recinto de atracciones, vio el camión de bocadillos gourmet de Analise. Aún era temprano para el almuerzo, pero Jean distinguió a un joven de pelo oscuro, piel morena, botas vaqueras, vaqueros y camisa estilo western, discutiendo con Analise en la ventanilla.

Estaba demasiado lejos para oír lo que decían. Él agitó los brazos; ella lo señaló, furiosa. *¿Qué está pasando ahí?* Jean se pasó la bolsa del carpintero a la otra mano y se acercó con cautela, intentando no llamar la atención.

—Te vas a arrepentir —gritó el joven, y se marchó furioso, alejándose de ella.

Lástima no haber oído toda la conversación. Revisó de reojo a su escolta: observaba los juguetes infantiles en un puesto tres lugares detrás. *Claro, seguro que tiene hijos pequeños. Y ahora, por mi culpa, no puede traerlos a la feria. Maldita sea.* El sentimiento de culpa cayó sobre ella como una manta mojada.

Pasó junto al camión. Analise estaba al teléfono, de espaldas a la ventana.

—No me importa. Ocúpate —oyó decir Jean antes de que la mujer colgara.

Aquí pasa algo raro. Pero no podía quedarse plantada delante del camión todo el día esperando que ocurriera algo más. *No me comería un bocadillo de esa mujer ni aunque me pagaran. Sería como decir: "¡Envenéname, anda!"*

Se fue al puesto de los Caballeros de Colón.

—Una brat, por favor.

Un anciano tomó su dinero y le dio una bandejita con un panecillo tostado y una salchicha churruscada. Le indicó dónde estaba la mostaza.

Al morder, la piel crujiente se rompió y la grasa salpicó el pan. *No es como las rindwurst de Alemania, pero servirá.* Jean echó un vistazo hacia el camión de Analise: ahora estaba sirviendo un bocadillo. *No hay más pistas por el momento.*

CAPÍTULO 36

Jean terminó su salchicha mientras permanecía junto al puesto de los Caballeros de Colón. Le contaron que la feria estaba yendo bien para ellos ese año. Había más asistencia de lo habitual. Uno de los ancianos bromeó:
—Nada como un cadáver para atraer a la gente.
Jean sonrió, aunque por dentro pensaba que no tenía ninguna gracia que un cuerpo sin vida te cayera encima. Agradeció la comida, tiró la basura al contenedor más cercano y siguió su camino.

A medida que avanzaba por el recinto, se detenía en cada puesto, se presentaba y preguntaba a los vendedores cómo iban las ventas. Como era de esperar, algunos estaban teniendo más éxito que otros. Agradecía a cada uno su participación en la feria y continuaba hacia el siguiente. Le alegraba ver a tantas familias disfrutando del evento. Los niños corrían arriba y abajo por la avenida, con globos rebotando al compás. Los adolescentes paseaban en parejas o en grupo, comiendo granizados, algodón de azúcar o palomitas. Las chicas susurraban entre ellas. Los chicos, en cambio, empujaban, golpeaban y se molestaban sin descanso. Jean lo recordaba bien de la adolescencia de su hijo: los chicos parecían incapaces de estarse quietos.

A mitad del camino notó un revuelo en una de las mesas de picnic. Se apresuró. Una mujer de mediana edad se inclinaba sobre un anciano, mientras otra lo abanicaba con una servilleta.
—¿Ocurre algo? —preguntó Jean al acercarse—. Estoy con la organización de la feria.
La mujer que abanicaba parecía preocupada. La otra respondió:
—Mi padre tiene problemas con el calor.
Jean se agachó. El hombre estaba pálido, no sudaba y respiraba con dificultad. Los ojos se le iban hacia atrás.
—¿Cuánto tiempo lleva así?
—Un minuto. Me dijo que no se encontraba bien y nos sentamos

aquí.
Jean se quitó el pañuelo que cubría su cabeza vendada. Menos mal que hoy me puse uno de algodón, pensó.
—¿Esa botella de agua es suya?
La mujer asintió. Jean empapó el pañuelo y se lo colocó en la cabeza al hombre. Giró y llamó al agente cercano:
—Oficial, llame a una ambulancia. Sospecho un golpe de calor, quizás algo peor.
El policía sacó el móvil.
—Me llamo Jean. Ya hemos avisado a los servicios médicos.
—Soy Mae —dijo la mujer joven—, esta es mi madre Willa, y él es mi padre, Henry. No lo entiendo, ha bebido mucha agua.
—Eso ayuda, claro, pero en este caso debemos bajarle la temperatura corporal. El agua ingerida no basta. Hay que enfriar la cabeza, el cuello, las muñecas, lo que se pueda. ¿Puedes ir al puesto de ahí y traerme tres botellas más, las más frías que tengan?
Mae asintió y salió corriendo.
—Willa, ¿cómo estás tú? ¿Tienes calor también?
La mujer, de unos sesenta y tantos años, negó con la cabeza.
—Estoy bien. Henry tuvo un resfriado la semana pasada. Dudé de si debía salir hoy, pero insistió —limpió una lágrima contenida—. Siempre fue un cabezota.
Mae regresó corriendo.
—Aquí tienes.
Jean abrió una botella y volvió a empapar el pañuelo para ponérselo en la cabeza.
—¿Tienen algún otro pañuelo o bandana?
Ambas negaron. Una voz interrumpió:
—Yo tengo una.
Un joven de botas polvorientas, vaqueros sucios y camisa del oeste sacó una bandana del bolsillo.
—Tómela, tengo muchas.
Jean agradeció y comprobó que estuviera limpia. La empapó con agua y se la colocó a Henry en el cuello. Otras dos personas le ofrecieron pañuelos. Los humedeció y los puso en sus muñecas.
El agente se acercó.

—La ambulancia está en camino. Cinco minutos.
—Gracias —Jean lo miró—. No sé tu nombre.
—Williams —respondió, tocándose el sombrero.
—Gracias, oficial Williams.
—Para servirla, señorita Hays —respondió, apartándose.

Los siguientes minutos pasaron rehidratando los paños y haciendo que Henry bebiera sorbos. El agente despejó el camino cuando llegaron los sanitarios. Jean se hizo a un lado. Willa subió a la ambulancia con su marido. Mae le dio la mano a Jean.
—Gracias. No sabía qué hacer.
—Encantada de ayudar. ¿Necesitas que te lleven?
—No. Voy a conducir yo. Solo quería agradecerte de corazón.
—Espero que se recupere pronto.
Mae se alejó, secándose las lágrimas. Jean respiró. La multitud se había dispersado. Notó algunas miradas curiosas hacia su cabeza vendada, pero se obligó a levantar la barbilla. *No tengo nada de qué avergonzarme.*

Cuatro puestos más allá, una mujer vendía pañuelos de seda teñidos a mano.
—He oído lo que hiciste —dijo al presentarse—. Toma este, para cubrirte la venda.
—Oh, no puedo aceptarlo —Jean levantó las manos—. Es demasiado.
—Tonterías. Entra. Te enseñaré una forma bonita de atarlo.
Jean dudó, pero finalmente accedió.
—Gracias. Es usted muy amable.
—Una buena acción merece otra —dijo la mujer, envolviéndole la cabeza con el pañuelo verde salvia—. Mira.
Le tendió un espejo. El nudo, en la parte trasera, parecía una flor.
—¡Qué bonito! Es muy ingenioso. Gracias.
—Siempre les hago estos nudos a mis sobrinas. Me encanta compartir.

Se abrazaron y se despidieron. Al alejarse, Jean notó que el dolor de cabeza había desaparecido. También la tensión. *Confianza,* pensó.

Había dejado de confiar en los demás desde el ataque. Ahora sí. Es como si me hubieran quitado un peso de encima.

Paró en un puesto de helados y compró dos conos de vainilla. Al girarse, localizó a su escolta. Se acercó.
—Esto es para ti.
El joven se sorprendió, avergonzado.
—Vamos, acéptalo. Hace calor y llevas siguiéndome día y medio. Disfrútalo. Es la feria.
Él dudó, pero aceptó.
—Espero que la vainilla esté bien.
—Perfecta. Gracias.
—Parece que la amabilidad fluye por la feria hoy —dijo Jean mientras regresaban al edificio de Expositores.
—No más seguirme desde lejos. Camina conmigo. Cuéntame de tu familia.
Él la miró asombrado.
—En serio. Quiero conocerte.
Se puso a su lado. Al llegar, Jean ya sabía que se llamaba Tom, que estaba casado con Glenna, y tenía dos hijos: Randy de seis y Emma de tres.

Al ver a Karen, Jean recordó:
—¡Tus patatas!
Se dio un golpe en la frente.
—Ahora mismo vuelvo.
Salió apresurada.
—Lo siento, Tom. Era para traerle papas con queso a Karen.

Fue directo al puesto de papas, dos puestos antes del camión de bocadillos de Analise. Mientras esperaba, observó el camión. Un joven rubio, con zapatillas, vaqueros y camiseta, se acercó. Analise le hizo señas para que rodeara hacia la puerta lateral. Jean no pudo oír lo que decían, pero sí vio gestos: ella señalaba con furia. Él se defendió, luego se enfadó también y le respondió señalándola antes de marcharse. Analise golpeó el marco de la puerta y entró en el camión.

Curioso. Jean buscó a Tom, que estaba comprando un perrito caliente. No había visto nada. *¿Qué discutían?* El vendedor la interrumpió:
—Aquí tiene.
Le entregó un plato con papas espiral cubiertas de queso derretido.
—¡Madre mía!
—Mi plato estrella —respondió él.
—Es para una amiga. Quizás vuelva más tarde por otra.
—Aquí estaré.

Tom la acompañó de vuelta.
—Eso son muchas papas.
—Lo sé —Jean rió—. Igual vuelvo luego por unas para mí.
Él asintió.
—Puedo entenderlo.

Caminaron deprisa. Jean no quería que se enfriaran. Durante el trayecto, reflexionó sobre los dos hombres que discutieron con Analise con una hora de diferencia. *¿Qué es lo que iba a lamentar? ¿Y a quién le decía "hazlo y punto"?* El segundo chico parecía molesto, pero distinto al primero. *Ojalá hubiera oído la conversación.* Analise actuaba de manera diferente con cada uno. Era un enigma.

CAPÍTULO 37

Jean tenía hambre a las siete, y aún quedaban dos horas para que cerrara la feria. Había pasado el día en el edificio de Expositores charlando con otros voluntarios y respondiendo preguntas de los visitantes sobre las exposiciones y la localización de los puestos. Aun así, algo interesante ocurrió dos horas antes, cuando Karen la llamó a la sección de Artes Domésticas.

—Jean, te presento a Vera MacIlroy.
Jean ya la había visto el día anterior frente a su colcha premiada, rodeada de amigas, pero no habían hablado. Vera rondaba los sesenta y tenía el aspecto de una mujer de campo: robusta, cabello recogido en un moño gris estricto y ojos azul pálido llenos de arrugas fruto de décadas bajo el sol de Arizona.

—Encantada de conocerla, señora MacIlroy —dijo Jean al estrecharle la mano. Le sorprendió la firmeza del apretón.
—Llámame Vera, lo de "señora MacIlroy" me recuerda a mi suegra. Y gracias, llevo años intentando ganar ese premio.
—Una lástima lo de Ina —dijo Jean, observando su reacción.
—Sí que lo es —respondió Vera, negando con la cabeza—. No sé a dónde va a parar este condado, con asesinatos en pleno centro.
Jean cambió de estrategia.
—Tengo entendido que Ina era su principal rival. Escuché que usted se enfadó bastante el año pasado.
—Así es. Me molestó tanto que llegué a escupir sobre su colcha.
Vera suspiró.
—Me sentí fatal después. Nada cristiano por mi parte. El orgullo y la envidia me pudieron. Le pedí disculpas al día siguiente. También a todos los que presenciaron mi rabieta.
Vera bajó la vista y luego, erguida, añadió:
—Me alegra haberme disculpado. No me gustaría tener eso en la conciencia ahora que está muerta. Hacía unas colchas preciosas.
Jean vio tristeza auténtica en su rostro.

—Lamento mucho su pérdida, Vera.
—Gracias. —Vera esbozó una sonrisa—. Me han dicho que eres nueva por aquí. ¿Qué opinas de Greyson?
—Me gusta mucho. Hay gente muy amable.
—Me alegra. Si quieres, pasa por la iglesia metodista el domingo. El servicio es a las diez y luego hay comida compartida. Hago una cazuela de enchiladas que quita el hipo.
—Gracias por la invitación. Que disfrute la feria.
—Lo haré. Un placer conocerte.
—Igualmente.

Jean y Karen la observaron alejarse con su hija y nieta.
—¿Qué opinas? —preguntó Jean.
—No creo que fuera ella —respondió Karen.
—Tiene fuerza de sobra. Su apretón era como una prensa —Jean se tocó el pañuelo—. Pero estaba realmente triste por la muerte de Ina.
—Y las disculpas. Eso es fácil de comprobar. No creo que mintiera.
—No, yo tampoco.

Dos horas después, el flujo de visitantes era escaso y Jean se aburría.
—Voy a por algo de comer —avisó a Karen.
Karen se acercó.
—Estoy llena de las papas. ¿Me traes una limonada? A ver si me limpia tanta grasa.
—Buena idea —rió Jean, sacando su cartera—. No tardo.
—Tómate tu tiempo. Esto va a ir a menos. —Karen volvió a su bordado.

Fuera, el aire nocturno era mucho más agradable. Jean paseó por la zona de atracciones. El público había cambiado: ahora eran adolescentes, parejas jóvenes, algunos con carritos de bebé. Todo brillaba como Times Square. Se alegró al ver a la gente divirtiéndose.

Un recuerdo surgió: ella, Dwight y su hijo Jimmy, cuando era pequeño, en una feria. Eran como la pareja que tenía delante. Jean tragó saliva. Aquel tiempo quedaba muy atrás. Respiró hondo y

enterró el recuerdo. Aún sentía demasiado rencor por el divorcio como para disfrutarlo.

Buscó algo diferente a la bratwurst que había comido. Vio un puesto de tacos. Una novedad para ella en el suroeste. En Nueva York eran masas fritas con salsa de tomate y queso. Aquí, tacos y pan frito navajo con frijoles y queso.
—Dos tacos, por favor. De carne y queso.
Mientras esperaba, observó a un grupo de chicas adolescentes riendo y chillando. Los chicos las seguían a cierta distancia, lanzando miradas. Jean sonrió. Algunas cosas no cambian.

Nick White mostró su placa al llegar. Siempre iba a la feria por las noches, cuando solía haber más problemas, generalmente en la carpa de la cerveza. Esperaba que ese año todo estuviera tranquilo: casi todos sus agentes estaban ocupados con entrevistas por el asesinato de Ina.

Le rugió el estómago. Pensó en saltarse el almuerzo otra vez, pero se rindió. Decidió comer algo. El puesto de tacos de José era su favorito. Iba allí al menos una vez por semana. Al acercarse, vio primero al oficial Williams. Luego a Jean, pidiendo en el mostrador. Llamó al joven.

—Hola, jefe.
—¿Qué tal va? —preguntó Nick, con la vista en Jean.
—Tranquilo. Mucho esperar y poco hacer. Bueno, esta tarde pasó algo.
—¿Ah, sí?
—Un señor mayor sufrió un golpe de calor. Ms. Hays actuó rápido. Le quitó el pañuelo, lo empapó, lo puso en su cabeza. Dio instrucciones, pidió más agua, improvisó compresas. Lo tenía todo bajo control cuando llegaron los paramédicos.
—Buenos reflejos.
—Eso pensé.

—¿Algo más?
—No. Está comprando la cena. Creo que yo haré lo mismo.

—Yo también. Este es mi puesto favorito —dijo Nick, dándole una palmada.

Pidieron. Mientras Tom se alejaba, Nick se acercó a Jean.
—Hola.
—Hola, Nick. ¿Vigilando?
—Siempre vengo por las noches. A veces hay problemas cerca de la carpa de la cerveza.
—¿Alguna novedad sobre mi agresor?
—No, lo siento. Pero hoy vi tres cosas que me llamaron la atención.
—Cuéntame.
Jean señaló el camión de Analise.
—Esta mañana discutió con un joven moreno. Él le dijo que se arrepentiría. Luego la vi llamar por teléfono, enfadada. Una hora después, otro joven, rubio, fue al camión. También discutieron y él se fue furioso.
Otra vez haciendo de detective, pensó Nick.
—¿Conoces a los chicos?
—No —respondió Jean, decepcionada—. Pero sé cuando alguien discute de verdad.

Nick casi rodó los ojos.
—Podía ser cualquier cosa. Dinero, celos. Analise tiene un carácter difícil.
—¡No tendría más de veinticinco años!
—Ocurre.
—Puede ser, pero algo pasa ahí. Lo sé.
—¿Con toda esa formación policial?
En cuanto lo dijo, se arrepintió. Vio el rostro de Jean cambiar: sorpresa, incredulidad, rabia.
—Ni una palabra más —dijo ella, girándose y marchándose.
Tom llegó corriendo.
—¿Qué ha pasado?
—Nada. Iré a buscar su comida. Síguela.
Tom fue tras ella.
La has cagado bien, Nick, pensó. José le llamó:
—Nick, está listo su pedido.

—Se lo llevo yo. Envuélvelo.
—Claro. ¿El tuyo y el de Tom también?
—Sí.

Nick se quedó pensando en lo que Jean le había contado. *Tiene buen ojo. Debería habérselo dicho, no haber soltado esa tontería.*
La llamó.
—¿Qué más quería Jean?
—Una limonada para Karen.
Nick recogió los tacos y las limonadas —una extra para Jean— y fue al edificio de Expositores. Encontró a Karen sola.

—Hola. Jean olvidó su comida.
Karen dejó su bordado y tomó la bebida.
—Gracias por la limonada, jefe.
—¿Y Jean?
—Me dio las llaves para cerrar. Se fue. Supongo que ya no tiene hambre.
Nick se sintió aún peor. Se quedó parado, sombrero en mano.
—Gracias, señora.

Salió, tiró los tacos a la basura y murmuró:
—Maldita sea, Nick. No haces nada bien.

CAPÍTULO 38

A la mañana siguiente, el jefe de policía llegó al recinto ferial a las nueve. Solo cruzar la entrada le recordó el desliz de la noche anterior. Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo. No había motivo alguno para soltar aquel comentario sarcástico, pero lo había hecho.

Volvía ahora para seguir la pista de Analise. Estuvo tentado de pasarse por el edificio de Expositores, pero se contuvo. No iba a salir nada bueno de eso. Se ajustó el cinturón del equipo y se dirigió al camión de bocadillos. Analise estaba sentada en la puerta del camión, bebiendo de una botella de agua.

—Analise —la saludó con una inclinación de sombrero. La música del carnaval ya sonaba con fuerza. Se preguntó cómo aguantaban los voluntarios y vendedores tres días seguidos con ese estruendo.

—Jefe —respondió ella, alzando la botella a modo de brindis—. ¿Qué lo trae tan temprano por aquí?

Esperó a que una pareja de ancianos pasara, él en un scooter.

—Estoy investigando el asesinato de Ina. Eres la siguiente en la lista para entrevistar.

—No tengo mucho tiempo, jefe —dijo ella, cerrando la botella y subiendo al primer peldaño de las escaleras desplegables del camión —. Tengo que preparar la comida del mediodía.

—Solo unas pocas preguntas, Analise. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Ina?
Nick sacó su libreta del bolsillo frontal de la camisa caqui del uniforme. Hizo clic con el bolígrafo y la miró esperando respuesta.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. El invierno pasado, supongo. Seguro que los vi en algún baile o algo. ¿Quién lo recuerda?

Se dio media vuelta y entró al camión.

Nick subió al primer peldaño que ella había dejado libre. Ya casi estaba dentro del camión, y Analise no tenía dónde escapar. Anotó una línea.

—¿Hablaste con Ina? ¿O con Arris?

—No. —Comenzó a deshojar una lechuga, metiendo las hojas en una bandeja de aluminio rectangular.

—¿Solo "no"?

—No, en serio. Quizá le dije hola en el baño de mujeres. Eso fue todo. No tenía motivos para hablar con Arris. —Lo miró de reojo—. Sabes que Arris y yo estamos divorciados desde hace años, ¿no? ¿Por qué iba a hablar con alguno de los dos?

Cogió una cabeza de ajo y la golpeó con fuerza contra el mostrador de aluminio, haciendo que los dientes se separaran. Luego agarró un cuchillo.

—¿Conoces a alguien que quisiera hacerle daño a Ina?

Analise aplastó un diente de ajo con el cuchillo, sobresaltando a Nick, que estaba escribiendo y no esperaba el golpe.

—La mujer era una cabeza hueca. Ya sabes, pura espuma. No tenía suficiente seso como para ser una amenaza para nadie.

—¿Crees que amenazó a alguien?

La dueña del camión se giró hacia él con el cuchillo en la mano.

—No pongas palabras en mi boca, Nick White.

Su rostro se endureció.

—Y tú no me agites un cuchillo, Analise Van Horn.

Ella bajó la vista al cuchillo y palideció.

—En fin… —volvió al ajo—. Era demasiado tonta para su propio bien. No sé qué le vio Arris.

—¿Y qué hay de Arris?

—¿Qué hay con él?

—¿Conoces a alguien que quiera hacerle daño?

—Vaya pregunta estúpida, Nick. Arris está bien. La muerta es Ina.

—Lo sé.
Dejó que la frase calara.

El picado del ajo se detuvo a mitad del montón.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir: ¿habría alguien con intención de hacerle daño a Arris?

Nick vio cómo se le tensaba la ceja izquierda. Reanudó el corte con más fuerza de la necesaria.

—Ridículo. El hombre es exasperante. Está obsesionado con ese rancho miserable. Pero ¿por qué querría alguien hacerle daño?

Nick se rascó la frente con el extremo del bolígrafo.

—Eso es lo que me gustaría saber.

Anotó una última línea y cerró el bolígrafo.

—Gracias por tu tiempo, Analise. Que tengas buen día. —Bajó del camión.
—Ah, sí.
Se volvió una última vez hacia ella.

—Recibí un informe. Te vieron discutiendo con dos hombres ayer.

Vio cómo tragaba saliva.

—¿Y? —replicó con mirada desafiante, apoyada en la encimera de acero inoxidable.

—Solo me preguntaba. Ya sabes, hay que mantener el orden. ¿Te están dando problemas? ¿Esperas que vuelvan?

Analise respiró hondo.

—No, no me causan problemas. —Se enderezó—. Sé cuidar de mí misma, Nick White.

—Estoy seguro de que sí, Analise. —Se despidió con el sombrero y se alejó. No había dado diez pasos cuando la puerta del camión se

cerró de golpe.
Guardó la libreta en el bolsillo.
—Sí, Jean tenía razón. Aquí hay algo.

CAPÍTULO 39

Jean paseaba por los establos de ganado. El agente Tom la seguía a poca distancia. La había escoltado en su coche patrulla la noche anterior. Otro agente, al que no conocía, lo había relevado sobre las siete de la tarde. El nuevo seguía allí por la mañana, pero a las siete en punto Jean había visto llegar de nuevo el coche de Tom. Mientras preparaba el té y el desayuno, se preguntó si debían ir juntos en coche. Para cuando terminó de vestirse, ya había decidido que no.

No podía quedarse sentada todo el día en el edificio de Expositores. Necesitaba moverse. Llevaba consigo su pequeña cámara Olympus. Era resistente al agua y a los golpes; la llamaba su cámara de senderismo. Ya tenía algunos años, pero seguía encantada con las fotos que sacaba y conocía bien todos sus controles. Su hijo, Jim, solía meterse con ella por eso.

—Solo tiene diez megapíxeles, mamá —le dijo en una acampada el año pasado—. Ahora hay cámaras mucho mejores.

—Puede que sí —admitió ella—. Pero esta me va perfecta, hace todo lo que necesito y la manejo con los ojos cerrados. Me quedo con esta, muchas gracias.

Hizo una foto a una joven de 4-H que cepillaba a su buey. La chica lo hacía con suavidad y el animal permanecía quieto, con los ojos entrecerrados mientras rumiaba. Claramente le gustaba que lo acicalaran. Fotos como esa quedarían genial en la web y redes sociales de la feria. No se preocupaba por pedir permiso a los padres para usar las imágenes. Todos los miembros de 4-H firmaban esas autorizaciones al comienzo del año.

Continuó sacando fotos de la limpieza de los establos, el agua para las cabras, las tareas de aseo, los conejos en sus jaulas y las gallinas con sus extravagantes penachos. En el área de exhibición, los chicos de FFA y 4-H estaban mostrando sus gallinas. Se les evaluaba por el manejo de los animales y si estos cumplían con los estándares de su

raza, entre otras cosas. Jean también fotografió parte de ese espectáculo.

Cerca de las diez, regresó al edificio de Expositores.

—¡Jean! —la saludaron nada más entrar. Karen le hizo señas desde donde estaba con su hija y un joven. Jean guardó la cámara y se les acercó.

—Me alegra que hayas vuelto. ¿Recuerdas a mi hija, Peggy?

Jean le estrechó la mano.

—Claro. Encantada de verte de nuevo, Peggy.

—Y este es su amigo, Tyler.

Jean observó el rostro del muchacho.

—Hola, Tyler. Un placer.

—Estaban dando una vuelta por la feria y han pasado a saludar. Me alegro de que hayas llegado a tiempo.

—Que disfrutéis —dijo Jean.

—Nos vemos esta noche, mamá —Peggy le dio un beso en la mejilla a Karen.

—Divertíos —les deseó Karen mientras se alejaban.

—¿A qué se dedica? —preguntó Jean observándolos mientras miraban las artesanías de madera a mitad del edificio.

—Hace trabajos sueltos, chapuzas, nada estable —suspiró Karen sentándose con su labor de punto de cruz en el regazo—. Peg está estudiando enfermería. Pero ahora que está con Tyler, me temo que no llegará a ninguna parte. Él podría arrastrarla con él.

—Ya he visto a Tyler antes —comentó Jean, arrastrando una silla plegable hasta junto a ella y sentándose—. Ayer discutía con Analise. No pude oír nada, pero ella le señalaba con el dedo y parecía estar echándole una buena bronca.

Karen se quedó con la aguja en alto. Respiró hondo, con la mirada fija en el fondo del edificio.

—Trabajó para ella el invierno pasado. No sé haciendo qué. Ella no saca el camión en invierno, pero sí hace catering —Karen la miró—. ¿Crees que está metido en el asesinato de Ina?

—No lo sé —Jean jugueteaba con el pañuelo que llevaba en la cabeza. Era un pañuelo que había comprado durante un crucero por el Caribe. De fondo naranja, con flores rojas y amarillas brillantes y hojas verdes. Nunca lo había llevado porque no era su estilo, pero combinaba con la blusa amarilla sin mangas que usaba hoy, así que decidió ponérselo—. Debería ir a que la vendedora de pañuelos me lo anude bien —pensó mientras ajustaba la tela—. Le conté eso al jefe anoche justo antes de que me insultara. Solo recordarlo me da rabia.

—Pasó por aquí anoche, justo después de que te fueras.

—Pues qué lástima —soltó Jean, molesta.

Karen levantó una mano.

—Creo que venía a disculparse. Trajo tus tacos y mi limonada. También una para ti.

Jean cruzó los brazos.

—No me vendo por una limonada —frunció el ceño—. Estoy convencida de que Analise está metida hasta las cejas. Me da igual lo que diga el señor jefe con comentarios sarcásticos.

—Yo también lo creo —dijo Karen retomando su bordado—. Lástima que no podamos preguntarle directamente.

—Hmm —asintió Jean—. Solo he hablado con ella un par de veces, y siempre ha sido desagradable. ¿Es siempre así?

—Sí. Ni idea de cómo acabaron juntos ella y Arris. No tienen nada que ver. Seguirla por ahí no servirá de mucho. Está aquí todo el día hasta que cierre. Si es como yo, lo único que querrá luego es ducharse y tirarse en la cama.

Jean se inclinó, apoyando los codos en las rodillas.

—Pero discutió con Tyler ayer. Quizá eso la tenga nerviosa —volvió la cabeza hacia su amiga—. Puede que acabe haciendo algo impulsivo.

—Es poco probable, Jean. Tyler no parecía incómodo cuando vino a saludar con Peg. Si tuviera algo que ver con el asesinato, estaría más inquieto, sobre todo aquí.

—Es verdad —Jean volvió a tocarse el pañuelo. El calor del edificio le hacía sudar en las sienes. Se levantó de un salto.

—Voy a ver si la señora de los pañuelos me puede atar esto mejor.

Los ojos de Karen brillaron con picardía.

—Y luego vas a colocarte en un sitio donde puedas observar a Analise, ¿a que sí?

—Sí. Algo pasa con esa mujer. Pienso averiguar qué es.

—Diviértete. Y no te metas en líos —le advirtió Karen.

Jean alzó la mano en despedida.

—Por supuesto.

CAPÍTULO 40

Jean caminaba con Tom hacia la zona del recinto conocida como el "midway", comentándole que se quedaría por allí un rato. Él asintió, y Jean sonrió al oír su suspiro, casi imperceptible. En el puesto de la mujer de los pañuelos no solo consiguió que le anudaran bien el que llevaba puesto, sino que también compró otro, de un azul joya precioso, como regalo de Navidad para Karen. Después recogió la bolsa y compró una limonada en el puesto contiguo al camión de bocadillos de Analise. Charló un rato con el vendedor, preguntándole cómo le estaba yendo la feria ese año. Él se mostraba satisfecho: el calor estaba disparando las ventas de limonada y parecía haber mucha gente recorriendo el recinto. Para él, sería un buen año.

Le dio las gracias y se dirigió a una mesa de picnic, bajo una carpa instalada por un vendedor cercano que ofrecía sombra. Jean se sentó en el extremo más alejado, desde donde podía ver el camión de Analise sin estar expuesta a la vista directa en pleno paso.

Apenas dio sorbos ocasionales a la limonada. Quería quedarse un buen rato allí y una copa vacía parecería sospechosa. Durante la mañana, varias personas compartieron mesa con ella. Una pareja de ancianos se sentó a descansar con su té helado. Una familia joven paró para cambiar el pañal del bebé y para que la hija mayor pudiera comerse su helado. Jean se ofreció a sostener al bebé mientras la madre corría a por servilletas y una botella de agua para limpiar la cara y las manos pegajosas de la niña. Hacía mucho que Jim no era un bebé.

Todo el tiempo, Jean observaba el camión. El negocio de bocadillos se mantenía constante. Analise servía desayunos hasta las once, luego cambiaba a almuerzos. Jean la vio salir y cambiar los carteles del menú. Peggy y Tyler pasaron por delante, sin notar que Jean estaba sentada a un lado. Caminaban del brazo y Tyler ni siquiera

miró en dirección al camión. Analise, que estaba en la ventana de servicio, sí los vio. Frunció el ceño, pero no dijo nada.

Vaya chasco, pensó Jean mientras los veía alejarse. Si Tyler y Analise estaban compinchados en el asesinato de Ina, al menos deberían mostrarse algo nerviosos. Se terminó los últimos sorbos aguados de la limonada, sacó el móvil y llamó a Arris.

—Hola, solo quería saber cómo estás.

—Bien. Está siendo agradable tener tiempo para hacer algunas cosas en el rancho.

—Seguro que sí —cubrió una oreja con la mano para amortiguar el ruido del carnaval—. Me preguntaba si sabías en qué proyecto tenía Analise a Tyler Siddons el invierno pasado.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Sé que lo contrató para algunas tareas de catering durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Suele tener bastante trabajo en esa época.

—¿Y en enero o febrero? —Jean no recordaba la fecha exacta de la muerte de Ina, pero debía de haber sido por entonces.

—No, que yo sepa. Le gusta viajar en esos meses. Su negocio baja mucho y aprovecha.

Jean sintió que sus expectativas se esfumaban.

—Gracias, Arris. Me lo preguntaba. Karen me presentó al chico y quise saber cómo estaban conectados él y Analise.

—Es un buen muchacho, aunque sin rumbo. Ha hecho trabajos para mí de vez en cuando estos últimos años. Cosas duras: cortar árboles, cambiar postes de vallado, ese tipo de cosas. Pero le gusta tomarse descansos con frecuencia.

—Te agradezco la información, Arris —reflexionó sobre lo que él decía—. ¿Crees que Tyler podría estar molesto contigo?

La pausa fue larga.

—¿Me estás preguntando si fui tan duro con él como para que me culpara de un asesinato?

—Sí, eso te estoy preguntando. ¿Fuiste muy duro?

—No. Solo le dije que el trabajo no se iba a hacer solo. Estuve trabajando con él, Jean. Demonios, si de verdad estaba tan cabreado, creo que me habría dado cuenta. Me saca cuarenta años. Solo lo empujaba un poco, eso es todo.

Suspiró. Parecía otro callejón sin salida.

—Supongo que tienes razón. Todos echamos de menos que estés aquí.

—Cuando esto se aclare, volveré. Pero me pareció incorrecto estar bajo sospecha y seguir al frente de la feria.

—Lo entiendo, Arris. Hiciste bien. Hablamos pronto, ¿vale?

—Claro, Jean. No te olvides de pasarlo bien.

Sonrió.

—Tú también, Arris. Hasta luego.

Pulsó el botón para colgar. No había salido como esperaba. Jean se levantó y volvió al puesto de limonada para comprar dos más. Luego se dirigió a la ventanilla del camión de bocadillos.

—Hola, Analise. Quiero dos bocadillos, por favor. Uno de rosbif y otro de pollo a la parrilla, para llevar.

Analise la fulminó con la mirada, pero se puso manos a la obra.

—¿Cómo va el negocio? ¿Tienes bastante clientela?

Analise le lanzó una mirada directa, luego volvió a centrarse en los bocadillos.

—Está bien. No es la locura, pero al final de la feria saldré adelante.

—Me alegro de oírlo.

Jean notó que una ceja se alzaba, pero la mujer seguía en silencio. Dos adolescentes se detuvieron a leer el cartel del menú. Se

esfumaba cualquier posibilidad de que soltara algo más. Analise envolvió los bocadillos y se los pasó.

—Diez dólares.

Jean le dio el billete.

—Gracias, tienen buena pinta. Vi que hablabas con Tyler Siddons el otro día.

Vio cómo Analise se quedaba petrificada.

—¿Y?

—Oh, perdona. Parecía que discutíais —no le diría que estaba demasiado lejos para oír nada.

Le vio fruncir el ceño.

—Trabajó para mí en las fiestas y dice que le pagué de menos.

—Qué lástima —recogió los bocadillos—. Que tengas un buen día —dijo con alegría y se alejó. Escuchó a los adolescentes pedir dos bocadillos.

Menuda pérdida de tiempo, pensó Jean. Era difícil saber si la mujer ocultaba algo o si simplemente era así de antipática. Volvió al edificio de Expositores y le ofreció a Karen uno de los bocadillos y una limonada. Tendrían que pensar en otro modo de averiguar qué estaba tramando Analise.

CAPÍTULO 41

Jean paseaba por el edificio de Expositores después de comer. Podía participar en algunas cosas, pero la enorme variedad de manualidades y habilidades la hacían sentirse, a partes iguales, inadecuada y envidiosa. Se detuvo a admirar uno de los jardines en miniatura de la sección de Floricultura, con un lazo de "Mejor del certamen". Estaba hecho en una gran fuente de cerámica poco profunda, sostenida por tres patas. Dentro, una diminuta casita de hadas construida con ramitas, con una hada de cerámica de pie en la puerta. Una piedra plana servía de felpudo. Pequeños narcisos se alzaban como árboles a un lado, y un riachuelo, delineado con musgo, serpenteaba por el plato. Una valla de madera cruzaba parte del jardín, y una vaca de porcelana pastaba en un campo recortado con precisión. Jean estaba encantada. Se preguntó dónde habría conseguido el creador una bomba tan pequeña para el riachuelo. *Podría hacer algo así*, pensó. *Sin bomba, claro. Tal vez solo un bonito jardín en plato*. Sabía, por lo que había escuchado en los últimos días, que el vivero local vendía artículos para jardines y terrarios en miniatura. *Tal vez lo intente, cuando todo esto se calme un poco.*

Encontró al jefe White en la sección de carpintería, charlando con un voluntario. Este, al ver a un niño alargar la mano para tocar una pieza, intervino:

—No toques, por favor, jovencito.

El niño apartó la mano con los ojos muy abiertos. El voluntario se disculpó con Nick y se acercó.

—¿Te gustaría que te la mostrara? —preguntó. El niño asintió, y el hombre comenzó a explicarle cómo la habían fabricado.

Nick observaba la escena y no vio a Jean acercarse. Ella consideró pasar de largo, pero todo el asunto con Analise la inquietaba demasiado.

—Está haciendo un buen trabajo —dijo a espaldas de Nick.

Él se giró sorprendido, y su rostro se iluminó al verla.

—Hola, Jean. ¿Qué decías?

Jean señaló al voluntario con la cabeza.

—Que esa es parte de la labor de los voluntarios aquí: despertar el interés en los más jóvenes. El chico está curioso, y él está alimentando esa curiosidad.

—Ah, claro, tienes razón —Nick carraspeó—. Quería decirte que siento lo de ayer. Ese comentario no sonó como yo quería.

Solo recordarlo hizo que Jean se enfadara de nuevo. Dudó si contarle lo de Analise y Tyler.

—Fue sarcástico y de mala leche, si eso es lo que quieres decir —lo vio encogerse como si lo hubiesen abofeteado—. No eres el único en este pueblo capaz de sumar uno más uno.

Nick bajó la cabeza y retrocedió un paso.

—Pero... estoy dispuesto a dejarlo atrás si tú también.

—Me gustaría.

—Bien. Tengo otro dato para ti —dijo ella. Observó cómo su mandíbula se tensaba bajo la piel. *Va a ignorarlo otra vez. Si no fuera por Arris, lo dejaba con su ineptitud.* Respiró hondo—. Llamé a Arris. Tyler ha trabajado para él, por temporadas, durante años. Y Analise lo contrató el invierno pasado. Ya te conté que discutieron en público. Pues bien, esta mañana estuve observando a Analise en el recinto. Está escondiendo algo. No sé cuándo desapareció Ina exactamente, pero puede que ellos trabajaran juntos entonces.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón corto y esperó, atenta a su reacción.

—Bueno... eh... gracias por la información —se ajustó el sombrero y rascó con su bota el suelo de cemento—. Agradezco que me lo hayas contado.

—No crees que valga la pena investigarlo, ¿verdad? —Jean notó que su tono era ácido.

Nick esperó a que pasara una familia antes de responder.

—No lo sé, Jean. Tyler ha trabajado para Analise antes, así que no sé cuán relevante sea que lo hiciera el invierno pasado.

Jean sintió un reguero de sudor correrle por la espalda. Apretó los dientes.

—Muy bien. Me voy —le dio un rodeo y se dirigió a su lugar habitual.

—Jean, espera.

Se giró y lo miró directamente.

—Eh... agradezco de verdad que me traigas estas cosas. Uno nunca sabe cuál será la pieza clave del rompecabezas.

—De nada —respondió con voz helada, y se marchó, furiosa por haberse sentido menospreciada otra vez.

Dos minutos después, se dejó caer junto a Karen.

—Lo ha vuelto a hacer.

—¿Quién? —preguntó Karen, dejando su bordado en el regazo.

—El jefe White. Le conté todo lo de Tyler y Analise, cómo se comportó ella toda la mañana, y actuó como si le hubiera contado que el cielo es azul —Jean se estiró la blusa con un tirón.

Karen acarició su tela.

—Puede que todo esto no sea nada, Jean.

—Tal vez —dijo ella, molesta—. Pero no tiene por qué tratarme como si le hiciera perder el tiempo.

Karen solo asintió. Jean masculló unos segundos.

—Creo que, cuando cerremos esta noche, deberíamos seguir a Analise. Puede que esté lo bastante irritada conmigo como para cometer un error.

Karen alzó una ceja.

—¿A las nueve de la noche? ¿Seguir a Analise? ¿Y no crees que se irá directo a casa?

—No si tiene algo que ocultar —Jean se inclinó hacia ella—. Si está implicada en la desaparición de Ina, querrá cubrir cualquier cabo suelto. Sé que le toqué la fibra.

—Vale, ¿pero cómo vamos a seguirla si tú tienes que cerrar?

Miró a Officer Williams, sentado en su silla habitual, hablando con una pareja.

—Y además él y el turno de noche te seguirán vigilando.

—Mierda, lo olvidé —miró a Tom. Él salía a las siete y se reuniría con su familia para disfrutar la feria—. Tal vez pueda escabullirme.

—¿Cómo?

—Me iré a casa. Tú sigues a Analise. Yo me escapo por la valla del vecino de atrás, cruzo su patio y salgo a la calle paralela. Llamo a un taxi y te encuentro donde estés —sonrió, entusiasmada con la idea de burlar a su niñero.

—Pareces una adolescente escapándose para ver a sus amigas —Karen negó con la cabeza—. ¿Y si Analise se va fuera del pueblo?

—Entonces lo dejamos. No puedes seguirla tú sola.

—Suena dudoso, pero bueno. Lo intentamos.

Jean soltó una carcajada que llamó la atención de Tom. Ella le hizo una señal para decirle que todo estaba bien.

—Eres incorregible —rió Karen.

—Hace tiempo que no era traviesa —Jean le guiñó un ojo—. Y se siente bastante bien.

CAPÍTULO 42

Nick regresó a su oficina maldiciéndose por dentro. *La has vuelto a cagar, cabeza hueca. Podrías haber mostrado más interés por lo que te contó*. No sabía que Tyler hubiese trabajado para Analise el invierno pasado. *Eso es una buena pista. ¿Tan difícil era decirlo?* Golpeó el volante. *Y ahora la has enfadado otra vez*. Aparcó bruscamente frente a la comisaría, clavando los frenos en su plaza habitual. Para desahogarse un poco más, cerró de un portazo la puerta del todoterreno y presionó con tanta fuerza el botón de cierre automático que le dolió el dedo.

Dentro, saludó con un leve gesto al agente de guardia tras el cristal de recepción. Como Greta no trabajaba los fines de semana, tuvo que abrir con su llave tanto la puerta exterior como la interior de su despacho. Una vez dentro, colgó el sombrero en el perchero y se dejó caer en la silla. Se frotó la cara con ambas manos. *¿Qué hago ahora?* Su mente daba vueltas. *No tengo nada sólido, ninguna prueba real*. Su principal sospechoso seguía siendo Josh Marlow. Tenía antecedentes, aunque nada grave, pero era veterano de guerra y con entrenamiento. *Tal vez perdió el control*.

Anotó un recordatorio para revisar los antecedentes de los peones que trabajaban con Marlow, y luego murmuró una maldición. *Es fin de semana. Hasta el lunes no saldrá nada nuevo*. Se recostó en la silla, que crujió suavemente bajo su peso. La conversación con Analise aquella mañana también le había despertado sospechas. Pero no cuadraba del todo. Arris había salido con muchas mujeres desde el divorcio, y Analise nunca había mostrado celos. *¿Por qué mataría a Ina?*

¿Y Tyler Siddons? Nick no conocía antecedentes suyos. Encendió el ordenador, accedió al sistema y buscó su nombre. Nada. *Ahí lo tienes. Nadie pasa de ciudadano ejemplar a asesino sin una razón*

muy poderosa. Aun así, la conexión entre Analise y Arris seguía dándole vueltas. Quizá debería llamar a Tyler para interrogarlo.

Marcó el número interno del agente de guardia.

—Haz que alguien localice a Tyler Siddons para interrogarlo en relación con el caso de Ina Grange —ordenó. El agente confirmó que se encargaría de ello, y Nick colgó.

Pasó varios minutos repasando a todos los implicados en la investigación. *¿Habrá algún vínculo entre Analise y Josh Marlow? ¿O entre Marlow y Siddons? ¿Y si están los tres metidos?* Garabateó posibles preguntas en una libreta legal y decidió pasar por la feria a hacerle unas cuantas más a Analise. También tenía cosas que preguntar a Marlow.

Volvió a marcar.

—Haz que también localicen a Josh Marlow para interrogarlo. Que no se crucen ni se vean. Tráelos por separado.

Colgó de nuevo, tamborileó los dedos sobre el auricular y luego pulsó un número rápido.

—¿Paul?

—Sí, Nick.

—¿Tienes algo de las agencias de cobro?

—Todavía no. He dejado mensajes en cuatro, pero es fin de semana. Hasta el lunes, nada.

Nick se pasó la mano por el pelo.

—Ya me lo temía. ¿Y los compañeros de rancho de Marlow?

—Lo mismo. Lo siento.

—No pasa nada. Estoy aquí intentando encajar las piezas del puzle.

—Suerte con eso. Terminé de hablar con la familia de Ina. Sabían lo de su adicción al juego. Intentaron que fuera a Jugadores Anónimos o a rehabilitación, pero ella se negó. Estaban muy desconfiados con Arris. Lo llamaron gigoló y creían que iba detrás de sus propiedades. Admitieron que estaba en la ruina. Así que eso cuadra.

—Gracias, Paul. ¿Tienes ya todo eso en un informe?

—Aún no. Estoy en el jardín, quitando malas hierbas.

—Vale —suspiró Nick—. Estoy deseando que lleguen más tomates.

—Te llevaré el lunes. Deberías tomarte el resto del día libre, Nick. Trabajas los siete días de la semana.

—Cuando resolvamos este asesinato, amigo.

Dos horas después, se encendió la luz del teléfono de recepción. Nick interrumpió su lectura de informes y descolgó.

—Dime.

—Jefe, tenemos a Tyler Siddons en la sala de interrogatorios. Marlow no contesta el móvil, pero el rancho dice que él y los demás llegaron al pueblo esta tarde. He avisado a las patrullas y sigo llamando.

—Gracias. Lo aprecio.

Nick colgó, repasó sus preguntas y fue a la sala de interrogatorios. Tyler Siddons estaba sentado en el centro de la mesa, mirando hacia la puerta. Nick se sentó frente a él.

—Gracias por venir, Tyler. Te lo agradezco.

Tyler miró las cámaras en las esquinas del techo.

—Claro, jefe. ¿De qué se trata?

—¿Sabes lo del asesinato de Ina Grange?

—Sí —encogió los hombros—. Está en boca de todos.

—Estamos intentando averiguar qué pasó. Estamos interrogando a varias personas. Tu nombre salió en un par de entrevistas.

Los ojos del joven se agrandaron.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Hablé con Analise esta mañana. Dijo que trabajaste para ella el invierno pasado.

Tyler se relajó.

—Sí. En las fiestas le ayudé con el catering: pelar, cortar, llevar bandejas, hacer entregas... Llevo un par de años haciéndolo.

Nick tomó nota.

—Me dijeron que discutisteis en la feria.

Tyler se inclinó hacia adelante.

—Me dejó sin pagar una semana. Tuvo una boda grande en febrero y me pidió ayuda. Hice mi parte, me dijo que me pagaría cuando la pagaran a ella. Aún no ha soltado un duro. Por eso discutimos. Analise siempre va con esas.

Ya se lo dije a Jean, pensó Nick, sintiéndose algo vindicado.

—¿Sabes qué hizo Analise durante el resto del invierno?

—Después de la boda se fue de crucero. Seguro que con mi dinero —añadió con rencor.

—¿No sabes nada entre Año Nuevo y la boda?

—No. Yo estuve talando madera en la sierra para Nate Brown. Un esclavista, ese tipo. Limpiábamos una hectárea diaria.

Nick se decepcionó. Otro callejón sin salida.

—¿Conoces a Josh Marlow?

Tyler negó.

—Lo he visto en algunos bailes, pero es mucho mayor. No me junto con su gente.

Mierda, pensó Nick. *Esperaba una conexión entre ellos*. Releyó sus preguntas. Este chico no parecía sospechoso.

Se levantó y le tendió la mano.

—Gracias por venir un sábado, Tyler. Hacemos lo que podemos para resolver esto. La gente se pone nerviosa cuando hay un asesinato.

Tyler le estrechó la mano.

—Encantado de ayudar, jefe.

Al llegar a la puerta, Nick se detuvo.

—Una cosa más. El coche de Jean Hay fue vandalizado hace un par de días. ¿Sabes algo?

Tyler frenó en seco. Con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

—No. Escuché a Karen Carver comentarlo el otro día.

—¿Ah, sí? —cerró la puerta—. ¿Qué dijo la señora Carver?

Tyler se pasó la mano por la camisa.

—Solo que había pasado, y que la señora Hays estaba bien.

—¿Algo más?

Nick se acercó, un truco viejo para poner nervioso al interrogado.

—Comentaron si Josh Marlow tenía algo que ver.

—¿En serio? —Nick asintió—. Continúa.

Tyler retrocedió un paso.

—La señora Carver dijo que usted le quitó unos cargos de acoso.

—¿Sí? ¿Algo más?

El joven se removió.

—Bueno... dijeron que quizá Josh mató a la señora Grange.

—Ajá. ¿Y tú qué opinas?

Tyler tragó saliva.

—Ya le dije, no me junto con su gente.

—¿Pero?

—Es un tipo raro.

—¿Te ha enfrentado alguna vez?

—Una noche, en un bar. Había mucha gente. Un tipo lo empujó sin querer y le derramó la cerveza. Marlow lo tenía contra la barra con un cuchillo en el cuello antes de que nadie reaccionara. Da miedo.

—Hmm.

Nick abrió la puerta y acompañó a Tyler hasta recepción.

—Gracias por tu ayuda, Tyler.

Cuando se fue, Nick preguntó al agente:

—¿Alguna noticia de Marlow?

—Todavía no, jefe. Sigo llamando cada diez minutos. El móvil da tono, pero no contesta.

—Sigue intentándolo.

—Sí, señor.

Nick regresó a su despacho y volvió a leer todas sus notas. A pesar de lo que Tyler había contado sobre el temperamento de Marlow, seguía sin avanzar.

CAPÍTULO 43

El sábado por la tarde pasó volando. El edificio de Exposiciones se llenó de gente curioseando por los pasillos, comentando técnicas artesanales, preguntando cómo unirse a clubes de manualidades o poniéndose al día con viejos amigos. Para las ocho de la noche, Jean estaba agotada. Le pasó una botella de agua a Karen; a pesar de que los ventiladores rugían a toda velocidad, el calor dentro seguía siendo sofocante.

—Gracias —dijo Karen, destapando la botella y bebiéndose medio contenido de un solo trago—. Tenía la garganta seca de tanto hablar.

Jean alzó su botella como si brindara con ella.

—He decidido darle las llaves del edificio a John. Que cierre él. Así nosotras podemos salir a tiempo y vigilar a Analise.

—Buena idea. Me preguntaba cómo íbamos a arreglárnoslas para salir sin levantar sospechas. Aunque puede que tengamos que esperar un rato en el aparcamiento. Si tiene clientes, no va a echarlos sin más.

—Vaya, no lo había pensado. Tienes razón —Jean se dejó caer en la segunda silla de la sección de Artes del Hogar—. Llevo todo el día dándole vueltas a Analise, Tyler, Arris e Ina. Todos están conectados. Y Josh Marlow también, al menos por su relación con Ina.

—Es un pueblo pequeño, Jean. Si creciste aquí, conoces a todas las familias de toda la vida.

—¿Crees que Josh conoce a Analise?

—La conoce. Josh y Analise salieron juntos hace un par de años. No se hablaba de otra cosa por entonces, porque ella salía con un hombre más joven. Para cuando él empezó a salir con Ina, ya no era novedad.

Jean la miró boquiabierta.

—Nunca me dijiste eso.

Karen se quedó con la botella a medio camino de la boca.

—¿No? Perdona. A veces se me olvida que eres nueva aquí y no te sabes todos los cotilleos del pasado.

—Eso podría cambiar las cosas —Jean se dejó caer contra el respaldo de la silla—. Tal vez nos equivocamos yendo a Josh preguntando por Ina. Quizá deberíamos haber preguntado por Analise.

—Podría ser. Si la presionas lo suficiente, ¿crees que aceptaría reunirse con Josh?

Jean se llevó un dedo bajo el pañuelo para rascarse con cuidado la herida en la cabeza.

—Eso esperamos.

CAPÍTULO 44

Nick acababa de terminar los informes cuando el agente de guardia entró en su despacho.

—El laboratorio ha enviado esto a nuestra impresora, jefe —le dijo, entregándole un puñado de hojas.

—Gracias —respondió Nick, encendiendo de nuevo la lámpara de su escritorio y sentándose mientras el agente salía.

Leyó el informe rápidamente, luego volvió a la primera página y lo repasó con más atención, absorbiendo toda la información. Al terminar, se dejó caer hacia atrás en su silla. Las huellas dactilares de Marlow estaban en el coche de Jean, en el caso de los neumáticos rajados. Y no habían conseguido dar con él en todo el día. Se frotó los ojos. Demasiado papeleo, pensó. Así que, si Marlow rajó sus ruedas, ¿también fue quien la atacó en el aparcamiento de la feria?

Negó con la cabeza. No había conexión directa entre ambos crímenes, pero ¿quién más estaría lo bastante enfadado con ella como para hacer algo así? ¿Dónde diablos se había metido ese tipo?

Cogió el teléfono y llamó a la recepción.

—Quiero que encuentren a Josh Marlow para interrogarlo por el caso de los neumáticos rajados. Ya no es un simple interrogatorio amistoso. Quiero que lo traigan en cuanto lo localicen.

Escuchó la confirmación del agente y colgó. Tamborileó con los dedos sobre el informe de huellas. Marlow parecía cada vez más un sospechoso, pero había algo que no encajaba. Ojalá pudiera identificar qué era lo que le molestaba del caso.

CAPÍTULO 45

Las dos mujeres salieron del edificio de Exposiciones a las 20:55.

—Esto es lo que haremos. Yo me voy a casa —le susurró Jean a Karen mientras caminaban hacia el aparcamiento. El agente que la escoltaba por las noches iba unos seis metros por detrás—. Tú vigila a Analise. Llámame al móvil en cuanto la veas salir y mantente en línea conmigo hasta que llegues a donde vaya.
Llegaron a sus coches.
—Me escabulliré y llegaré hasta ti en cuanto te detengas.

Karen asintió.
—De acuerdo. —Miró por encima del hombro de Jean mientras la abrazaba—. El agente se está subiendo a su coche. Te mantendré informada.

Se separaron y Jean condujo a casa. Rebuscó en el coche de alquiler buscando el interruptor de las luces.
—Estaré encantada de tener de nuevo mi coche —refunfuñó cuando al fin lo encontró—. Como llueva antes, no voy a encontrar los limpiaparabrisas.
El trayecto fue tranquilo. Al llegar, se metió bajo el cobertizo del coche y vio cómo el agente se aparcaba al otro lado de la calle y apagaba las luces. Desde que le asignaron escolta policial, no había cruzado más de un saludo con el joven. Se imaginaba que debía de ser un aburrimiento supremo pasar toda la noche ahí sentado en la oscuridad sin ni siquiera un libro.

Dentro de la casa, encendió la luz del salón y la del dormitorio.
Karen llamó.

—Analise acaba de salir del recinto de la feria y se ha subido a su coche. La estoy siguiendo ahora.

—Gracias, Karen. ¿Alguna idea de adónde va?

—Todavía no, pero no sé dónde vive, así que igual solo va a casa.

Jean dejó el móvil sobre el lavabo y se echó agua en la cara. Le sentó bien quitarse el calor, el sudor y el polvo del día. Cogió el teléfono.

—¿Quieres que te coja algo del frigorífico?

—Una cola fría, si tienes.

—Creo que aún me queda alguna de cuando viniste a cenar con las chicas. Lo miro.

Encendió la luz de la cocina y, en el estante inferior del fondo, encontró una lata pequeña.

—Oye, he encontrado una —le dijo al móvil.

—Genial. Un poco de cafeína me vendrá bien para mantenerme despierta. Aún nada relevante. Vamos hacia el suroeste del pueblo, zona residencial. Creo que va a casa.

—Puede que se reúna con alguien allí.
Jean apagó la luz de la cocina y del salón. En el dormitorio metió la lata en el bolso, pero cambió de idea. Fue al armario, rebuscó en el estante superior y sonrió al encontrar una pequeña mochila. La llevó a la cómoda y traspasó la cartera, la bebida, una linterna pequeña y una navaja desde el bolso.
—Mucho mejor —dijo para sí—. Así tengo las manos libres.
Se la colgó a la espalda y apagó la luz. Sus ojos tardaron un poco en adaptarse a la oscuridad.

No quiso usar la linterna para no despertar sospechas. Abrió la puerta corredera del salón y salió al jardín. Al cerrarla, se dio cuenta de que no podía echar la llave. Dudó un momento, luego se encogió de hombros. Había un policía vigilando la casa. Estaría segura. En el fondo del jardín, trepó por la valla de madera que la separaba de su vecino y cruzó su patio hasta la calle paralela.

Con el corazón latiendo rápido y respirando con dificultad, caminó por la acera hasta la esquina y luego se alejó de su casa. La noche era preciosa, el cielo cubierto de estrellas. Sin necesidad de chaqueta, el aire cálido le acariciaba los brazos. Aquello de escabullirse le resultaba bastante emocionante.

Karen habló:

—Ya ha llegado. Se metió en el garaje y cerró la puerta.

—Ya estoy fuera. ¿Dónde estás?

Karen le dio la dirección.

—Ten cuidado. Baja en la esquina de Chestnut con Pine. Yo estoy aparcada a la derecha de Pine, antes de llegar a su casa.

—Entendido. Llamo a un taxi y voy para allá lo antes posible.

Llamó a la única compañía de taxis del pueblo y esperó. Diez minutos después, un taxi apareció. Jean se subió y dio la dirección.

—Bonita noche —comentó el conductor con tono conversacional.

Jean asintió.

—Sí, sobre todo después del calor que ha hecho hoy.

Él la miró por el retrovisor.

—No parece que vaya a una fiesta.

El corazón de Jean dio un vuelco.

—No. Tengo el coche en el taller y una amiga está enferma.

—Vaya, lo siento.

—No es grave, pero necesita ayuda.

—Muy amable de su parte.

Jean se sintió culpable por la mentira.

—Solo intento ayudar.

Bajó en la esquina, le dio una propina de cinco dólares por la mentira, y esperó a que el taxi se alejara para caminar calle arriba. Karen estaba en su coche con las ventanillas abiertas. Jean llamó suavemente al cristal.

Karen se sobresaltó.

—Madre mía, qué susto.

—Perdón. —Jean se metió y cerró la puerta—. ¿Has visto algo?

—Las luces ya estaban encendidas cuando llegó —dijo Karen, señalando la casa—. Vive a mitad de la manzana.

Jean pensó un momento.

—¿Crees que había alguien ya dentro?

—Sí. Pero no sé quién. No se rumorea que Analise esté saliendo con nadie.

Ambas estudiaron la casa: moderna, con tejado a dos aguas, fachada de piedra y el jardín cubierto de grava. Una valla alta rodeaba los laterales.

—¿Crees que está en la cocina?

—Seguro. No se oyen gritos.

Jean sacó la cola de la mochila y se la dio a Karen.

—Oh, gracias. —La abrió con un *clic* y un *psss*—. Justo lo que necesitaba.

Jean estudió la valla.

—Hay una puerta en el lado izquierdo.

Karen se volvió.

—¿Quieres colarte en el patio trasero?

—Hemos venido a ver qué hace, ¿no? Pues vamos.

Karen tardó en aceptar.

—Esto va a acabar mal, lo presiento.

—Seremos como ratoncitas de iglesia. Solo quiero oír y ver quién está allí.

—Está bien. Pero luego nos vamos.

Jean salió del coche, maldiciendo la luz interior. Karen la siguió y ambas cruzaron la calle. La grava crujía fuerte bajo sus pies. Jean revisó la puerta.

—No hay pestillo por fuera.

Karen se alzó de puntillas y alcanzó el seguro. La puerta se abrió hacia ellas. Entraron.

Jean vio algo de luz en el fondo, donde no había ventanas salvo una del baño a gran altura. Se alivió. Avanzaron hasta el patio trasero. Jean asomó. La luz de la cocina iluminaba el jardín. Analise cultivaba por parcelas: tomates, calabazas, rosales… todo muy cuidado.

Jean se colocó bajo la ventana de la cocina. Karen la siguió.

—Se oyen voces —susurró Karen.

Jean se acercó al porche. Las persianas estaban abiertas. Analise y Josh Marlow estaban sentados a la mesa. Jean volvió atrás.

—Están los dos dentro.

—Esto es una locura —murmuró Karen.

—La puerta está abierta. Solo la mosquitera los separa. Podemos oírles.

Ambas se asomaron al borde de la ventana, Jean agachada, Karen más alta.

Analise bebía té. Josh tenía una cerveza.

—¿Eso es todo lo que has hecho hoy? ¿Ver la tele y beber? ¿Y qué hay de Jean Hays?

—No lo sé —gruñó él—. La poli me ha llamado todo el día. Me he quedado aquí, escondido. Si quieres que hagan algo con ella, hazlo tú.

Bebió y fue por otra cerveza.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó al volver.

—Trabajar. Deberías probarlo. Nunca vas a ser nada.

Josh golpeó la mesa.

—¡Cuida esa boca!

—No me amenaces —dijo Analise, bebiendo.

—¿Qué quiere la policía?

—No sé. No he contestado. Seguro que es por Ina. White ya vino a verme.

—Esto no está funcionando.

—Desde luego.

Y en ese momento, Karen estornudó.

Ambos se volvieron. Jean tiró de Karen y corrieron. Josh salió. Jean cerró la puerta tras ellas. Karen ya arrancaba el coche cuando Jean entró.

—¡Arranca!

Dieron la vuelta a la esquina. Josh había salido, pero solo alcanzó a ver las luces traseras. Jean se puso el cinturón.

—Gira en la primera calle, me da igual adónde.

—Perdón por el estornudo. Algo en ese jardín me dio alergia.

—No pasa nada. Solo me gustaría haber oído algo más concreto.

Karen trató de relajarse.

—Pero escuchamos que trabajan juntos.

—Cierto —asintió Jean—. Y que la policía lo está buscando.

—Creo que ya he tenido suficiente por hoy. ¿Te llevo a casa?

—Sí. Déjame una calle más allá. Tengo que colarme de nuevo.

Y no hablaron más hasta llegar.

CAPÍTULO 46

Al día siguiente, Jean estaba en el granero principal de ganado tomando fotos de reses cuando se topó con Arris.

—¡Hola! —le dijo, radiante, dándole un abrazo—. Me alegra muchísimo verte.

—Yo también me alegro. ¿Qué tal va la feria? —se apoyó en la verja de un corral de reses y subió una bota sobre el travesaño inferior.

—Bien, todo bien. Hay algún problema gordo cada día, pero de momento nada que no pueda manejar. ¿Y tú?

Ambos se apretaron contra la verja mientras una chica de 4-H, vestida con su uniforme blanco y una cinta verde al cuello, pasaba con una vaca Black Angus por el pasillo.

—Estoy bien. Mi sobrina-nieta participa hoy. He venido a animarla.

Jean asintió hacia el novillo echado en el corral, medio dormido.

—¿Es suyo?

Él asintió.

—Se ha esforzado mucho con el manejo. Creo que este año se lleva la cinta de Gran Campeona y un cinturón.

—Le deseo suerte.

Jean se removió, incómoda por la pregunta que quería hacer. Pero ya que tenía a Arris delante, decidió soltarla.

—¿Puedo preguntarte por tu ruptura con Analise?

Una expresión de resignación se dibujó en su rostro. Miró hacia el otro lado del granero, donde dos chicos con chaquetas de la FFA limpiaban un establo de cerdos.

—Claro, por qué no.

—Lo siento, Arris. Solo intento entender todo esto.

—Está bien. No sé exactamente qué quieres saber. Llevamos años divorciados. No tuvimos hijos.

—Perdona por meterme, pero… ¿quién es tu beneficiaria? —le ardía la cara de vergüenza—. Ya sabes, por si ocurre… —buscó una forma delicada de decirlo—… algún accidente.

Asintió.

—Analise. Siempre me digo que tengo que cambiar el testamento y dejar el rancho a mis sobrinos. —Suspiró—. Pero no es algo en lo que uno quiera pensar, así que lo voy dejando.

—Perdona por sacar algo tan personal. Le doy vueltas a todo y nada parece tener sentido. Me preguntaba si había algún interés económico.

—Ina tenía algo de dinero. Menos de lo que la gente cree por culpa del juego.

Cambió de pierna, apoyando la otra bota en el travesaño. Suspiró.

—De todos modos, tengo el rancho, una pensión de la compañía eléctrica y una herencia que recibí hace años. Estoy cómodo, pero no soy millonario. Nadie se va a interesar por lo que tengo.

Jean se rascó bajo el pañuelo, azul celeste en esta última jornada de feria. La herida le picaba constantemente. Suponía que eso era buena señal, pero la volvía loca. Se dio cuenta de que no sospechaba de Arris.

—Ojalá pudiera aportar algo. Ha sido una semana agotadora.

Él se secó la frente con el brazo y se recolocó el sombrero.

—Eso seguro. —Miró su pañuelo—. Siento lo que te pasó. ¿Estás bien?

—Sí. Pica mucho, eso sí.

Él rió.

—Un novillo me embistió en la cabeza cuando era joven. Me abrió una brecha tremenda. Sangré como un cerdo.

Ella sonrió.

—Entonces estoy en buena compañía. —Lo abrazó de nuevo—. Tengo que volver al edificio de Exposiciones. Cuídate.

—Lo haré —dijo, tocándose el ala del sombrero.

Jean salió del granero y decidió cruzar la zona de atracciones para llegar al edificio de Exposiciones. Compró un té helado y se sentó en el mismo banco del día anterior. Analise vendía bocadillos de desayuno con un flujo constante de clientes mientras Jean sorbía su bebida. Sacó el móvil y marcó la comisaría.

—Quiero hablar con el jefe White. Soy Jean Hays.

—La jefa no está en la oficina ahora. ¿Quiere dejarle un recado?

—Sí. Que me llame cuando pueda, por favor.

—Se lo comunicaré.

Colgó con un suspiro. Le habría gustado preguntarle a Arris si había sufrido algún accidente o susto recientemente. Luego se preguntó: ¿sería capaz Analise de matar por los bienes de Arris? No sabía cuán grande era el rancho, pero un acre en la zona podía valer entre cinco mil y veinticinco mil dólares según ubicación y facilidad para construir. Un rancho bien situado podía convertirse en urbanización de vacaciones y alcanzar una fortuna. Le parecía una pena que se construyera sobre tierras agrícolas solo para casas vacías unas semanas al año.

¿Analise, con su carácter, parecía capaz de matar a alguien? Lo que Jean oyó la noche anterior no bastaba. Algo tramaban, eso era seguro, y parecían pensar que ella sabía más de lo que realmente sabía. ¿Era con Josh con quien hablaba Analise cuando dijo "Encárgate de ello" por teléfono? Si al menos pudiera prever qué iban a hacer, se sentiría más segura.

Agitó el vaso con el hielo. Fue una locura ir a casa de Analise anoche. Si las hubieran pillado y Josh y Analise fueran asesinos… Se estremeció. Había puesto a Karen en un lío y solo la suerte las salvó. Pero si Analise quería la herencia de su ex, ¿por qué no matarlo a él? ¿Por qué Ina?

Bebió más té mientras observaba a Analise preparar la comida. Se preguntó qué decía la ley de Arizona sobre heredar si uno es condenado por asesinato. El móvil sonó y Jean pegó un respingo.

—¿Hola?

—Jean, habla Nick White.

—Hola, Nick. Sí, tengo un pequeño dato para compartir.

Notó algo de recelo, pero decidió seguir.

—Hablé con Arris esta mañana. Su sobrina-nieta participa hoy con su novillo.

—Sí.

—Bueno, mencionó que Analise sigue siendo su beneficiaria.

Hubo una pausa.

—¿De su herencia?

—Eso dijo. —Tuvo que cubrirse un oído para oír mejor con todo el ruido de la feria.

—Interesante. ¿Algo más?

Se sintió en terreno peligroso.

—Escuché a Analise y a Josh Marlow hablando anoche.

Nick reaccionó al instante.

—¿Dónde viste a Marlow?

—Eh… —vaciló. Sabía que Nick se iba a enfadar—. En casa de Analise.

—¿Fuiste a su casa? ¿Sola?

—No, estaba con Karen.

—¿Y por qué os invitó?

Ya venía la bronca. Jean se preparó.

—Bueno… en realidad, no nos invitó.

—¿Cómo que no "exactamente"?

—Nos… colamos en su patio trasero y escuchamos una conversación —soltó rápido.

—¿¡Qué!?

Jean apartó el móvil del oído.

—La seguimos hasta su casa. Vimos que las luces ya estaban encendidas, así que fuimos a ver con quién se reunía.

—¿Estás loca? ¿No te dije que dejaras la investigación a la policía?

Cerró los ojos, arrepentida.

—Lo sé. Casi nos pillan cuando Karen estornudó.

—¡Por Dios…! —Hubo una larga pausa. Luego Nick respiró hondo y se calmó un poco—. ¿Y qué escuchaste?

—Dos cosas. —Se alegró de no tenerlo enfrente—. Analise preguntó por "la metiche", o sea, por mí. Josh dijo que se quedó todo el día en casa de ella.

—¿Y la segunda?

Jean se sintió como frente a un superior militar.

—Dijo que la policía había estado llamándole todo el día. Que por eso no hizo nada.

Pasó tanto tiempo en silencio que pensó que se había cortado la llamada.

—Estoy buscando a Josh Marlow ahora —dijo al fin Nick—. No hagas nada estúpido hoy.
Y colgó.

Jean sintió primero enfado, luego alivio, y por último vergüenza. Tenía razón: podrían haber estropeado la investigación. Se levantó del banco y compró dos limonadas, una para ella y otra como disculpa para Karen. Al pasar junto a la camioneta de Analise, dudó. "No provoques al perro", pensó. Rodeó la feria por el camino largo. El agente Williams la seguía a corta distancia.

CAPÍTULO 47

Era media tarde y el día no solo estaba caluroso, sino también pegajoso, ya que la humedad se acumulaba en la atmósfera.

—Podríamos tener una tormenta monzónica antes del anochecer —dijo Karen.

Las dos mujeres estaban en el extremo este del edificio, justo fuera de la puerta, observando las nubes negras que se acumulaban en el cielo sobre el Mogollon Rim, al norte.

—Odio cuando se pone así de húmedo.

—Mejor que en la costa este. He visto días allá en los que la humedad superaba el noventa por ciento.

—Por eso vivo en Arizona —dijo Karen con tono burlón—. Más de cincuenta es demasiado.

Regresaron al edificio. Todos se movían a cámara lenta. Hombres y mujeres se abanicaban con los mapas de la feria. El pelo de los niños estaba pegado a sus cabezas por el sudor.

—Ha sido divertido —dijo Jean mientras caminaban hacia el centro del edificio—, pero me alegraré cuando termine. Es agotador.

—Cierto, pero en un mes estaremos hablando de la feria del año que viene.

Se sentaron en el área de Karen y cada una tomó una guía de la feria para abanicarse. El teléfono de Jean sonó.

—¿Sí?

—Hay una pelea en la carpa de cerveza.

Jean soltó un jadeo.

—¿Llamaste al 911?

—Sí. Acabo de colgar.

—Vale. Voy enseguida.

Colgó y saltó de la silla.

—Tom —llamó a su escolta policial, que sacaba una botella de agua del refrigerador—. Hay una pelea en la carpa de cerveza.

Salió por la puerta central con él a su lado. Corrieron alrededor de la arena donde se celebraba la competición de doma de caballos y hasta el extremo oeste del recinto ferial, donde estaba situada la carpa de cerveza.

—Ya llamaron al 911, viene una patrulla —le dijo mientras corrían.

Al acercarse, vieron a padres alejando rápidamente a sus hijos del lugar. Una gran multitud rodeaba lo que estuviera ocurriendo frente a la entrada de la carpa.

Tom sacó su placa del cinturón y comenzó a gritar:

—¡Policía! ¡Atrás, despejen el camino!

Se abrió paso entre la multitud, con Jean pisándole los talones.

Una vez en el centro, vieron a dos hombres peleando. Jean se limpió el sudor que le corría por la cara. Ambos llevaban camisas vaqueras, uno verde oscuro, el otro azul medio, y jeans con botas de vaquero. Sus sombreros estaban en el suelo, uno a cada lado del círculo que formaba la multitud.

Los hombres estaban cubiertos de tierra, con sangre chorreando del labio partido del de camisa azul y de un corte sobre la ceja del de camisa verde. Jean vio a Tom dirigirse directamente a la pelea.

—¡Separados ya! —gritó—. ¡Policía, separaos, los dos!

Se interpuso para separarlos justo cuando el de la camisa azul lanzó un golpe al de la verde. El puñetazo alcanzó a Tom en la mandíbula, haciéndolo girar y caer de rodillas.

Jean se lanzó al centro del círculo. Gritó:

—¡Como estaban!

Y corrió al lado de Tom. Él luchaba por ponerse en pie. Los dos peleadores se detuvieron para mirarla. Tras comprobar al agente, se volvió hacia los jóvenes.

—¡Debería daros vergüenza! —les señaló con el dedo—. ¡Es domingo! ¡Esto es un evento familiar! ¡Vergüenza debería daros!

La multitud comenzó a reír. Los hombres se limpiaron la sangre de la cara mientras miraban a su alrededor.

—Estáis asustando a los niños. ¿Es esto lo que querríais que viesen vuestra madre o vuestra abuela?

Los dos peleadores bajaron la mirada, avergonzados.

—¿Y bien?

—No, señora —murmuró el de camisa azul.

—No, señora —repitió el de la verde, negando con la cabeza.

Jean oyó las sirenas acercándose. Tom empezó a dispersar a la multitud. Los dos hombres recogieron sus sombreros.

—No os vayáis —les ordenó—. Id allí.

Señaló la parte frontal de la carpa.

—Quedaos a la sombra y esperad. El agente Williams os hará unas preguntas.

Los dos jóvenes caminaron hacia la carpa, con la cabeza gacha, sacudiendo la suciedad de sus pantalones con los sombreros.

—¿Estás bien, Tom? —Jean le examinó el rostro—. Uy. Eso te va a dejar un buen moratón.

—Estaré bien, Jean. Déjame ocuparme de estos idiotas.

Ella asintió.

—Adelante. Yo me quedo aquí. A la sombra, eso sí.

Él sonrió y se dirigió hacia los vaqueros.

Una patrulla llegó hasta la verja y Jean fue a abrirla. Se mantuvo cerca pero la dejó abierta para facilitar la entrada y salida de la policía. Unos minutos después, llegó un SUV. Vio bajar al jefe White. Se detuvo en la verja.

—¿Todo bajo control?

—Sí. Tom los tiene allí —señaló a los tres agentes frente a los dos peleadores—. Le dieron en la barbilla. Quizás deberías hacer que lo miren.

—Lo haré.

Caminó hacia los agentes. Jean se quedó en la sombra todo lo posible. Más y más nubes cubrían el cielo. La brisa previa a la tormenta fue un alivio. Quince minutos después, Nick volvió a la verja. Le dirigió una mirada severa.

—El agente Williams dice que tú detuviste la pelea.

Ella negó con la cabeza.

—No. Fue él. Dejaron de pelear cuando se dieron cuenta de que habían golpeado a un policía.

—No es lo que me contaron ni él ni los vaqueros —siguió observándola.

Va a pensar que estoy loca. Siempre metiéndome donde no debo. Ella se encogió de hombros.

—Solo les di una reprimenda, nada más —cruzó los brazos—. Solo les recordé su comportamiento.

Él arqueó una ceja.

—Si así quieres verlo.

Volvió a cruzar la verja. A medio camino del coche, se detuvo y se volvió hacia ella.

—Tenemos un sospechoso por el caso de tus neumáticos rajados.

Jean se volvió para mirarlo.

—¿De verdad?

—Sí. Aún no lo hemos arrestado. Te mantendré informada.

—Gracias. Te lo agradezco.

Él se tocó el ala del sombrero y subió al coche. Ella lo vio marcharse y sonrió para sí misma. Buenas noticias. Ya podré recuperar mi coche.

CAPÍTULO 48

Cuando regresó al edificio de Exposiciones, Jean le contó a Karen lo último que le había dicho el jefe White.

—¡Oh! —Karen la abrazó—. Es una gran noticia. ¿Qué pasó en la carpa de cerveza?

Karen miró a su alrededor.

—¿Y dónde está?

—Dos vaqueros estaban peleándose frente a la carpa de cerveza. Parecía que la mitad de la gente que había aquí estaba haciendo un círculo para animarlos.

—Siempre hay al menos una pelea allí cada año, aunque normalmente es el sábado por la noche, no el domingo por la tarde —Karen se sentó a su lado y bebió un poco de agua.

—Tal vez por el calor. Todo el mundo se pone de mal humor cuando hace así.

—Puede ser —Karen empezó a abanicarse con su ejemplar del libro de la feria.

—Voy a echarme agua en la cara —dijo Jean al levantarse—. Vuelvo enseguida.

Después de ir al baño de señoras, salió por la puerta del extremo este para mirar el tiempo. El cielo estaba negro y se oía truenos. Relámpagos destellaban al norte. John Gonzales se acercó a ella.

—Parece que va a caer una buena monzónica. A esta hora normalmente tenemos bastante gente aquí. Vienen a ver la feria y se quedan para recoger sus exhibiciones, pero hoy el edificio está casi vacío.

—El viento está levantándose mucho. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Algo que preparar?

—Apaguemos los ventiladores y cerremos las lamas. Eso será un buen comienzo. Así no tendremos que preocuparnos de que entre lluvia mientras cerramos las puertas.

—Buena idea, John. ¿Puedes encargarte del ventilador de este lado? Yo me ocupo del otro.

—Claro, Jean.

Se apresuró al otro extremo del edificio para apagar el ventilador y encontró el control para cerrar las grandes lamas metálicas del exterior. Localizó al superintendente más cercano y le advirtió sobre el clima. Incluso con los ventiladores apagados, las exhibiciones más ligeras ya comenzaban a moverse con la brisa que atravesaba el edificio.

Jean había visto su primer monzón en julio. Estaba acostumbrada a la lluvia, habiendo crecido y vivido en la costa este. Allí podía llover durante días, pero un monzón era diferente. En esta región, la lluvia solía venir del norte y del este, o del norte y del oeste. Pero a partir de julio, el clima empezaba a subir desde el Golfo de México. Y cuando llegaba, los truenos sacudían los cristales y el agua caía del cielo como si saliera de una manguera de incendios. Las calles se inundaban, los canales normalmente secos de la ciudad se convertían en ríos furiosos. Todo el tráfico se detenía hasta que pasaba la lluvia. Media hora después, las calles quedaban limpias y la vida continuaba.

Fue hacia Karen.

—Se acerca una monzónica. Voy a entrecerrar esta puerta lateral. Con suerte, así evitaré que entre demasiada agua.

Jean caminó hasta la puerta y la cerró a medias. La gente salía del edificio y ya nadie entraba. Se quedó mirando el cielo, disfrutando de cuánto había refrescado.

Jean se dio la vuelta para entrar al edificio, dispuesta a sentarse con Karen y disfrutar del silencio y el aire fresco.

—¡Zorra! —oyó detrás de ella. Comenzó a girarse cuando una mano le agarró la parte trasera de la blusa y la giró bruscamente. Jean se

encontró cara a cara con una furiosa Analise, con un cuchillo a pocos centímetros de su rostro. Pudo sentir cómo la adrenalina inundaba su cuerpo.

La mujer le agarró la parte delantera de la blusa y la atrajo hacia sí.

—Esto es culpa tuya. Metiendo las narices donde no te llaman.

Analise agitaba el cuchillo. A Jean se le secó la boca. A lo lejos, oyó a Karen gritar.

—Analise —logró decir, sorprendida de que su voz funcionara—. Cálmate. ¿Qué pasa?

—Tú... ¡zorra! —Los ojos azules de Analise estaban abiertos y desquiciados. Su rostro brillaba de sudor—. No pudiste dejar las cosas en paz. Debes estar acostándote con él, si no, ¿por qué te meterías?

Jean parpadeó.

—Espera, Analise. ¿De qué estás hablando?

La punta del cuchillo tocó su garganta.

—No te hagas la inocente —escupió espuma por la comisura de los labios—. Tú y Arris estáis intentando engañarme.

A Jean le zumbaba la cabeza. No podía dejar de mirar la espuma en la boca de la otra mujer.

—Yo no...

—¡Sí que lo hiciste! No lo niegues. ¡Vas tras el dinero! ¡Admítelo!

Analise presionó el cuchillo contra su garganta.

—¡Suelta el cuchillo, Analise!

Jean apartó la vista del rostro de Analise, a solo centímetros del suyo. A unos tres metros, Nick White estaba junto a la puerta del edificio, apuntando con su arma a la espalda de Analise. Jean sintió que las piernas le temblaban. No te desmayes, Jean. No te desmayes.

—Me has oído, Analise. Suelta el cuchillo. Deja ir a la señora Hays.

Jean lo vio dar un paso mientras Analise la soltaba de la blusa y deslizaba su delgado brazo alrededor del cuello de Jean. Se colocó detrás de ella, manteniendo el cuchillo en su garganta.

—El dinero es mío, jefe. Soporté a ese hombre durante años. Maldito rancho, no quería venderlo.

—Suéltala, Analise. Podemos hablar de ello —Nick dio otro paso.

Jean veía a los agentes, incluido Tom Williams, acercándose por ambos extremos del edificio. Su mente empezó a reaccionar. Analise era más baja, mayor y más delgada. ¿Y si me dejo caer y ruedo? Tal vez no me corte demasiado. Tragó saliva, y otra oleada de adrenalina la recorrió.

—No seas idiota, Nick. Eso no va contigo —dijo Analise al oído de Jean.

Nick se irguió, guardó su arma y extendió las manos.

—Hablemos, Analise. Dime el plan. ¿Tú mataste a Ina?

Analise presionó más el brazo en su garganta. Respirar se hacía difícil. Si no hago algo, voy a desmayarme. Jean miró a los agentes. A su derecha, vio a Karen llevando a los asistentes hacia la puerta.

—No. Contraté a Josh y Martin. Debería haberlo hecho yo misma.

—¿Cuál era el plan, Analise? —Nick dio otro paso.

Jean se preguntó cómo podía mantener esa expresión tan serena.

—Culpar a Arris. Que fuera a prisión. Yo me quedaría con la propiedad, la vendería y saldría de este maldito pueblo. Podría estar en la tele, en el canal de cocina. Tener un restaurante famoso. Pero no. El muy idiota no quería vender.

—Qué lástima, Analise. Haces unos sándwiches estupendos —Nick dio otro paso.

Jean se mareaba por la presión. Tenía que actuar. La presión cedió un poco, y fue su momento. Agarró el brazo de Analise, lo movió lo justo para girarse hacia la izquierda, alejándose del cuchillo. Analise trató de sujetarla, pero resbaló, arañándole el cuello mientras Jean rodaba por el suelo.

Sintió a Nick correr tras ella. Al detenerse, vio a Nick agarrar la mano de Analise, torciéndosela. El cuchillo cayó al suelo con un sonido metálico. Dos agentes acudieron a inmovilizar a Analise mientras Tom ayudaba a Jean a levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó, mirando su cuello con expresión de dolor.

—Sí. Creo que sí.

La llevó hasta su silla.

—Voy a buscar al sanitario. Tienes bastantes arañazos.

A Jean le zumbaba la cabeza. Se tocó el cuello y vio sangre en sus dedos. Karen llegó corriendo.

—¡Dios mío, Jean! ¿Estás bien? —Tenía la cara blanca de preocupación.

Jean sentía todo lejano.

—Sí... creo.

Un técnico de emergencias apareció.

—Hola, señora Hays. ¿Se acuerda de mí? La atendí hace unos días.

Jean parpadeó.

—Sí. Me curaste el pulgar.

—Ese mismo —sacó una linterna y le revisó los ojos—. ¿Se golpeó la cabeza?

—No. Solo tengo arañazos en el cuello.

—Los arañazos con uñas son traicioneros. Vamos a ver.

Mientras el técnico trabajaba, dos agentes sacaron a Analise por la puerta lateral. Jean la vio mirarla con odio, pero no podía hacer nada con un agente a cada lado. Jean empezó a temblar.

—Creo que la adrenalina me está afectando.

—Es normal, señora Hays —dijo el sanitario mientras sacaba gasas y antiséptico.

—Espera, Mike —interrumpió Nick, que apareció con un oficial con cámara—. Antes de curarla, vamos a sacar unas fotos.

El oficial tomó varias imágenes y se fue. El sanitario volvió al trabajo.

—¿Cómo estás, Jean? —le preguntó Nick, cruzando una mirada con Karen.

—Algo temblorosa, pero bien.

—Buena reacción, dejarte caer y rodar. Eso nos permitió llegar hasta ella sin hacerte daño. Bueno, no mucho —añadió al ver las heridas.

—Encantada de ser útil.

Karen le apoyó la mano en el hombro. Nick la miró.

—¿Puedes llevarla a casa?

—Claro. No hay problema.

—Buen trabajo, Jean —le dijo Nick, y salió por la puerta.

Los agentes seguían tomando fotos y organizando la escena.

—Parece que se va a retrasar la recogida de exposiciones —comentó Jean, mirando el caos en el edificio.

—Sí, pero la gente se llevará un buen chisme jugoso —Karen se rió —. No te preocupes por eso.

CAPÍTULO 49

Al día siguiente, Jean se reunió con Karen en el edificio de Exposiciones. Las puertas estaban abiertas, ya no quedaba nada salvo las estructuras permanentes. Jean sacó los contenedores de plástico con las cintas sobrantes de debajo del expositor donde las había escondido.

Karen la ayudó a contarlas.

—Me han sobrado bastantes. Las llevaré al condado de Gila, a ver si puedo conseguir un reembolso —Jean anotó el recuento de cintas—. Esperemos que la policía nos devuelva nuestros contenedores antes del año que viene.

Karen se echó a reír.

—Tal vez. ¿Quién sabe cuánto tardarán? ¿Has sabido algo más sobre el asesinato de Ina?

—Sí. Hablé con el jefe White esta mañana. Me dijo que había conseguido una orden para registrar la casa de campo de K Seven y los cobertizos de herramientas del rancho. Encontraron un martillo de bola en uno de los cobertizos. Lo llevaron al laboratorio para buscar restos de sangre. Y los encontraron.

—¿El arma homicida?

—Aparentemente. Eso y las huellas dactilares en mi coche, por lo de las ruedas rajadas, fue suficiente para detener a Marlow. Lo encontraron en casa de Analise. No entiendo por qué seguía allí. En fin, lo llevaron e interrogaron, y lo soltó todo. Eran él, Analise y un joven llamado Martin Johnson, el moreno que vi discutiendo con Analise. Martin la estaba chantajeando. Marlow confesó haberme atacado. Detuvieron a Johnson y cuando empezó a hablar, Nick fue a por Analise, pero ya sabes lo que pasó después.

—Qué bruja —Karen negó con la cabeza, luego sonrió—. Así que hablando con el jefe de policía a primera hora, ¿eh? —La miró de

reojo mientras ordenaban las cintas en la caja—. Parece que el jefe White se ha interesado por ti.

Jean alzó las cejas y giró la cabeza.

—Estás de broma. Solo me estaba dando los detalles. El periódico lo sacará todo en uno o dos días. Me considera una chiflada. Tendrías que haberlo oído gritar cuando supo que fuimos a casa de Analise.

—Era de esperar —Karen se secó el sudor de la frente. No se habían molestado en encender los ventiladores—. A ti te gusta.

—Estaba interesada en el asesinato —resopló Jean—. ¿Qué voy a querer con otro hombre? El último ya fue suficiente.

—¿Demasiado pronto?

Jean le lanzó una mirada fulminante.

—Estoy encantada con mi estado de soltera, gracias. Entro y salgo cuando quiero. Cocino cuando me apetece. Ya tengo muchos amigos aquí, así que no me falta compañía. ¿Por qué querría un hombre que me lo estropee todo?

—Vale, vale —Karen alzó las manos—. Solo digo que parecía que os gustabais.

—Nick White parece un buen tipo, pero no me interesa —Jean negó con la cabeza y levantó la caja—. Voy a llevar esto al coche. Vuelvo en un minuto para terminar de cerrar el sitio.

Cuando regresó, Karen estaba barriendo los últimos restos de suciedad.

—¿Me alcanzas el recogedor?

Jean lo encontró junto a la puerta del baño de señoras.

—Aquí tienes —se agachó para sostenerlo mientras Karen barría la suciedad dentro.

—¿Comemos algo?

—Me encantaría. Vamos a lavarnos y cerramos esto.

—Por mí perfecto —Jean echó un vistazo al edificio ahora vacío. Las vitrinas estaban apiladas contra las paredes. El lugar resonaba.

—Da un poco de pena, verlo tan vacío.
Karen la observó con atención.
—Sí. Sí que la da.